HARLEQUIN

BIANCA®

aventura, intriga, pasión



340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $9.00

Atracción inevitable

Alison Kelly

Atracción Inevitable

Alison Kelly

Atracción Inevitable (1.10.1997)
Título Original: Irresistible Attraction (1994)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 902
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Bart Cameron y Alessandra

Argumento:

Bart Cameron creía que las mujeres debían ser siempre femeninas, pero Alessandra tenía ideas distintas, de modo que cuando se conocieron, fue inevitable que saltaran las chispas. El problema era que, pese a ser tan opuestos, no podían quitarse las manos de encima. Pronto se vieron envueltos en una aventura amorosa tan apasionada que el cielo corría peligro de arder en llamas. Pero Bart parecía decidido a eludir a toda costa cualquier compromiso. ¿Por qué había de comprometerse con Alessandra cuando su elegante vecina estaba más que dispuesta a visitarlo?

Capítulo 1

Bart Cameron dejó de cepillar a su caballo favorito al ver llegar una camioneta que se detuvo en seco levantando una nube de polvo. Había oído el ruido mucho antes de que apareciese ante su vista, y dedujo que se trataba de la mujer a la que su hermana Marilyn le había convencido de que contratara como contable para el verano. No le entusiasmaba la idea de hacer de anfitrión de una turista durante doce semanas, pero, cuando se abrió la puerta de la camioneta, pensó que había llegado el momento de intentarlo.

Observó en silencio a la esbelta rubia oxigenada que se aproximaba. Unas piernas largas y moldeadas asomaban por lo que, con imaginación, podrían llegar a ser unos pantalones cortos, y una camiseta ajustada de color amarillo no hacía nada para ocultar las delicadas curvas de su dueña, ni tampoco el hecho de que no llevaba sujetador. Calculó que tendría unos veinticinco años. Si aquella mujer era una trabajadora nata como Marilyn le había hecho creer, sólo era porque los cazatalentos del creador de Playboy no sabían que existía.

—¡Hola! ¿Sabes dónde puedo encontrar a Bart Cameron?

—Yo soy Bart Cameron. Y usted debe de ser la amiga de Marilyn, Alexandra.

—Alessandra —lo corrigió.

—Lo siento.

—No se preocupe, me he pasado media vida tratando de enseñar a la gente cómo pronunciar mi nombre —replicó Alessandra riéndose—. Pero no me trate de usted, ¿vale? ¡Diablos, sólo tengo veintiocho años!

Su voz recordaba a la de Katherine Hepburn, aunque sólo si se pasaban por alto las palabrotas y su marcado acento.

—Alessandra. Un nombre poco corriente.

—Después de tener cinco hijos, mi padre quiso algo que fuese realmente femenino. Desgraciadamente, ¡me tuvo a mí! —exclamó con una carcajada ronca y profunda.

—Estoy a punto de acabar —dijo Bart señalando al caballo y pensando en lo difícil de complacer que debía de ser su padre—. Si no te importa esperar unos minutos, te ayudaré a meter tus cosas en la casa.

—No hay prisa —lo tranquilizó Alessandra. Se agarró al poste de la cerca que rodeaba el corral y se apoyó en él para estirar una pierna y después, la otra. Bart Cameron la miró perplejo.

—Sólo estoy desentumeciéndome —le explicó. Llevo conduciendo durante cuatro horas sin parar.

Bart asintió y volvió a concentrarse en el caballo. Alessandra confió en tener la oportunidad de montar durante su estancia. Amaba a aquellos animales tanto como detestaba el trabajo de oficina, pero pensando con lógica, de algo tenía que comer. Antes de que Bart Cameron aceptase contratarla como contable, su situación financiera era mas bien lúgubre. Después de doce meses recorriendo Estados Unidos con la mochila a la espalda, había regresado a Australia sin un penique.

Mientras Bart cepillaba al caballo en silencio, Alessandra lo estudió teniendo en cuenta lo que Marilyn ya le había contado sobre él. Sabía que llevaba viudo dieciocho años y que durante todo aquel tiempo se había dedicado a criar a su hija Lisa y a levantar un rancho en Texas. Hacía cuatro meses que había comprado aquella hacienda de ganado en la frontera entre los estados de Queensland y Nueva Gales del Sur como una prolongación de su rancho de Estados Unidos. Marilyn había dicho que tenía treinta y ocho años, pero parecía rondar los cuarenta y cinco. Sin duda, su aspecto curtido se debía a las muchas horas que pasaba a la intemperie. No era atractivo en el sentido convencional de la palabra. En realidad, Alessandra no estaba segura de poder ser lo bastante generosa como para decir que tenía un atractivo tosco, pero su rostro era recio y honrado. No podía decir lo mismo de su cuerpo. Los vaqueros gastados y la camisa revelaban la perfección física que se ocultaba tras ellos. Alessandra, que había sido instructora de aerobic, reconocía la calidad nada más verla, y el cuerpo de Bart Cameron era, sin lugar a dudas, cosa fina. Bart le dio al caballo una última palmada y se volvió repentinamente, sorprendiendo su mirada de apreciación.

—Buen cuerpo —dijo Alessandra, incapaz de contener una sonrisa vergonzosa al sentirse descubierta.

—Sí —dijo Bart—. Es mi mejor caballo.

—No me refería al caballo —replicó con sinceridad ante la mirada sorprendida de Bart—. Estás en buena forma. ¿Trabajas los músculos con regularidad?

Alessandra trepó la cerca y se mantuvo quince centímetros por

encima de su metro setenta.

—Si quieres decir en un gimnasio, no. Creo que ya hago bastante ejercicio trabajando aquí.

Bart bajó el ala de su sombrero tejano mientras caminaban hacia el porche, delante del cual había aparcado Alessandra la camioneta. ¡Aquello era lo menos parecido a un contable que había visto nunca! Lo que necesitaba era alguien que supiese llevar los asuntos financieros durante doce semanas, no una invitada. Ya tenía bastantes problemas con Lisa en aquellos momentos como para volverse loco con las cuentas también.

—¿Has trabajado antes en contabilidad?

—Sí, aunque intermitentemente. Trabajé en varias ocasiones para la constructora de mi hermano y también hice un trabajito para una productora de cine en Grecia. He hecho el proceso a mano y por ordenador, así que no auguro ninguna dificultad.

—Estupendo, porque te harás cargo tú sola de los libros. ¿Esto es todo tu equipaje? —preguntó levantando una maleta de cuero gastada.

—Eso y esto —dijo sacando una pequeña mochila de debajo del asiento delantero—. Cuando se ha viajado tanto como yo he viajado, se aprende a ir con cuatro trapos.

Alessandra sorprendió la sonrisa que su comentario había producido y se quedó perpleja por la transformación que había sufrido el rostro de Bart. Unos dientes blancos y fuertes asomaron por debajo de la estrecha línea de sus labios, y unos surcos profundos se dibujaron a los lados. Las pequeñas arrugas junto a los ojos, producidas, sin duda alguna, por tantos años de cerrarlos al sol, se convirtieron en arrugas de expresión que conferían a su rostro un aire picaresco. «Cuando sonríe», pensó Alessandra, «resulta incluso más que atractivo».

—Demonios, ¡qué calor hace! —exclamó al llegar a lo alto de las escaleras del porche.

Bart le ofreció una bebida fría, y ella aceptó, sentándose cómodamente en el ambiente refrigerado de la cocina mientras Bart estaba ocupado rebuscando en la nevera.

Todas las comodidades estaban a la vista y en perfectas condiciones. Una encimera de fórmica de color gris y unos armarios de madera de cedro se extendían a lo largo de las tres paredes, y el horno, la nevera, el microondas y el mayor congelador doméstico que Alessandra había visto nunca estaban intercalados de forma

estratégica. Las paredes de color gris claro eran el complemento del suelo negro de pizarra.

—Aquí tienes.

Alessandra se volvió al oír el sonoro acento lejano.

—Hombre… gracias.

Apenas pudo reprimir un suspiro al aceptar el vaso de limonada y verlo abrir una lata de cerveza. En fin, había tenido que tragar limonada anteriormente, y no se había muerto por ello…

Recostado sobre la encimera, Bart observó cómo tomaba un sorbo vacilante. Se preguntó cómo se le habría antojado teñirse el pelo de un blanco tan puro, y por qué razón lo llevaba tan corto y completamente tieso. Acababa a dos centímetros por debajo de las orejas y el flequillo le caía justo por encima de las cejas. El pelo, junto con la barbilla de duende y la nariz respingona le daban un aspecto de diablilla que contrarrestaba con aquellos sensuales ojos azules bordeados de pestañas, también azules.

Como padre de una adolescente, estaba más que acostumbrado al rímel y al maquillaje, pero nunca había conocido a nadie que utilizase rímel azul. ¿Por qué alguien habría de querer tener pestañas azules?

—Estás mirándome fijamente, Bart.

La verdad de sus palabras lo devolvió a la realidad.

—Lo siento, es que me di cuenta de que no estabas disfrutando de la bebida.

—Bueno, no resulta nada fácil disfrutar de una limonada cuando estás viendo a alguien tomarse una cerveza fría —respondió con descaro.

—¡Vaya! —exclamó Bart, sintiéndose castigado. No se le había ocurrido ofrecerle cerveza porque ninguna de las mujeres que conocía la bebía—. ¿Preferirías una cerveza?

—¿Puede nadar un pato? —replicó Alessandra con una sonrisa.

—Lo siento, no estoy acostumbrado a que las mujeres beban cerveza. Ten.

Alessandra sonrió al ver la rapidez con la que colocaba una lata sobre la mesa.

—Ahora te doy un vaso…

—No te preocupes, beberé a morro.

Estaba levantando la lata de cerveza cuando una llamarada de sensaciones le recorrió al verla dar dos tragos largos. Se preguntó cómo ver a una mujer haciendo algo tan poco femenino como

soplarse una lata de cerveza podía ser estimulante físicamente.

—¡Ah! —exclamó Alessandra con una sonrisa de placer—. Me ha sentado igual de bien que un orgasmo.

Bart la miró con perplejidad, preguntándose si alguna fuerza cósmica los estaba empujando a estar en la misma longitud de onda.

—Tengo que volver al trabajo. Te enseñaré tu habitación. Seguramente querrás descansar.

—La verdad es que me muero por darme un chapuzón, aunque una ducha me servirá.

—Me temo que tendrás que esperar a que Lisa te enseñe un lugar seguro en el arroyo donde poder nadar —le respondió. Ante su mirada descorazonada tuvo que sujetarse para no indicarle él mismo el lugar indicado. No tenía tiempo para satisfacer los antojos de alguien que estaba allí para trabajar—. La cena es a las siete y media. No hace falta vestirse a no ser que haya algún invitado.

—¡Perfecto! No se me olvidará. Cena al desnudo a las siete y media.

Bart sonrió irónicamente mientras apartaba desesperadamente de su cabeza la imagen de él mismo tratando de cenar delante de una Alessandra MacKellar desnuda. Empezó a sentir los efectos de la indigestión.

—Oye, ¿me haces un favor? —preguntó Alessandra.

—Sí, si puedo —dijo con voz vacilante, al tiempo que levantaba su maleta para llevarla al piso de arriba.

—Sonríe más a menudo —dijo—. ¡Tienes una sonrisa rematadamente sexy, Bart Cameron!

Bart estaba seguro de ser el primer hombre de treinta y ocho años que se había sonrojado nunca.

Alessandra, que estaba más cansada de lo que pensaba, se despertó sólo veinte minutos antes de la cena. Estaba segura de que la norma de no vestirse para cenar de Bart Cameron no era lo bastante flexible como para permitirse el lujo de bajar en camisola de raso y encaje. Era hora de deshacer la maleta. Saltó de la cama, colocó encima la maleta y se dispuso a hacer precisamente eso.

Su magro ropero consistía básicamente en vaqueros y pantalones que combinaba con camisetas o sudaderas de colores brillantes. Había hecho un trueque en Israel y tenía dos faldas largas hasta la pantorrilla bordadas a mano y un pareo de seda pintada a mano con

vivos colores que había comprado en Hong Kong por si necesitaba algo de vestir. A Alessandra nunca le había vuelto loca la moda, posiblemente porque se había criado en una tribu de hermanos y sus únicas concesiones a la vanidad femenina eran la ropa interior cara y una colección de joyas de oro y plata que había reunido en varios lugares del mundo durante los últimos nueve años.

Los últimos objetos que sacó de la maleta eran tres fotografías enmarcadas en cobre que colocó sobre el tocador. Una era de una sonriente pareja de mediana edad de pie delante del océano. La había tomado cuatro años antes, cuando su padre se retiró de su negocio de fontanería y sus padres se habían trasladado a la costa norte de Nueva Gales del Sur.

La segunda fotografía era de sus cinco hermanos: Greg, Drevv, Scott, Brad y Matt. Scott y Matt estaban solteros y los otros tres casados y con siete hijos en total. La otra fotografía era de los niños y de sus madres.

Bart esperó a que bajase las escaleras.

—¿Ya te has instalado?

—Sí, gracias —le dijo con una amplia sonrisa—. Nunca me lleva mucho tiempo.

—Bien. Lisa ha preparado la cena, así que será mejor que entremos en el comedor.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, con la esperanza de que no tuviese un estómago muy sensible. El gusto por la cocina de su hija no se adquiría de la noche a la mañana.

—¡Ahí va! ¡Me encanta tu pelo!

—¡Gracias! —exclamó Alessandra sonriendo amablemente a la adolescente, que no había esperado a una presentación formal.

—¿Es teñido?

—¡Lisa!

—Sólo por el sol —respondió Alessandra, ignorando la expresión de disculpa de Bart ante lo que consideraba mala educación por parte de su hija.

—¡Ojalá fuese rubia! —suspiró Lisa Cameron, sacudiendo con fuerza su melena negra, que le caía hasta la cintura.

—Me teñí el mío de negro una vez cuando tenía trece años —confesó Alessandra, y se rió al ver la expresión de horror de Lisa—. La reacción de mis padres fue muy parecida a la que acabas de tener tú ahora.

—Papá me mataría si me cambiara el mío —dijo con más de una nota de resentimiento.

—Cierto —declaró Bart Cameron.

—¿Por qué? —preguntó Alessandra, haciendo que las dos cabezas se giraran en su dirección—. Se trata de su pelo.

—Eso es lo que le digo yo siempre —dijo Lisa.

Bart lanzó una mirada contenida a su empleada más reciente.

—Lisa sólo tiene diecisiete años —respondió, como si aquello explicase todo.

—¡Casi dieciocho! —respondió su hija.

—Con suerte llegarás a esa edad.

El tono de la conversación entre padre e hija revelaba una lucha entre la independencia incipiente y la disciplina chapada a la antigua. La atmósfera no iba a resultar aburrida en aquel lugar, pensó Alessandra. Pero, ¡demonios! ¿cómo se suponía que una persona podía cortar la carne con un cuchillo sin afilar? Cambió de plan de ataque y se lanzó a por el puré de patatas, pero lamentó haberlo hecho por las náuseas que sintió al probar la patata medio cruda.

—¿Estás bien? —inquirió Bart Cameron, y Alessandra no estaba segura de haber imaginado un brillo de humor en su mirada.

—Sí, claro. Sólo que un trozo se me fue por el otro lado —mintió Alessandra. Empezaba a sospechar que la razón de que no pudiese cortar la carne residía en la manera de cocinarla, y no en el cuchillo—. ¿La carne es de vuestro ganado?

—Sí, aquí en Rough Rivers hacemos nosotros la matanza. Tenemos filete para cenar todas las noches cuando el ama de llaves está de vacaciones. Es la única cosa que Lisa se atreve a cocinar.

¡Dios mío! Ojalá no se atreviese a cocinar nada más. Desde aquel momento la conversación se redujo a preguntas sobre la salud de Marilyn y su familia, y Alessandra explicó cómo había conocido a la hermana de Bart en California y había trabado una gran amistad con aquella mujer, su marido y sus hijos. Había sido Marilyn, al saber que Alessandra tenía planeado regresar a Australia para el verano, quien le había sugerido que aceptase aquel trabajo.

Cuando Bart empezó a contarle a Alessandra el sistema de contabilidad del rancho, Lisa anunció que tenía una cita y se excusó, tras oír las instrucciones paternas de regresar antes de las doce.

Durante todo el tiempo, Alessandra se esforzó en comer, pero al

final renunció y apartó el plato. Miró al otro lado de la mesa y vio cómo su jefe, recostado en la silla, la observaba.

—Bueno, desde luego… estoy llena. No podría comer nada más.

—Tampoco podría mucha gente —respondió Bart con ironía—. No se puede decir que Lisa tenga un talento excepcional para la cocina.

Su humor se hizo patente con una sonrisa tan deslumbrante que Lisa se sintió casi mareada.

—¿Puedo preguntarte qué clase de placer perverso obtienes viendo cómo tus visitantes se atragantan comiendo verduras crudas y carne carbonizada? —preguntó Alessandra.

—Creo que ya es hora de que Lisa aprenda a cocinar…

—¿A qué precio? ¿Una acusación de asesinato?

—Mejorará con la práctica —declaró Bart.

—Sería más saludable para todos si mejorara recibiendo instrucciones. Además, hoy día saber cocinar no es una de las armas básicas de una mujer. ¿No saldrías ganando si contrataras a una suplente mientras tu ama de llaves está de vacaciones?

—Entonces Lisa no haría ningún esfuerzo. ¿Sabes cocinar?

—No. Pero estoy segura, maldita sea, de que sé hacerlo mejor que tu hija. Lo que no significa que esté preparada para hacerme cargo de esa tarea, si es lo que estás pensando.

—No, no es eso —la tranquilizó. Se levantó y empezó a llevarse los platos sucios de la mesa. ¿Quieres algo de postre?

—Sólo si es de lata.

—¿Te hace una tarta de nueces congelada con helado? Incluso descongelaré primero la tarta —prometió.

Alessandra se preguntó si utilizaría el microondas o lo descongelaría simplemente con sus ojos de color azul celeste. Para no ser un hombre atractivo, realmente estaba dotado de accesorios muy poderosos.

Por acuerdo mutuo tomaron el postre en la cocina.

—¿Qué te hizo decidirte a convertirte en ranchero? Marilyn me contó que los dos os criasteis en Dallas.

—Incluso de niño ya prefería la vida del campo a la de la ciudad. Mi tío solía dejarme pasar las vacaciones en su rancho, trabajando para él. Cuando murió me dejó el rancho. Hace doce meses decidí arriesgarme y empecé a buscar una hacienda australiana. Y aquí estoy —añadió encogiéndose de hombros.

—¿Y no te arrepientes? —inquirió, presintiendo que si no, la

conversación habría terminado.

—¿Por qué? ¿Es que tengo aspecto de arrepentirme de haberlo hecho? —replicó, sosteniendo su intensa mirada azul. No porque quisiera mirarla, sino porque era difícil no sentirse atraído por las profundidades de sus ojos de color azul turquesa.

—No, pero pocas personas pueden afirmar que no se arrepienten de nada de lo que han hecho en su vida.

—¿Tú te arrepientes de algo?

—¡No! —exclamó Alessandra con una sonrisa. Durante los últimos nueve años, de nada en absoluto. Puedo afirmar con sinceridad que he hecho todo lo que quería hacer con mi vida y no creo que vaya a ser distinto en el futuro. Aunque, otras personas han pasado mucho tiempo lamentando cosas en mi nombre. Mis amigas, mis amigos, amantes, hermanos, padres…

Comprendiendo que aquella mujer necesitaba poco estímulo para hablar, Bart no hizo ningún comentario y se dispuso a meter los platos en el lavavajillas.

—Anda que mis padres no han pasado tiempo lamentando cosas que yo había hecho. Como cuando me arrestaron por atacar a un policía…

Bart se giró en redondo, sin estar seguro de haber oído bien.

—¿Por qué?

—Por atacar a un policía —repitió con calma—. Verás, estaba participando en una protesta en Sydney contra el envío de uranio, cuando un poli golpeó al tipo con el que estaba. Rick, así se llamaba mi hombre, sólo estaba insultando a los polis, cuando… ¡zas! —exclamó dando un puñetazo en el aire—. Los chicos de azul pensaron practicar boxeo con la cara de Rick. Maldita sea, ¿qué se suponía que debía hacer yo? ¿Retroceder y ni siquiera tratar de ayudarlo? No digas que sí, porque eso es precisamente lo que pensó el juez. Pero tuve suerte, sólo me pusieron una multa de doscientos dólares.

—Mmm, ¿cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Bart con la esperanza de que no fuese a decir «sólo hace un mes».

—Tenía diecinueve años. No te preocupes, no soy una fría delincuente. No voy a cortarte el cuello durante la noche y huir con la cubertería de plata de la casa —bromeó.

Bart sirvió dos tazas de café y las llevó hasta la mesa. Alessandra ya se había enfrascado en un monólogo apasionado sobre por qué no debería ni siquiera extraerse el uranio. ¡Mataría a Marilyn por

hacerle una cosa así! No sólo estaba a la merced de las emociones de una hija de diecisiete años cada vez más intratable, sino que tenía que vérselas con una feminista radical que incluso hablaría bajo el agua con la boca llena de canicas. Súbitamente, lamentó una cosa: que Alessandra MacKeller fuese sexy por añadidura.

No cabía duda de que aquél iba a ser el verano más largo de su vida.

Dos días después, Alessandra entró en la cocina y se encontró a Lisa desayunando. Aparte de presentarse a la hora de la cena con sus habituales faltas de apetito, la joven apenas se había dejado ver.

—Buenos días. ¿Te preparo algo de desayuno?

Alessandra sonrió irónicamente y se apoyó sobre la nevera.

—¿Tengo aspecto de estar desesperada por comer? —preguntó a la joven morena.

—¿Perdón?

—Lisa, tal vez engañes a tu viejo, pero no intentes dármelas con queso a mí —le dijo Alessandra.

—No sé qué… —empezó a decir Lisa.

—Nadie cocina tan mal como tú sin hacerlo a propósito. Incluso alguien que no supiese nada de electrodomésticos mostraría una mejora gradual. A no ser que estuviese tratando deliberadamente de sabotear la comida. Tus resultados son demasiado malos como para ser auténticos —dijo Alessandra viendo cómo la delataba el rubor que le subía desde el cuello. Su corazonada era cierta—. Mira, no sé lo que tratas de probar, pero si esperas que tu padre abandone y contrate a una cocinera, olvídalo. Ya lo he sugerido yo y tu padre no está por la labor.

—¡Nunca lo hará! Papá piensa que sólo porque mi madre fue una cocinera excelente, yo también he de serlo. ¡Ni siquiera conocí a mi madre! Pero entre él y mi abuela me hacen sentir como su clon, o algo así —dijo Lisa apartando el plato y apoyando con fuerza la barbilla en sus manos.

Alessandra percibió que en el fondo de sus ojos castaños, además de chispas de rebeldía, también había confusión.

—Desde siempre, todas las vacaciones me obligan a aprender algo que mi madre aprendió de niña y que hizo mejor que nadie. Empecé haciendo ballet a los cuatro años y he cubierto todos los campos desde música y arte hasta los deportes ecuestres. Su último plan es una universidad para chicas. Desde luego, no pienso ir —

dijo echando hacia atrás una trenza larga hasta la cintura—. Pase lo que pase, no pienso ir.

Alessandra suspiró con suavidad. Entendía a Lisa perfectamente. Dio un sorbo a la taza de café y sopesó si sería prudente entrometerse en algo que no tenía nada que ver con ella. Sin embargo, el recuerdo de una vieja amistad le hizo decantarse. Terminó el café y empujó la taza en dirección a Lisa.

—Sírvenos otra taza —dijo sonriendo a la joven —y dime lo que tú quieres hacer.

—No tengo tiempo. Me están esperando.

—Bueno, tal vez en otra ocasión —replicó Alessandra sonriendo —. Tengo que meterle mano a las cuentas como sea.

—Le dije a papá que te enseñaría un lugar seguro para nadar más tarde. ¿A qué hora quieres ir?

—A cualquier hora de la tarde, por mí está bien.

—Volveré a la hora del almuerzo —asintió Lisa.

Una vez sola, Alessandra apuró su segunda taza de café. Bart Cameron regresaría para ver cómo llevaba las cuentas. Por alguna razón se agitó presintiendo los acontecimientos.

Alessandra se pasó prácticamente las dos horas siguientes maldiciendo a la contable de Bart Cameron mientras trataba de interpretar el procedimiento de contabilidad que había seguido en los libros de cuentas. Nadie podía acusar a la tal Edith Wilcox de ser, ni clara ni metódica.

—¿Algún problema?

Sorprendida, se giró rápidamente y vio a Bart Cameron de pie en la entrada del minúsculo despacho. Su presencia pareció reducir las dimensiones de la habitación. Decidió achacar el hecho de que el pulso se le acelerara a su aparición repentina más que a su virilidad.

—Me has asustado. No me gusta que nadie se me acerque de puntillas.

—No he venido de puntillas, pero perdona si te he asustado. Estabas tan ocupada hablando sola que no me oíste llamarte cuando entré en la casa.

—No estaba hablando sola —sonrió Alessandra, igualando su expresión divertida—. Estaba profiriendo críticas verbales sobre la letra de la señora Wilcox.

—Entré justo cuando habías llegado a la conclusión de que como contable era «tan útil como un toro con tetas».

—Es cierto.

—Te creo. Nunca he sido capaz de descifrar su letra lo bastante como para emitir un juicio sobre ella.

Alessandra trató de no recorrer su cuerpo con la mirada y fijó la vista en el sombrero tejano de color negro que hacía girar sobre su dedo. En el lugar donde el ala se unía con la parte superior, por debajo de una pequeña trenza de cuero, pudo ver una mancha clara de lo que posiblemente serían años de transpiración. Aquel hombre debía de conocer a fondo el sudor y las ampollas. Alessandra se preguntó si habría alguna mujer que lo conociese igual de bien íntimamente. Si era así, la envidiaba. ¡Demonios! ¿Cómo había llegado a pensar en eso?

—Cualquiera diría que estuvieras ardiendo. ¿Por qué no te tomas algo fresco conmigo antes de que sigamos hablando? —sugirió Bart, dándose cuenta de que se había sonrojado.

«¡Ardiendo!». Aquel hombre no tenía ni idea de lo bien que podía leer el pensamiento.

—¡Bien pensado! —corroboró Alessandra, moviéndose hacia la puerta como si estuviera muriéndose de sed.

Bart se dio cuenta de que había causado su incomodidad. Aunque era cierto que pensaba que Alessandra MacKellar era un poco más que un tanto ordinaria, confiaba en que sus sentimientos no fuesen evidentes, ya que no tenía intención de herirla. Suspiró suavemente y la siguió a la cocina, decidido a ignorar el seductor balanceo de sus caderas.

—Ya casi es hora de almorzar. Puedo preparar un par de sandwiches para los dos, si quieres —se ofreció Alessandra.

Bart examinó el reloj que colgaba de la pared de la cocina. Por lo general no comía hasta la una, pero la idea de compartir el almuerzo con alguien era tentadora.

—¿Supongo que no aceptarás un trato? —preguntó Bart mientras se disponía a sacar envases y botes de la nevera. Alessandra lo observó con cautela.

—¿Como cuál?

—Yo haré el almuerzo si tú haces la cena.

—Creía que la cena era faena de Lisa.

—Es la «faena» de cualquiera que tiene que tratar de comerse lo que guisa.

—No me dices nada nuevo.

—Entonces, ¿lo harás?

—Con dos condiciones —dijo Alessandra, sonriendo al ver que tenía las cejas levantadas—. Primera, Lisa continuará preparando la cena, pero siguiendo mis instrucciones. Creo que te sorprenderá ver cómo mejora…

—Si mejora, será gratitud y no sorpresa lo que sienta. ¿Y la segunda condición?

—Que me dejarás trabajar como vaquera.

—¿Como qué?

Capítulo 2

—Como vaquera. La versión femenina de un vaquero.

—¡De ninguna manera! No tengo tiempo para hacer de niñera de una mujer mientras juega a hacer de vaquero. Estás aquí para llevar la contabilidad, no para tener vacaciones a mi costa.

—Escucha, amigo. Para empezar, no he necesitado una niñera durante años. Ni tengo una idea irreal sobre lo duro que es llevar un rancho… Lo he hecho más de una vez. Cuernos, he reunido toda clase de ganado, desde corderos descarriados en Victoria hasta toros brahmines en el Territorio del Norte.

Bart observó embelesado cómo saltaban chispas de furia en lo más profundo de sus ojos azules. Su barbilla sobresalía desafiantemente y percibió su férrea convicción en su capacidad.

—No estoy pidiendo que me trates como una turista, Bart. Soy una jinete experta y estoy acostumbrada a trabajar con el ganado. Como mucho, para llevar las cuentas al día sólo necesitaré cinco horas a la semana…

—También está la nómina —le recordó—. Que supone ir al banco a la ciudad y volver. Una excursión de tres horas. Además de calcular el sueldo de cada vaquero cada semana…

—Está bien, pongamos un día para organizar las pagas —concedió Alessandra—. Pero todavía me quedan seis días con sus horas sin hacer nada. Me volveré loca de aburrimiento. Además, me gusta sentir que me gano mi sueldo.

Bart se recostó sobre la encimera y cruzó los brazos. Alessandra tragó saliva al ver cómo su camisa se estiraba sobre su pecho musculoso, y se sorprendió al sentir la ola de excitación sexual que generaba en ella. Ningún hombre le había causado un impacto tan instantáneo en sus sentidos.

—¿Y bien? —preguntó.

—Mañana pondré a prueba tu habilidad como jinete…

—Me parece justo —asintió Alessandra.

—Siempre que —añadió con una media sonrisa —no sufra los efectos de la cena de esta noche.

—Gracias por no chivarle a papá lo de que arruino sus comidas a propósito —dijo Lisa tímidamente.

Alessandra dio unas cuantas brazadas más antes de contestar.

—Ya que estás tan desesperada por demostrar que eres una adulta ante sus ojos, si se lo hubiese dicho habríamos conseguido el efecto contrario. El despecho infantil no es la manera de demostrar madurez.

La bonita adolescente salió penosamente del agua y se envolvió en una toalla.

—Ni tampoco la promiscuidad —añadió Alessandra sagazmente.

—¿Cómo? —inquirió Lisa. El rostro de la joven era una mezcla de sorpresa y culpabilidad.

Alessandra no pudo evitar sonreír levemente con simpatía. Llegó a la orilla fácilmente de una sola brazada de pecho.

—Reconozco un chupetón cuando lo veo, Lisa —dijo Alessandra. Instintivamente, la joven se cubrió el cuello con la mano—. Un poco tarde para eso.

Los ojos de Lisa se llenaron de lágrimas y Alessandra sintió una oleada de lástima al ver su confusión. ¿Por qué los años de adolescencia siempre eran los más difíciles?

—¿Se lo vas a decir a mi padre?

—¡Claro que no! El material para un futuro chantaje quedaría destruido —dijo Alessandra, pero al ver la expresión de sorpresa de Lisa dejó de bromear—. Oye, estoy bromeando. Aunque de niña no era tan generosa. Solía chantajear a mis hermanos y a sus novias sin piedad. Resultaba muy rentable, déjame que te diga.

Pero mirando de soslayo a la joven vacilante que permanecía de pie a pocos metros de distancia, Alessandra tuvo la sensación de que su vena de rebeldía nacía de la desesperación más que del temperamento.

—No se lo diré a tu padre, Lisa —la tranquilizó, viendo cómo se reflejaba el alivio en su rostro—. ¿Vas en serio con ese chico?

—No lo sé. Eso creo. Todd es el chico más simpático que he conocido.

—¿Y qué piensa tu padre de él?

Lisa sonrió con amargura y se encogió de hombros.

—No lo aprueba, pero no me importa lo que piensa. No es asunto suyo.

Alessandra terminó de secarse con la toalla y se puso la camiseta sobre el traje de baño.

—Bueno, si la cena tiene que estar lista a su hora, será mejor que volvamos —le dijo a Lisa tendiéndole sus ropas—. He hecho un trato con tu viejo. Supervisaré tu cocina si acepta que trabaje con

los demás vaqueros en el rancho.

—¿Lo dices en serio? ¿Papá te deja trabajar con el ganado?

—Cuando le haya demostrado que puedo distinguir el culo de la cabeza de un caballo. ¿Por qué te sorprendes tanto?

—Mi padre cree firmemente que ni los corrales ni los bares son lugares para señoritas. Y que las señoritas ni fuman, ni beben ni maldicen.

—Qué suerte que no fume, ¿eh, Lisa? —dijo Alessandra conteniendo una sonrisa. Podía perfectamente imaginarse a Bart Cameron diciendo aquellas palabras.

Bart Cameron entró en la casa y oyó una risa incontrolada procedente de la cocina. ¿Lisa? Caramba, no podía recordar la última vez no tenía una mirada arisca.

—Por supuesto que aquel tipo apenas podía creer que alguien tan minúsculo como yo lo hubiera arrojado por encima de mi hombro y lo hubiera hecho caer de cul…

—Buenas noches, señoritas.

Tanto Lisa como Alessandra giraron en redondo al oír la voz grave y masculina. Alessandra se percató del cambio repentino que se operó en la expresión de la joven.

—Le estaba contando a Lisa lo que pasó cuando un tipo intentó ligar conmigo en un tren.

—Sí, ya he oído. La descripción era bastante gráfica —dijo Bart en tono cortante, y Lisa se acobardó—. ¿Me da tiempo a darme una ducha rápida antes de cenar, Lisa?

—Mm… —dijo la joven mirando a Alessandra en busca de la respuesta.

—Claro, pero rápido, ésa es la palabra clave. Diez minutos más y no garantizo que el pollo no se haya echado a perder.

Bart pareció estar a punto de decir algo, pero cambió de idea y asintió antes de dejar la cocina.

—¡Desde luego, puede arruinar una fiesta sólo con su presencia! —comentó Alessandra.

—Está de mal humor —le dijo Lisa como confidencia—. Lo sé.

—¡Qué alivio! No me agradaría pensar que se pone así de desagradable todos los días después del trabajo. Pon la mesa, ¿quieres, Lisa?

Una llamada de teléfono interrumpió la comida casi tan pronto como los tres se sentaron a cenar. Era para Bart. Apartó el plato de

pollo con especias a un lado y, sin mucho entusiasmo, salió a contestar. Lisa y Alessandra disfrutaron de una conversación animada que reveló cosas nuevas de la joven a Alessandra.

—Lo siento —dijo Bart cuando regresó, justo cuando las chicas estaban terminando de comer—. Los negocios no pueden esperar. No os sintáis obligadas a acompañarme mientras ceno —añadió con más generosidad de la que sentía. No soportaba cenar solo, porque recordaba aquella época que siguió a la muerte de Kathleen, antes de que Lisa fuese lo bastante mayor como para sentarse con él a la mesa.

Lanzó una mirada al rostro de belleza clásica de su hija y se acordó una vez más de su madre. Kathleen sólo tenía cuatro meses más que Lisa cuando falleció. Durante años había temido que su hija hubiese heredado, no sólo la hermosura de su madre, sino también el asma que acabó con su vida, pero, afortunadamente, no había sido así.

Alessandra percibió el silencio que había en el ambiente. Bart no parecía interesado en dar conversación, y Lisa, aunque parecía incómoda, era reacia a mover un músculo. Sospechó que la joven estaba ansiosa por hablar de algo con su padre y se excusó educadamente. Se llevó una manzana del frutero de la cocina y salió al aire cálido de la noche.

Divisó un tronco debajo de un árbol gigante de edad indescifrable y se sentó en el silencio nocturno. Apoyó los codos en las rodillas y meció suavemente la cabeza sobre sus manos, mirando en dirección al cielo. En aquella negrura, todo lo que vio fue una red de luces centelleantes que se extendía kilómetros y kilómetros. En aquel lugar, las estrellas eran más grandes y brillantes que en cualquier parte del mundo, incluido el corazón de Texas.

Pero frunció el ceño. Un tejano en concreto se estaba acercando demasiado a su corazón. Había algo en Bart Cameron que estaba removiendo el polvo que llevaba tres años cubriendo su sensualidad. Por supuesto que él no parecía estar ni siquiera remotamente interesado en ella, pero era comprensible, apenas tenían nada en común. Bart Cameron era serio y conservador hasta rozar el aburrimiento. Alessandra, por el contrario, era lo que sus hermanos describían como una extrovertida hasta la médula, incluso un poco extravagante. Entonces, ¿por qué se sentía atraída por aquel hombre? «Déjate llevar y a ver qué pasa», se dijo Alessandra.

Se levantó y le dio un mordisco a la manzana que había estado sacando brillo distraídamente con la pernera de su pantalón vaquero. Deambuló en dirección a los corrales hasta que, finalmente, sus pasos la condujeron hasta los establos.

Sólo había cuatro monturas: el caballo al que Bart había estado cepillando y otros tres. Inmediatamente se sintió atraída por un alazán magníficamente proporcionado.

—Vaya, eres toda una belleza, ¿eh, amigo? —susurró tendiendo la mano con seguridad hacia él. El animal relinchó con agresividad, dando un paso hacia atrás—. Tranquilo, chico. No voy a hacerte daño —dijo Alessandra avanzando con cautela, consciente del nerviosismo que brillaba en los ojos del animal.

De nuevo, el caballo protestó con fuerza por su presencia, pero al girarse a un lado, Alessandra se dio cuenta de que lo habían castrado.

—No me extraña que estés enfadado. ¿Qué clase de tarado mental no querría usarte como semental? Bueno, no te preocupes, preciosidad… esta chica piensa que eres perfecto tal y como eres…

El musculoso caballo se levantó sobre sus patas traseras y dio un resoplido histérico, arremetiendo contra la puerta del establo que los separaba. En menos que canta un gallo, se vio lanzada contra la pared del lado opuesto de la cuadra. Bart la tenía agarrada por los hombros y la sacudía contra la pared.

—¿Es que eres tonta de remate? —quiso saber Bart.

—Lo seré si sigues golpeándome contra la pared, ¡maldita sea!

—Debes de ser la mujer más idiota que he conocido nunca —dijo Bart—. Rojo es un maníaco, podía haberte matado.

—¿Y qué tratas de hacer? ¿Terminar el trabajo? Suéltame antes de que se me corte la circulación de las manos, si eres tan amable —dijo Alessandra, conmocionada por el efecto que su cercanía estaba teniendo sobre ella.

Bart dio un paso hacia atrás y echó una rápida mirada al caballo, que seguía nervioso pero quieto, antes de alejarla del establo agarrándola del brazo.

—No pretendía hacerte daño. ¿Estás bien?

—Mi corazón está latiendo a mil por hora —contestó Alessandra con ojos brillantes y un tanto sonrojada.

—Seguramente será por el susto que te ha dado Rojo —dijo Bart tratando de no dirigir la vista sobre su pecho para ver el ritmo al que se movía.

—No. Ha sido por tu culpa.

—Mira… —suspiró Bart—. Sólo pretendía apartarte de la puerta del establo por si acaso esa bestia podía darte una coz. Actué por instinto. Siento haberte asustado.

Alessandra pensó cuál sería su reacción si le rodeara el cuello con los brazos y lo besara. Media hora antes no había estado convencida de que Bart fuese «su tipo», pero en aquel momento supo que ningún otro hombre llegaría nunca a alterarla de aquel modo. Pero un ataque frontal no parecía lo apropiado. ¡Tenía que ser sutil!

—No me has asustado, Bart.

—Pero si has dicho que…

—He dicho que eras el responsable de que el pulso se me hubiera acelerado. No he dicho que tú me asustaras.

—¿Qué…?

—Buenas noches, Bart. Te veré por la mañana.

Se giró rápidamente y corrió hacia la casa, dejando a Bart de piedra en los establos. Cuando llegó a la cocina se permitió soltar una leve risita.

—Es todo lo sutil que puedes ser, Alessandra MacKellar.

Bart estaba cansado e irritable después de pasar una noche dando vueltas en la cama. No tenía humor para soportar las malas caras de Lisa ni la conversación superficial de Alessandra. Se sirvió una taza de café y salió a la brillante luz del sol de primeras horas de la mañana.

No podía pensar en ninguna razón por la que el Señor creyese bueno infligirle el suplicio de los dos últimos días. Lo sucedido la noche anterior era motivo suficiente para hacer envejecer a cualquiera veinte años. Primero, Lisa anunciándole que no estaba dispuesta a volver a los Estados Unidos para ir a la universidad y amenazando con irse de casa, y luego, la descarada de Alessandra a punto de ser pisoteada por Rojo. ¡Demonios!

La solución más fácil era poner a Lisa en un barco en dirección a Houston, a casa de su abuela, y luego decirle a Alessandra que ya no precisaba de sus servicios como contable.

¡Ja! Su suegra no deseaba otra cosa que oírle reconocer que no podía controlar a su propia hija. Llevaba diciéndoselo dieciocho años, y no estaba dispuesto a reconocer que tenía razón en aquel momento.

La australiana era harina de otro costal. Lisa y ella parecían

congeniar muy bien, y debía admitir que la cocina de su hija había mejorado en un doscientos por ciento desde que Alessandra la supervisaba. Lo que lo molestaba era que en los pocos días que llevaba con ellos, el lenguaje de Lisa había ido a peor. También estaba el hecho de que Alessandra estuviera insinuándose. Al menos, eso era lo que suponía que había estado haciendo. No parecía muy lógico. Bart era mucho mayor que ella, y con su atractivo podía tener al hombre que quisiera. Se preguntó por qué la idea lo deprimía, porque decididamente, Alessandra no era su tipo.

Claro que era todo lo sexy que uno podía desear, pero la atracción física tenía sus límites. Llegados a un punto, la femineidad tenía que abrirse paso, pero Bart sospechaba que para Alessandra, la femineidad era comparable con la rabia: debía evitarla a toda costa.

Apuró la taza de café y regresó hacia la casa. No la despediría… todavía, pero Alessandra iba a tener que escuchar cuatro cosas sobre su lenguaje.

—¡Mira eso!

Un agudo silbido de admiración atrajo la atención de Bart, que estaba ensillando el caballo, e instintivamente supo quién provocaba los silbidos de elogio de sus hombres, incluso antes de levantar la vista y ver a Alessandra caminando hacia ellos.

—No me importaría tener que ayudarla a ponerse los vaqueros todas las mañanas…

—¡El trabajo es tuyo, Jim! Siempre que yo tenga el placer de quitárselos por las noches…

A la respuesta le siguieron las carcajadas.

—Ya vale, amigos —advirtió Bart, al que no solían irritar sus comentarios—. La señorita va a trabajar aquí este verano y no quiero problemas, ¿entendido?

—Oiga, jefe, sólo estaban bromeando —replicó Jim, el capataz que Bart se había traído de Texas.

—Y yo sólo les estoy diciendo cómo son las cosas —dijo Bart.

—¡Buenas! —dijo Alessandra con una sonrisa radiante, incluyendo a todos en el saludo. Recibió una mezcla de respuestas y saludos de todos excepto de Bart, que se limitó a inclinar la cabeza y a mirarla de la cabeza a los pies. Como forma de ignorarlo, se sintió obligada a presentarse a cada uno de los hombres.

—Cuando hayas acabado con las presentaciones… —le dijo Bart.

Alessandra se preguntó qué era lo que lo había puesto de tan

mal humor. Los hombres regresaron al trabajo y ella se dirigió al lugar en el que Bart permanecía de pie sosteniendo por las riendas a una yegua baya ensillada.

—No tenías que haberla ensillado, podía haberlo hecho yo misma.

—No te he ensillado tu montura. La tuya está allí —dijo señalando hacia el corral en el que había tres caballos—. El gris. Esto no es un club de ponis, Alessandra. Lo sujetas, lo ensillas y luego, veremos si puedes montarlo.

Alessandra se estiró y lo miró con dureza.

—Eso está tirado —ndijo volviéndose y caminando hacia el corral—. ¿Disfrutando del panorama? —preguntó dulcemente meneando el trasero deliberadamente pero sin volverse.

Bart se habría mordido la lengua antes de admitir que le resultaba casi imposible mantener la vista apartada de ella. Sin embargo, era verdad. Alessandra MacKellar le estaba haciendo sentir cosas que no quería sentir. ¡Al menos, no hacia ella!

La observó mientras se aproximaba a los caballos con respetuosa cautela. Estaba demasiado lejos como para oír lo que decía, pero por el movimiento de sus labios podía ver que les hablaba. Recordó las palabras suaves y tranquilizadoras que le había oído decir a Rojo la noche anterior. ¿Utilizaba aquel mismo tono seductor cuando hacía el amor a un hombre? Una corriente eléctrica le recorrió la espalda sólo de pensarlo. Irritado, se caló aún más el sombrero.

—Mueve el trasero, Alessandra. No tengo todo el día.

En un par de minutos, Alessandra ajustó la brida y condujo su montura hacia donde Bart estaba sentado encima de la valla.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Ceniza —respondió Bart, levantando una silla hecha a mano de encima de la valla y tendiéndosela a Alessandra.

La tomó sin decir una palabra y la inspeccionó con interés.

—¿Buscando las imperfecciones?

—En realidad estaba pensando que tiene tanto relleno y es tan honda que sería más fácil caerse de un sillón. Un vaquero australiano no utilizaría una silla como ésta por amor propio.

Bart no replicó, pero se negó a buscar las razones que le habían impulsado a no hacerlo. Observó su forma de ensillar el caballo. Tuvo cuidado de colocar los estribos sobre la silla antes de colocarla sobre el lomo de Ceniza para evitar que se desbocase con el choque del metal. Bart la aplaudió en silencio. Después, volvió a hablar

dulcemente al animal mientras ajustaba la cincha. Por el rabillo del ojo, Bart se dio cuenta de que los hombres habían dejado de trabajar y la estaban mirando. No dijo nada.

—Está bien, Ceniza, cariño, vamos a comprobar si los estribos están a buena distancia.

Sujetó las riendas de forma que el caballo no pudiera girar la cabeza y darle un mordisco en el trasero y utilizó la mano libre para bajar el estribo y subirse a la silla con un ágil movimiento. Se mantuvo de pie sobre los estribos por unos momentos antes de desmontar. Luego corrió las cintas unos milímetros para bajarlos un poco.

—Esos estribos están demasiado bajos —le dijo Bart.

—Lo siento —respondió dulcemente—. Pensé que ibas a montar el bayo.

—Y así es.

—Entonces, ensillaré este caballo como a mí me resulte más cómodo —le espetó, volviendo a montar.

¡Maldición! ¿Cómo podía ser tan tozuda cuando parecía tan dulce? En cuanto al sombrero que llevaba, parecía que lo había pisoteado una muía. Además, a lo largo de la banda, llevaba una decoración que parecía una cadena, pero que visto de cerca demostraba ser una serie de anillas de latas de cerveza enlazadas unas con otras.

—¿Buscas algo en concreto o sólo estás tratando de grabar mi cara en tu memoria? —preguntó Alessandra.

—Lisa podía haberte prestado un sombrero si se lo hubieras pedido.

—Si lo necesitase, se lo pediría —contestó tocando el objeto en cuestión—. Pero éste es mi sombrero de la suerte, y lo llevo a todas partes.

—Ya se ve.

Su inesperada sonrisa casi le hizo caerse de la silla.

—¿Te importa si ando un poco con él para hacerme a la silla y al caballo? —inquirió haciendo esfuerzos por recuperar la calma. Luego indicó al caballo que se pusiera en marcha.

Era ridículo que su presencia pudiera afectarlo de aquella manera, pensó Bart, que aún experimentaba una calurosa agitación en las ingles al ver cómo sus senos se marcaban por debajo de la camiseta. No era precisamente que estuviese hambriento de compañía femenina. Hasta hacía pocos meses había tenido una

relación muy física y prolongada con una abogado de Dallas. Bree había sido todo lo que Alessandra no era. Elegante, sofisticada, una mujer de éxito, pero por encima de todo, una dama. Su relación concluyó cuando ella aceptó un trabajo en Nueva York y Bart compró el rancho en Australia, y ninguno de los dos se lamentó. La llegada de su capataz lo sacó de sus reflexiones.

—Tiene buenas manos —observó Jim.

—Sí. Y una buena silla.

—Los chicos y yo ya lo habíamos notado —dijo Jim riéndose entre dientes—. ¿Es buena?

—Eso es lo que vamos a averiguar ahora mismo —respondió Bart apartándose de la valla contra la que había estado apoyado—. ¡Alessandra! Vamos a ir a caballo hasta el establo de Kilto para ver lo bien que separas el ganado. ¿Estás lista?

—Claro.

—Jim, ve a por tu caballo. Será mejor que hagas esto conmigo, ya que serás el que tenga que responder ante mí de sus errores.

—Oye, Jim —gritó Alessandra al hombre que se alejaba—. Tu trabajo será coser y cantar. ¡Yo no cometo errores! —exclamó sin poder sofocar la risa que le provocaba la expresión grave de Bart.

La única conversación que se produjo tuvo lugar entre Bart y su capataz, y se centró en el movimiento del ganado y la reparación de las vallas. Alessandra iba detrás de ellos, admirando el paisaje. Se alegraba de estar de vuelta y ver los eucaliptos y las acacias de Australia.

Tardaron casi quince minutos en llegar a su destino, una suave colina a unos setenta metros por encima de una manada. El olor y el ruido del ganado hicieron que la nostalgia la invadiera. Cerró los ojos, echó hacia atrás la cabeza, e inspiró profundamente.

—¿Estás bien? —oyó la voz de Bart junto a ella.

—Estupendamente —contestó sin abrir los ojos—. De hecho, el paseo me ha sentado igual de bien que un orgasmo.

—Será la silla —le espetó Bart.

Alessandra abrió los ojos y lo miró. El sol de última hora de la tarde se había aliado con el ala de su sombrero para ocultar la mayor parte de su rostro, pero por el gesto de su boca pudo deducir que no estaba de humor para oír réplicas. Lo cual era una buena razón para dárselas.

—Si es la silla, entonces el mérito es todo tuyo.

Bart acercó su montura, extendió un brazo y acercó la cara de Alessandra a dos centímetros de la suya. Murmuró algo que Alessandra no entendió y le estampó un fuerte beso en la boca. Aunque fue más bien un asalto, pensó Alessandra, porque distaba mucho de ser tierno. Sin embargo, no podía negar que sentir sus brazos en torno a ella fue suficiente como para que le bullese la sangre, y la masculina aspereza de su rostro contra el suyo le hizo sentirse increíblemente femenina. No ofreció resistencia y abrió ansiosamente los labios para acoger a aquella lengua penetrante, pero antes de que su cerebro pudiera sobreponerse a la sorpresa, Bart la soltó.

No dijo nada y, a juzgar por la expresión de su rostro, Bart se había quedado de piedra. La voz de Jim, que estaba entre el ganado, le hizo reaccionar. Le hizo señas con la mano para indicarle que lo había oído, y luego apartó su montura de la de Alessandra.

—Esto no tenía que haber ocurrido, pero tal vez ahora comprendas que tu actitud de sabihonda te va a dar muchos problemas. Jim te dirá cuáles son los novillos que quiere que separes de la manada. Ponte a trabajar.

Alessandra escondió una sonrisa y, cuando estaba a medio camino de donde pastaba el ganado, se detuvo y se giró sobre la silla. Bart seguía en el mismo sitio, y Alessandra lo sabía porque era una posición privilegiada para ver cómo trabajaba.

—¡Oye, jefe! —gritó, atrayendo su atención—. ¡Sabes de maravilla!

Capítulo 3

Alessandra no esperó a la respuesta. Hundió los talones en el rucio que montaba y galopó hasta el ganado de blancas cabezas. Era el momento de demostrarle que podía reunir y separar el ganado tan bien como cualquiera.

—¡A por ellos, Ceniza!

Alessandra sabía que estaba trabajando deprisa, pero gran parte de los méritos eran de su montura. Era como si Ceniza anticipase todos sus movimientos.

Cuando separó todos los novillos de la manada principal, se relajó en la silla y exhaló un suspiro de agotamiento. Se quitó el sombrero y giró la cabeza sobre el hombro para secarse el sudor de la frente en las mangas de su camiseta. No sirvió de mucho, porque también la camiseta estaba empapada de sudor.

—No ha estado nada mal, chica. ¿Dónde aprendiste a manejar el ganado de esa manera? —quiso saber Jim.

A Alessandra le complació el elogio, pero sintió mucho más placer al notar la cálida sonrisa que le dedicó Bart. «Sí», pensó, «si hay algo en la vida que realmente quiero experimentar, es hacer el amor con Bart Cameron».

—He reunido ganado vacuno y de ovejas en todos los estados de Australia, pero tengo que decir que sobre todo aprendí de un vaquero aborigen que conocí en Queensland.

—Bueno, es tan buena como cualquier hombre que conozco —dijo Jim, y luego miró a su jefe—. ¡Mejor que tú! —añadió matizando su afirmación.

Alessandra se echó a reír.

—Será mejor que regresemos —dijo Bart—. Si no, puede que Lisa decida preparar la cena. En cuanto a mañana, Jim, ya tienes otro ayudante.

—¿Quiere eso decir que dormirá con el resto de nosotros? —preguntó Jim, pero Bart le respondió con una singular mirada—. Sólo era una idea —murmuró.

Bart entró en la cocina justo cuando Alessandra y Lisa estaban terminando de fregar los cacharros.

—Cuando tengas un momento, Alessandra, me gustaría hablar contigo. Estaré en el despacho —dijo, y se volvió para irse, pero se

detuvo—. Por cierto, la cena estaba muy rica, Lisa —añadió.

—Era lo que sobró de la cena de anoche —respondió la joven, perpleja.

—Lo sé, pero anoche ni siquiera tuve ocasión de darte la enhorabuena. Se me pasó con la conversación sobre tu futura educación.

—No voy a cambiar de idea —dijo Lisa, aunque con poca convicción, pensó Alessandra.

—Yo tampoco —declaró Bart. Y sin añadir palabra, abandonó la estancia.

Lisa se dejó caer en la silla más cercana.

—¡No escucha nada de lo que le digo! No quiero ir a una universidad selecta para chicas. De hecho, no quiero ir a la universidad, punto.

—¿Y él tiene ideas distintas?

—Tanto él como mi abuela están llenos de ideas.

—Pensé que tus abuelos habían muerto —dijo Alessandra tomando asiento en la mesa.

—No, la madre de mamá, la abuela Weaver, no. Vive en Houston —explicó Lisa.

—Entiendo. De modo que tu abuela y tu padre congenian mucho…

—¿Congeniar? —repitió Lisa con una expresión de horror—. No se pueden ni ver. Lo único que tienen en común es el deseo de que sea el vivo retrato de mi madre. Mi abuela, porque quiere que mi presentación en sociedad sea espectacular, como quiso que fuera la de mi madre, y papá, porque quiere demostrarle a la abuela que los tribunales tuvieron razón al darle a él, y no a ella, la custodia sobre mí. Y yo, estoy harta de estar entre medias de los dos. ¿Qué puedo hacer?

—Difícil pregunta. Estoy de acuerdo con que tienes derecho a tomar tus propias decisiones, pero tienes que estar segura de que esas decisiones son fruto de una larga reflexión —le aconsejó Alessandra suavemente.

—¿Tú fuiste a la universidad?

—Sí, pero la dejé el primer año.

—¿Por qué?

—Pues, por muchas razones. Mira, Lisa… —empezó a decir. Tenía que decidir cuál era la mejor manera de poner fin a aquella conversación sin mentir y sin entrar en detalles acerca de la muerte

de Jenni—. Pasaron un montón de cosas durante mi primer año en la universidad. Cosas que me hicieron cuestionar los valores y las metas que me habían enseñado a respetar. Cuando me detuve a considerarlos, me di cuenta de que no eran tan maravillosos como me habían hecho creer.

—¿Te arrepientes de no haber terminado la carrera? —preguntó Lisa.

Alessandra estuvo tentada de mentir, pero no lo hizo. Alzó la cabeza y miró fijamente a los ojos castaños de Lisa.

—No.

—¿Querías verme?

Bart levantó la vista de sus papeles y vio un duendecillo de cabello plateado y ojos azules asomando la cabeza por la puerta. ¡Qué hermosa era! Pero apartó a un lado aquel pensamiento.

—Sí, siéntate.

Alessandra entró y se sentó en una silla en frente de Bart. Se pasó una mano por la seda corta de su cabello y se preguntó por qué sentía un hormigueo en el estómago. El rostro de Bart era indescifrable.

—Iré al grano. No tengo nada que criticar sobre tus conocimientos de contabilidad. Los métodos que seguía Edith no estaban reconocidos, pero, a juzgar por lo que he visto de tu trabajo, no pareces haber tenido dificultades en interpretarlos. También me quedé más que impresionado por tu habilidad con el ganado. Aún así, nunca utilizo barajas marcadas —le dijo Bart fríamente—, y es precisamente por eso por lo que quería verte.

—Parece algo serio —dijo Alessandra después de gemir de forma exagerada y poner los ojos en blanco.

—Pareces tomarte todo como una broma —le dijo con ironía—. Tienes una respuesta brillante para todo.

—Lo intento. Contrarresta la imagen de rubia estúpida que por desgracia va unida al color de mi pelo —respondió alegremente.

Bart permaneció en silencio durante varios minutos.

Alessandra supo que lo hacía para demostrar algo, así que no le dio la satisfacción de hacer comentarios. Pero al parecer no le gustaban demasiado los duelos de silencio y se rindió el primero.

—He accedido a que trabajes con Jim. Es cierto que pareces lo bastante capacitada y él no ha puesto ninguna objeción. Responderás ante Jim y aceptarás sólo sus órdenes o, naturalmente, las mías. Haré que me haga un informe de tus progresos el sábado,

¿entendido?

¡Caramba!, pensó Alessandra. Desde luego se estaba tomando el serio su papel de magnate de la ganadería.

—Claro. Me parece bien. ¿Eso es todo?

—No, hay dos cosas más que quiero dejar claras entre nosotros.

El hormigueo de su estómago se convirtió en fuegos artificiales al oír el tono severo de su voz.

—En primer lugar, te agradezco la ayuda y la amistad con Lisa, pero te agradecería que reprimieras los tacos y algunas de tus expresiones, digamos, más coloristas en su presencia. No lo tolero de mis hombres y no veo por qué lo iba a tolerar de ti sólo porque seas mujer. Es evidente que has adoptado este tipo de lenguaje como resultado de un estilo de vida que dista de ser el de una señorita. Comprendo que abandonar esa costumbre te resultará difícil, pero insisto en que hagas un esfuerzo.

Alessandra se sorprendió de ver que conseguía permanecer inmóvil y con la boca cerrada. ¿Tacos? Dios, sí que podía decirle toda una retahila en aquellos instantes. Aquel hombre tenía las agallas de suponer que sabía todo sobre ella, cuando sólo tenía una vaga idea sobre su vida pasada. ¡Qué no haría con el pisapapeles que estaba encima de la mesa!

—Bien —dijo entre dientes—. Mencionaste dos cosas más. ¿La segunda es…?

Bart carraspeó. No estaba seguro de si realmente estaba justificado lo que pretendía decir. Dada su manera irreverente de hablar, su comentario acerca de que «sabía de maravilla» sólo había sido una forma de echar tierra al asunto, y no la provocación que él había imaginado.

—¿Y bien?

—Mira… —empezó a decir. Se detuvo y tragó saliva—. La verdad es que espero que no interpretaras mal el beso de esta tarde.

—¿Mal? —preguntó con una inflexión en la voz deliberadamente vaga. Estaba dispuesta a hacerle sentirse violento.

—Sí… ya sabes, como si estuviera tratando de seducirte, o algo así. Porque no era eso.

—Mira, si estás preocupado de que declare acoso sexual…

—Eh, no. Eso no me preocupa. Lo que estoy tratando de decir es que no volverá a ocurrir. Nuestra relación es estrictamente laboral.

—Olvídalo, yo ya lo he hecho —dijo Alessandra poniéndose de pie y sonriéndole de oreja a oreja—. En mi escala del uno al diez,

sólo ha llegado al uno con cinco…

—Al uno con cinco…

—Y sólo por el elemento sorpresa. ¿Tienes algo más que decirme? —preguntó, todavía sonriendo como un maniquí de escaparate. Bart negó con la cabeza—. Bien. Entonces te veré por la mañana. Buenas noches… jefe.

Se obligó a salir caminando despacio y a cerrar suavemente la puerta tras ella, mientras que mentalmente estaba calificando a Bart Cameron con todos los tacos que había oído en todas las lenguas de los países en los que había vivido.

¡Estrictamente laboral! ¡Estrictamente laboral! Alessandra estaba tan enfadada… Con él, consigo misma, con casi todo.

Dio un puñetazo a la almohada. Era lo de siempre. Tenía mucha suerte, pero toda mala. Habían pasado más de siete años desde que había estado interesada, realmente interesada, en un hombre; y ahora tenía que fijarse en uno que la encontraba tan atractiva como un caso de sarampión. Y no sólo eso, lo único que le había faltado decir era que la encontraba vulgar y malhablada. Claro que solía decir algún taco de vez en cuando, pero nada que hiciese inmutarse a cualquier australiano. Además, casi nunca los decía en voz alta.

En cuanto al beso, aunque había sido de ensueño, ¿por qué darle más importancia de la que tenía? Cerró los ojos y deseó que el sopor la invadiera. ¡Ja! Tenía la cabeza llena de un vaquero de expresión grave y ojos celestes.

Giró al otro lado y se quedó mirando fijamente la luna llena, tratando de usar la lógica para comprender qué era lo que la atraía de Bart Cameron. Tenía que admitir que lo encontraba sexy, pero, sinceramente, no sabía por qué. Tal vez sólo era su cuerpo que protestaba tras siete años de abstinencia. Sonrió en la oscuridad. ¡Seguro que no! Aunque había renunciado a su virginidad a los dieciocho, nunca había hecho el amor por puro placer físico. Dos amantes en diez años no era precisamente llevar una vida intensa.

Sin embargo sabía que no haría ascos a que Bart Cameron fuese el número tres. ¡Excepto que él había declarado que su relación era imposible! Bueno, al menos no había hecho el ridículo. A partir de aquel momento, mantendría un trato tan laboral como él, pero no había sido Alessandra la que había dado el beso.

Durante las dos semanas siguientes, Alessandra se adaptó a la rutina de Rough Rivers sin grandes problemas. Jim estaba impresionado tanto por su iniciativa como su capacidad para

cumplir órdenes, y se lo hizo saber. Los otros ayudantes fueron igual de amables cuando se dieron cuenta de que realizaba su trabajo tan bien como un hombre. Todos los jueves por la mañana Jim la llevaba en coche hasta el banco para hacer efectivo el talón de la nómina y luego la acercaba de nuevo a la casa para que pudiese llenar los sobres con la paga para los hombres.

Alessandra tuvo que reconocer que, de no ser por el viaje a la ciudad una vez a la semana, se habría vuelto loca. Al menos le daba la oportunidad de abastecerse de las lecturas que devoraba para tratar de mantener a Bart Cameron fuera de su vista y de su cabeza. De hecho, apenas lo veía, salvo durante la cena los fines de semana, y Alessandra se comportaba civilizadamente y vigilaba su lenguaje.

Lisa le hacía algo de compañía durante los fines de semana, pero solamente unas horas, ya que la joven rara vez estaba en casa. Era evidente que aunque Bart no aprobase del todo la relación de Lisa con Todd, estaba dispuesto a tolerarla siempre que estuviese de vuelta antes de la medianoche.

—¡Oye, Mac!

Alessandra se giró en la silla de montar y vio a Jim que se aproximaba a caballo. Ojalá no le pidiese sustituirlo a la mañana siguiente, se sentía agotada. Trabajaban los sábados altemos, pero a menudo se ayudaban cambiándose los turnos.

—¿Qué sucede? —inquirió cuando se detuvo junto a ella.

—Bueno, yo…, mejor dicho, yo y algunos de los chicos pensamos…

—¿Qué pensasteis, Jim? —preguntó Alessandra, perpleja por la timidez tan poco propia en él.

—Bueno, pensamos que tal vez te gustaría tomar algo con nosotros esta noche en la ciudad. No es nada fuera de este mundo, pero, bueno, no parece que salgas mucho y…

—¡Gracias, me encantaría! —exclamó con una brillante sonrisa.

—¿En serio?

—Es la mejor oferta que me han hecho durante años —rió Alessandra—. ¿Qué me pongo?

—¿Cómo?

—Quiero decir, que si tengo que ir vestida de forma elegante.

—¡Ah! —exclamo Jim, más relajado—. Bueno, como te he dicho, no es nada del otro mundo, sólo tomar una cerveza en el pub. Aunque normalmente también nos ponemos las botas en un restaurante chino de al lado.

—Ya me hago idea. ¿Dónde y cuándo quedo contigo?

—Bueno, te recogeremos en la casa hacia las siete. ¿Te parece bien?

—Estaré lista —dijo asintiendo con la cabeza, y se dio media vuelta—. Ah, Jim, gracias. No se puede decir que me hayan llovido las invitaciones últimamente.

Media hora más tarde Alessandra subió como una flecha las escaleras de la entrada. Lisa estaba empezando a preparar la cena y Bart estaba sentado en la mesa bebiendo una lata de cerveza.

—¡Hola! —les saludó.

—¿Te parece bien que tomemos filete y verduras al vapor? —pregunto Lisa.

—Sí —respondió sirviéndose un vaso de agua helada—. Pero no te molestes en cocinar nada para mí. Voy a salir.

—¿Que vas a salir? —preguntaron padre e hija en estéreo.

—No sé por qué os sorprende tanto.

—No es eso, es que no sueles salir por la noche —respondió Lisa —. Bueno, al menos desde que estás aquí.

—Porque nadie me había invitado hasta ahora.

Bart se preguntó quién lo habría hecho. Sólo podía ser uno de sus hombres, pero ¿quién? Tomó un sorbo de cerveza. Cualquiera, pensó. ¡Todos creen que Alessandra es lo más explosivo que han visto después de las animadoras del equipo de fútbol de Dallas!

—Bueno, será mejor que me arregle o se me hará tarde —dijo Alessandra apurando el vaso y volviéndose para salir de la cocina, pero una idea le sobrevino y se detuvo en el umbral de la puerta—. Ah, ¿me podéis dejar una llave? No tengo ninguna.

—Posiblemente estaré despierto cuando regreses. Tengo mucho trabajo que hacer —dijo Bart.

Estuvo a punto de recordarle que no era Lisa y que no tenía intención de informarle de la hora a la que regresaba, pero se contuvo por el malévolo placer de pensar en poder sacarlo de la cama de madrugada. Se encogió de hombros y se fue sin decir palabra.

Bart dejó caer el tenedor cuando Alessandra entró en el comedor tres cuartos de hora más tarde. Llevaba unos vaqueros nuevos que parecían hechos a la medida y unas botas también nuevas que le cubrían media pantorrilla. La suave blusa blanca que llevaba se ajustaba perfectamente a todas las curvas de su cuerpo, y el pronunciado cuello en forma de V atraería la mirada de cualquier

varón mayor de diez años.

—Estás estupenda —exclamó Lisa—. Tendrás que quitarte a los tíos de encima con el bate de béisbol—. ¿A que está estupenda, papá?

Bart la miró directamente a los ojos y quiso decirle que no iba a ninguna parte vestida de aquella manera a no ser que fuese con él, pero en el último minuto su cerebro ganó la batalla a su libido.

—Sí, supongo que sí.

—No te deshagas en elogios, Bart.

Sintió un puntapié y se apresuró a enmendarse justo cuando se oyó el claxon de un coche en la entrada.

—Yo prefiero los vestidos a los vaqueros, y…

—Y apuesto a que también te sientan estupendamente —dijo Alessandra dándole una palmadita protectora en la cabeza. Lisa rompió en risitas—. Bueno, me voy.

—Oye, ¿quién es tu acompañante? —preguntó Lisa.

—¡Acompañantes! —exclamó parpadeando—. En plural. ¡Una chica no puede jugárselo todo a una sola carta!

Bart gruñó una respuesta ininteligible y se centró de nuevo en su comida. Señor, detestaba las verduras al vapor.

La televisión dejó de tener interés y Bart miró la hora por décima vez en diez minutos. Lisa debía haber regresado hacía más de una hora. Su ansiedad se vio interrumpida por el ruido de un vehículo que se detuvo demasiado rápidamente sobre el camino de grava, haciendo que su conductor cayese hacia delante y tocase el claxon. Ya estaba dando zancadas hacia la puerta cuando Alessandra lo llamó con urgencia.

—¡Bart! ¡Bart!

Chocó contra ella en el último peldaño de las escaleras del porche.

—¿Qué demonios pasa?

—Necesito que me ayudes a llevar a los chicos al barracón —dijo señalando el 4x4 que estaba a sus espaldas.

—¡Estás borracha!

—¡Mentira! He bebido Coca-cola durante toda la noche. Ellos sí que están borrachos —dijo volviendo a señalar el vehículo.

—Pues apestas a alcohol.

—A ti te pasaría igual si te hubiesen derramado litros de cerveza encima de la ropa. Esos chicos vuelcan tanta cerveza como beben.

Estaban cara a cara, y Alessandra no pudo evitar pensar lo

maravillosamente bien que olía aquel hombre. Pensándolo mejor, incluso cuando estaba sudando a mares o viéndoselas con un becerro, Bart Cameron se las arreglaba para despedir un aroma irresistible. Durante una fracción de segundo estuvo convencida de que iba a besarla otra vez, pero dio un paso atrás con evidente expresión de desagrado.

—¿Supongo que no habrás visto a Lisa en la ciudad? —preguntó pasándose la mano por la nuca.

—¿Todavía no ha vuelto? —inquirió negando con la cabeza.

—No —dijo Bart con irritación—. Y cuando llegue va a desear no haber vuelto.

—Tranquilízate, Bart, estoy segura de que tiene buenas razones para llegar tarde.

—Las «razones» pueden darse por teléfono.

—Tal vez no está cerca de un teléfono.

—Iba a casa de su amiga, no a Marte. Los Austin tienen más de un teléfono.

—Tal vez su coche se ha averiado de regreso a casa…

—Mira, no tengo humor para quedarme aquí escuchando cómo la defiendes con excusas manidas. Tengo que meter en la cama a tus compañeros de cerveza —dijo bajando las escaleras hacia el vehículo—. Volveré en unos veinte minutos. Si Lisa regresa antes que yo, dile que quiero verla antes de que se acueste. Eso si puedes mantenerte despierta tanto tiempo. ¡Tienes un aspecto horrible!

Arrancó el 4x4 antes de que pudiese emitir una respuesta, así que descargó su furia entrando a zancadas en la casa y cerrando de golpe la puerta de la cocina.

No habían pasado ni cinco minutos cuando la puerta se abrió de nuevo y entró la joven desaparecida. Lisa tenía la cara verdosa. Si no fuese por los esfuerzos de la chica alta y rubia que la sostenía, Lisa se habría desplomado, por eso Alessandra se apresuró a acercar una silla y a colocarla bajo sus rodillas.

—Ha bebido un poco de más… —dijo la rubia, y Alessandra maldijo en voz baja—. Soy Angela Austin.

—Alessandra MacKellar. ¿Qué ha pasado?

—Supongo que alguien ha debido de echarle alcohol al ponche.

—¿Con qué? ¿Con una manguera? —murmuró Alessandra, que no se creyó la excusa—. Mira, Angela, gracias por traerla a casa. Yo me haré cargo de ella. Con algo de suerte, quizá pueda acostarla antes de que vuelva su padre.

La rubia, aliviada al saber que Bart no estaba en casa, se despidió apresuradamente y corrió hacia el coche.

—Lisa, Lisa. Despierta.

—¿Eh? Hola, Alessannnda —dijo con una débil sonrisa—. Crreo que estoy un poquito borrracha…

—Escúchame, Lisa —le urgió—. Tu padre se pondrá hecho una furia si vuelve y te ve en este estado.

—¿Conque se enfadará, eh? —murmuró Lisa.

—Cometerá un homicidio más bien —respondió Alessandra—. Escúchame. Quiero que te levantes y yo te ayudaré a subir las escaleras, ¿de acuerdo?

Hablando en voz baja, ofreció apoyo verbal y físico a la joven mientras se tambaleaba y tropezaba escaleras arriba. Se detuvo en lo alto sólo para sujetarla mejor y luego la llevó hasta su cuarto. Lisa emitió un chillido de regocijo cuando divisó la cama y dando dos zancadas vacilantes se dejó caer en diagonal sobre ella.

Alessandra se movió rápidamente y empezó a desvestir a la joven, que estaba prácticamente inconsciente.

—Mañana por la mañana desearás estar muerta —exclamó Alessandra.

Cuando Lisa estuvo a salvo metida en la cama, Alessandra fue al baño y volvió con una toalla húmeda y se la pasó suavemente por la cara y el cuello. Luego suspiró, se puso de pie y encendió la lámpara de la mesilla.

—Lisa.

Alessandra dio un respingo al oír la voz de Bart Cameron en la puerta.

—Calla —le dijo —o la despertarás, no se encuentra muy bien.

—¿No? ¿Qué le pasa?

—Un virus o algo así, seguramente —contestó encogiéndose de hombros—. Apagó la lámpara con la esperanza de que no se acercarse lo suficiente como para percibir el olor a alcohol que desprendía Lisa. Luego le bloqueó la entrada con su cuerpo, cerrando tras de sí la puerta de la habitación.

—¿Un virus? —musitó dando un paso hacia delante y obligando a Alessandra a pegarse a la puerta.

—Bueno, tal vez, no soy médico. Sólo es una suposición. ¿Dejaste bien a los chicos?

—Sólo los dejé caer a cada uno en su cama y me fui.

—No se puede hacer otra cosa que dejarles que duerman la

borrachera.

—¿En serio? —inquinó Bart—. Pensé que abogabas por el tratamiento de la esponja húmeda…

—¿La esponja húmeda…? —repitió Alessandra, pero en seguida comprendió que había sido testigo de sus cuidados con Lisa. Tragó saliva.

—¿Dónde estaba? —preguntó Bart sin hacer ningún movimiento por apartarse de ella. Sólo estaban a unos centímetros de distancia.

—En casa de los Austin. Angela la trajo a casa.

—No estaba en casa de los Austin, los llamé hace rato, así que no me mientas. ¿Dónde estaba?

—¡Y yo que coño sé! ¡Y no me vuelvas a llamar mentirosa, Bart Cameron! Dijiste que había ido a casa de los Austin, volvió a casa con Angela Austin, luego supuse que había pasado la noche allí.

Lo empujó a un lado y se dirigió a su habitación hecha una furia. Fue la decepción que traslucieron sus palabras lo que le hizo volverse.

—¿Cómo estaba de borracha, Alessandra?

Su rostro estaba sombrío por el dolor y sus ojos azules le suplicaban que negase el verdadero estado en el que se encontraba Lisa. No podía hacerlo, pero tampoco decirle que estaba «paralítica».

—Lo recordará por la mañana.

—Ya lo creo que lo hará —replico Bart en un tono tan sórdido que pareció helar la habitación.

—Tío, esa mujer es increíble —dijo Jim entusiasmado, sosteniendo la taza de café como si fuese un sistema de respiración artificial. Bart sospechó que lo era, a juzgar por los ojos rojos de su capataz—. Incluso insistió en pagar una ronda, como todos los demás. ¿Cuándo habéis conocido a una mujer que no esperase que los hombres pagasen todo?

—Creo que tal vez la invite a ir al baile del rodeo —dijo con entusiasmo uno de los vaqueros australianos más jóvenes.

—¿Y cómo sabes que yo no se lo he pedido antes? —preguntó otro.

—No importa —se oyó la sosegada respuesta—. No está ciega, así que no creo que te diga que sí.

Parecía que todos los hombres admiraban a la nueva empleada de Rough Rivers y hacía quince minutos que habían abierto una reunión del Club de fans de Alessandra MacKellar. Según Bart pudo

apreciar, podía montar mejor que nadie a ambos lados del Pacífico, jugar al póquer mejor que cualquiera, y tenía a todos sus empleados solteros enamorados y a todos los casados deseando estar solteros. Se puso en pie. Había ido con la intención de hablar sobre las vallas que quería que levantasen al día siguiente, pero lo único que había conseguido era oír un sermón sobre los infinitos encantos y habilidades de Alessandra MacKellar. Era lo último que necesitaba. No se había despertado de buen humor. Con la perspectiva de tener una escena con Lisa aquella mañana, no quería que los pensamientos sobre Alessandra nublasen su cabeza… como estaba siendo la costumbre últimamente.

—¿Es cierto el rumor de que se baña desnuda en el río?

La pregunta detuvo en seco a Bart, que acababa de salir por la puerta del barracón, pero no quiso oír nada más. ¡Era demasiado para su presión sanguínea!

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Mierda! Por su tono de voz era evidente que no estaba de buen humor.

—¿A ti qué te parece? ¡Estoy nadando!

—¿Cómo?

Alessandra se preguntó si le habrían dado un fuerte golpe en la cabeza. Tal vez, después de los azotes verbales que le había dado a Lisa durante el almuerzo ella hubiese bajado otra vez y lo hubiese atacado por la espalda con un objeto macizo.

—Moviendo los brazos. Ya sabes, uno, dos, uno…

—No te las des de lista, Alessandra —le advirtió.

—No lo hago. Sólo te lo parece por la falta de otra vida inteligente en la zona.

—¿Estás desnuda?

Alessandra se quedó tan sorprendida por la pregunta que se vio echando agua por la boca antes de poder proferir una respuesta. En realidad, en vista de la corriente de alto voltaje que su pregunta había provocado, era un milagro que no se hubiese electrocutado.

—No —dijo con una sonrisa. Luego metió el brazo bajo el agua y se quitó unas minúsculas braguitas de bikini de color rojo—. Pero ahora sí.

Calculó que la mandíbula de Bart llegaría al suelo casi en el mismo instante en el que lo hicieron sus braguitas, que aterrizaron a sus pies.

—¿Contento? —inquirió dulcemente.

Bart se preguntó si a su edad una subida tan repentina del ritmo

cardíaco le podría producir algún infarto. Aunque tampoco importaba mucho, porque sus pulmones eran incapaces de recibir nada de aire y se estaba ahogando de todas formas.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Alessandra.

—Quiero hablar contigo.

—Claro… jefe.

Empezó a avanzar hacia la orilla, y Bart supo que debía volverse, pero Alessandra le estaba retando a que viese cómo emergía desnuda del agua. Aceptó el reto, y permaneció de pie en silencio sintiendo una ardiente excitación que le contraía el pecho.

A medida de que la distancia entre ella y la orilla disminuía, Alessandra empezaba a tener dudas de si era sensato seguir adelante con el farol. Sabía que no era buena idea tentar demasiado al destino.

—Tírame las braguitas.

Bart le sonrió a medias con expectación.

—Bart, por favor.

Aterrizaron justo delante de ella, pero la tarea de volvérselas a poner no resultó fácil, ya que no quería que sobresaliera del agua nada más que el cuello. Luego esperó.

—¿Vas a darte la vuelta? —preguntó con voz tensa.

—No.

—Está bien.

Bart pensó que estaba preparado para verla salir prácticamente desnuda, pero no se había imaginado lo imponente que estaría con una camiseta empapada y pegada a su cuerpo. Cubría, al tiempo que dejaba ver, cada centímetro de su exuberante silueta con detalle, hasta la parte superior de los muslos; y unas braguitas minúsculas se perfilaban por debajo. Bart no pudo hacer otra cosa que deslizar la mirada por todo su cuerpo, y Alessandra permaneció inmóvil mientras sus senos se movían al ritmo de su respiración por debajo del algodón de color beige y sus pezones se mantenían erectos.

—¿Decepcionado? —inquirió. Había pretendido que la pregunta resultase sarcástica, pero sonó como un ronco susurro.

—No hay hombre en el mundo que pueda responder que sí a esa pregunta.

A Alessandra la invadió un deseo ardiente. Ningún hombre la había excitado tanto, pero no estaba dispuesta a exponerse a otro rechazo.

—A no ser que vista faldas. Dijiste que querías hablar conmigo…

—Créeme, lo último que quiero hacer ahora es hablar —exclamó Bart agarrándola de los hombros y estrechándola contra la férrea virilidad de su cuerpo. En ningún momento se le ocurrió resistirse, por la misma razón que nunca se le ocurriría a un hombre que hubiese caído al agua, rechazar un salvavidas.

La urgencia inicial de los besos de Bart fue igualada por los suyos. Abrió los labios y aceptó el calor de su lengua con alborozo durante varios segundos antes de que Bart comenzase un duelo tórrido y casi violento con la suya. Gimió con intenso placer y Alessandra contestó con otro gemido profundo al sentir que su mano se deslizaba por debajo de la camiseta hasta cerrarse posesivamente alrededor de su pecho. Alessandra echó la cabeza hacia atrás y colocó su pelvis contra la suya, percibiendo la prueba de su excitación. Aquello hizo que su cabeza se nublara al tiempo que el aire se cargaba de ávida pasión. Había dejado de pensar razonadamente, y sólo por un momento creyó que sus piernas le iban a fallar, pero descubrió que se encontraba tumbada bajo el cuerpo sensual de Bart.

Bart le quitó la camiseta y, antes de que la brisa del atardecer tuviera tiempo de refrescar su piel, la llenó de besos ardientes. Alessandra quiso corresponder a aquel placer y le mordisqueó el hombro, pero le sorprendió la excitación inimaginable que le produjo su fuerza muscular. La intensidad de su deseo la sorprendió. Nunca había experimentado una agonía igual, y apenas se percató de que un botón saltaba de la camisa de Bart cuando la apartaba febrilmente para saborear mejor su piel desnuda.

Bart sintió que le recorría un estremecimiento de deseo en el momento en que sus manos se deslizaron bajo su camisa y Alessandra se arqueaba contra su cuerpo.

—Hazme el amor…

Su súplica jadeante casi lo vuelve loco. Nunca había visto una respuesta tan salvaje y desenfrenada en una mujer. Ninguna de sus amantes le había hecho sentirse tan viril. Alessandra era una seductora de ensueño. Podía excitar con la experta perfección con la que soñaba cualquier hombre…

Aquel pensamiento tuvo el efecto de diez litros de agua fría. Bart se separó y se puso en pie. Los ojos azules de Alessandra, nublados de pasión, lo escrutaron.

—¿Bart…?

—Vístete. Puedes volver a la casa en el camión.

—Pero… yo… —dijo Alessandra ahogándose por el desprecio que veía en su mirada.

—¡Vístete! —repitió, esta vez recogiendo la toalla y los vaqueros, que estaban a un lado. Luego se los arrojó.

—Bart, ¿he hecho o dicho algo mal?

—Ojalá lo hubieras hecho —replicó Bart con una carcajada burlona.

Capítulo 4

Durante la siguiente semana, Alessandra procuró mantenerse fuera de su vista. Aquello podría haber resultado extraño de no ser porque Bart también estaba haciendo lo posible para evitarla. De hecho, Alessandra habría acabado hablando sola si Lisa no hubiera estado encantada de hablar con ella desde que se había propuesto no volver a dirigir la palabra a su padre. Al menos, pensó Alessandra, nadie discutía con nadie.

Mientras esperaba a que la impresora le presentara el balance de las cuentas del mes, Alessandra se preguntó una vez más qué habría hecho para que la pasión de Bart se transformase en furia en cuestión de pocos segundos. Sin duda, si Bart no se hubiese detenido tan bruscamente, ella no habría podido hacerlo. Nunca había respondido tan ardientemente a un hombre y le dolía saber que el hombre en cuestión no quería saber nada de ella.

El timbre del teléfono la sobresaltó, pero en el momento en que tendía la mano para asir el auricular la llamada se cortó, y justo cuando estaba extrayendo el informe de la impresora, la puerta del despacho se abrió de golpe y Bart asomó la cabeza.

—Necesito usar el ordenador. ¿Has terminado?

—Casi —dijo Alessandra, pero se tomó su tiempo etiquetando y archivando el informe.

Bart contó mentalmente hasta diez haciendo esfuerzos para que su pulso no se acelerase. Sus ilusiones de extinguir la atracción que sentía por aquella rubia platino evitando encontrarse con ella no habían servido de nada: Ver cómo su blusa se ceñía a sus senos cuando echó la silla hacia atrás bastó para que recordase el gusto que tenían todavía húmedos del agua del arroyo.

—Bart.

—¿Perdón? —inquirió, dándose cuenta de que no había oído lo que le había dicho.

—Digo que si te importa hacerte a un lado para que pueda salir. El despacho es todo tuyo.

—No hacía falta que te dieras prisa. ¿Estás segura de que has terminado?

Alessandra lo miró con extrañeza. Tenía aquella sonrisa estúpida de niño que le encogía el estómago. «No dejes que te la juegue otra

vez», se dijo.

—Mira, habías dicho que querías usar el ordenador. Es todo tuyo.

—Alessan… ¡Diablos! He dejado a Doug Shaffer esperando al teléfono —exclamó al tiempo que se abalanzó hacia la mesa y levantó el auricular—. Hazme un favor, ¿quieres? Cuelga el teléfono de la cocina. Ah, por cierto, el jueves iré yo a la ciudad, así que saldremos temprano. ¿Doug? Hola, perdona que te haya tenido esperando…

Alessandra permaneció echada sobre la cama por unos momentos convenciéndose de que no se alegraba más de hacer el viaje de rutina a la ciudad con Bart que con Jim. «¡Mentira! Acabas de despertar del sueño más erótico que has tenido nunca, y el protagonista no era Jim», rugió para sí. Apretó los dientes y se propuso no sonreír bajo ninguna circunstancia.

Dejó escapar una risita de excitación y se levantó de la cama.

—Admítelo —le dijo a su imagen del espejo—, te mueres por Bart Cameron cosa mala.

Agarró su vieja bata de baño y ya iba de camino de la ducha cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

—Alessandra, ¿puedo entrar?

—La puerta está abierta.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —preguntó Lisa.

Alessandra le indicó a la joven que se sentara en la única silla que había en la habitación y se sentó en el borde de la cama. Estaba a la vista que Lisa no había dormido bien.

—Suelta —le dijo con una sonrisa.

—Pues… necesito ir a la ciudad contigo.

—Bueno, será mejor que te des prisa y te vistas, porque tu padre quiere salir temprano.

—¿Papá? Pensé que era Jim el que te llevaba… Siempre lo hace.

—Sí, pero por lo visto Bart tiene que hacer un recado, así que lo más lógico es que vaya con él.

Alessandra observó cómo Lisa se retorcía las manos durante varios instantes antes de volver a hablar.

—Déjalo. Puedo esperar a la próxima semana.

—Lisa, comprendo que estés enfadada con tu padre, pero no puedes seguir esquivándolo.

—No es eso. No quiero que sepa a dónde voy —dijo lanzando

una mirada de incertidumbre—. Quiero ir al médico y papá querrá saber por qué.

—Entiendo —replicó Alessandra, convencida de que sabía perfectamente por qué no quería que su padre se enterase—. ¿Estás segura?

—¿Segura? Pues claro. A papá le daría un infarto. No se lo dirás, ¿verdad, Alessandra?

Alessandra se levantó y fue a ponerse en cuclillas junto a la joven.

—Lisa, debes decírselo a tu padre. Es algo que tienes que hablar con él.

—De ninguna manera. No es asunto suyo…

—¡Vamos, Lisa! Es tu padre, debes decírselo. ¿Cuánto tiempo hace que estás embarazada?

—¿Qué? No estoy embarazada, Alessandra. Es eso precisamente lo que intento evitar.

Alessandra cayó de rodillas y dio las gracias a Dios en silencio. Levantó la cabeza y exhibió una amplia sonrisa.

—Ha sido un gran malentendido. Lo siento, Lisa.

—No pasa nada. Pero decirle a papá que quiero tomar la pildora sería lo mismo que decirle que estoy embarazada, créeme.

—No lo creo. ¿Qué método contraceptivo estáis usando tú y Todd en estos momentos?

—Ninguno…

—¿Estás loca, Lisa? —inquirió con deseos de sacudir a la adolescente. En vez de eso, deslizó los dedos ansiosamente por su corto cabello—. ¡Eso sí que es tentar la suerte!

—Todavía no nos hemos acostado —dijo Lisa para alivio de Alessandra—. Por eso quiero tomar la pildora, para evitar que eso ocurra.

—Chica lista. Esta bien, escucha. ¿Qué te parece si cambio el próximo sábado, que tengo libre, con uno de los chicos y el lunes tú y yo podemos ir de tiendas a la ciudad y hacer una visita al médico?

—¿Irías conmigo?

—Claro —contestó Alessandra, y recibió un abrazo entusiasta de Lisa.

—¡Alessandra! Eres estupenda. Total y absolutamente estupenda.

—Me alegro de que al menos un Cameron lo crea —dijo con ironía.

Bart estaba esperando en el Range Rover cuando Alessandra subió al asiento delantero. Le dio los buenos días sin mirarlo y se dispuso a abrocharse el cinturón. Sólo cuando estuvo lista se dio cuenta de que Bart la estaba mirando fijamente, como si fuera bicéfala.

—¿Bart?

—Dios mío, te has puesto un vestido.

—En realidad es una falda.

—¿Te has quedado sin vaqueros?

Sonrió al oír el primer comentario bromista que había pronunciado durante una semana, y se alegró de no haberse echado atrás recurriendo a su uniforme habitual de Levis. Bart se había dado cuenta.

—Me gusta cambiar de vez en cuando.

Bart no añadió nada más y puso el motor en marcha. Recorrieron nueve kilómetros en silencio hasta que Alessandra no aguantó más.

—Ya veo que mantienes tu voto de silencio —le dijo como si tal cosa. Bart le lanzó una mirada rápida tratando de no reír—. Ah, no… es la impresión al ver la falda. Entiendo —añadió con simpatía forzada.

Bart se rió.

—Calla —dijo Alessandra—. Alguien puede oírte y pensar que mi presencia no te resulta tan irritante como parece.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Que tú me irritas?

—A veces.

—¿Sólo a veces? —inquinó Bart levantando una ceja por debajo del ala de su sombrero lejano.

—Sí, el resto del tiempo te exaspero. ¿O no?

Bart se preguntó cómo reaccionaría si le dijera que si bien a veces lo irritaba y exasperaba, lo excitaba todo el tiempo. Agarró con fuerza el volante al tiempo que el resentimiento por sentirse atraído por ella luchaba contra la necesidad de decirle la verdad: que no podía dejar de pensar en ella, que el aroma a magnolia del aceite que se ponía lo acompañaba a todas partes y que todavía se estaba llamando estúpido por el incidente en el arroyo. Aunque no estaba seguro si era por haberlo empezado o por haberlo interrumpido.

—Me dejas perplejo, Alessandra. No te entiendo —dijo Bart, y la joven se rió—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—No te hagas el preocupado, Bart. Si me dieran diez centavos por cada vez que alguien me ha dicho eso, valdría millones.

—Tienes que reconocer que no eres una joven de veintiocho años convencional.

—¿Convencional según el criterio de quién?

—El criterio normal.

—De modo que no sólo soy irritante, exasperante y poco convencional, sino que tampoco soy normal…

—No pretendía ofenderte, Alessandra..

—Tranquilo, Bart, sólo estaba metiéndome contigo —dijo poniendo una mano conciliadora sobre su hombro y retirándola rápidamente al sentir la descarga de electricidad.

—Está bien —contestó Bart, que decidió cambiar de tema—. Cuando lleguemos a la ciudad me reuniré con Doug Shaffer para hablar de un toro que tiene interés en comprar. ¿Por qué no pasas el rato yendo de compras durante una hora y luego nos juntamos en el banco?

Alessandra sabía que aquello era más sensato que tenerla dando vueltas con la nómina mientras esperaba a Bart, pero lo cierto era que odiaba ir de compras.

Bueno, siempre podía darse una vuelta por la biblioteca y empollar la historia local.

—Vaya, ¿qué ha pasado? —exclamó Alessandra abalanzándose hacia Bart tan pronto como entró en el banco—. Dijiste una hora. Llevo aquí de pie tanto tiempo que el guardia de seguridad debe de creer que estoy estudiando el terreno.

Bart no pudo evitar sonreír. Se ponía tan sexy cuando aquellos ojos de color azul turquesa brillaban con furia, y sus labios eran una tentación. Si no fuese tan conocido en la ciudad, la abría estrechado y besado locamente. De hecho estaba tentado a hacerlo pese a todo.

—Escucha, amigo, ¿te importaría borrar esa estúpida sonrisa de tu cara y contestarme?

—¿Qué? Lo siento, me entretuvieron.

—Y además, llevo aquí tanto tiempo que mi estómago cree que me han degollado. Vamos a hacer efectivo el cheque de la nómina e irnos a comer —dijo agarrando a Bart de la muñeca y guiándolo hacia el empleado del banco.

Pero no fue hasta que llegaron delante del mostrador cuando Alessandra se dio cuenta de que estaba tocándolo, y le soltó la

muñeca inmediatamente.

—Lo siento —se disculpó, deseando que dejase de mirarla fijamente.

—¿Qué es lo que sientes?

Bart estaba de pie a pocos centímetros de distancia. No había contacto físico entre ellos y Alessandra era incapaz de moverse o de mirar en otra dirección. Algo se contraía en su garganta y no pudo emitir más que un ronco susurro.

—Haberte arrastrado hasta aquí.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó el empleado.

—¿Me he quejado?

—Perdone, señorita. ¿Puedo ayudarla?

—No.

—Entonces hágase a un lado. Está bloqueando la cola.

—Entonces no te disculpes.

—Está bien.

—Doug me ha invitado a comer con él.

—Ah.

—Señorita, por favor, haga una operación o salga de la cola.

—Le he dicho que tenía que reunirme contigo, así que me ha dicho que te lleve y que él llevaría a su esposa. ¿Te importa?

—¿Si lleva a su mujer? ¿Por qué iba a importarme?

—¡Señorita! Está bloqueando la cola. La gente está esperando.

—Quiero decir si te importa que comamos con ellos.

—No, pero no estoy vestida para ir a un restaurante elegante.

—Creo que estás estupenda.

—¿En serio?

—Siempre.

Cuando Bart empezó a inclinar la cabeza, Alessandra se puso de puntillas y cerró los ojos. De repente, un objeto pesado le cayó sobre el hombro. Se volvió, y encontró al guardia de seguridad junto a ella.

—Señora, lleva en este banco al menos dos horas, pero dudo que las personas de la cola puedan perder mucho el tiempo. ¿Sería tan amable de terminar… de terminar su operación y hacerse a un lado?

—Lo siento, Bill, la culpa es sólo mía. ¿Cómo estás?

El saludo amistoso de Bart la salvó de tener que contestar al guardia, pero no de la mirada furiosa del empleado. Exhibió la mejor de sus sonrisas y le tendió el cheque por encima del

mostrador.

Alessandra había comido en algunos de los mejores restaurantes del mundo con personas de todas las clases sociales, pero nunca se había sentido tan incómoda como se sintió frente a Rachel Shaffer en aquel pequeño pero agradable establecimiento a cientos de kilómetros de Brisbane. Era el ser más desagradable que había tenido nunca la desgracia de conocer. Hasta entonces se las había arreglado para difamar a todos los miembros femeninos de la comunidad, y para colmo de desgracias, se empeñaba en llamarla Alexandra. Lanzó una mirada fugaz a Bart, preguntándose cuánta importancia tenía para él la venta de aquel toro, porque por dos centavos le diría a aquella bruja exactamente lo que pensaba de ella. Pensándolo mejor, se lo diría gratis.

—Bart me dice que eres un buen vaquero —dijo Doug Shaffer para animar la conversación.

—Bueno, reconozco que resulta grato saber que tu jefe valora tu trabajo. ¿Tal vez podría pedir un aumento?

—Nunca se pierde nada por intentarlo —le dijo Doug guiñándole el ojo.

—Doug, por favor, no la animes —dijo Bart sonriéndole—. Si no, tendré que subir el precio de Black George para compensar su aumento.

—¡Vaya! Lo siento querida, tal vez un aumento no sea una buena idea.

—En serio, Doug, estoy convencida de que Alessandra recibe compensaciones más que suficientes por estar en Rough Rivers —le regañó Rachel Shaffer a su marido.

Alessandra agarró con fuerza el pie de su copa de vino y forzó una sonrisa. ¡Menudo vejestorio emperifollado! Aquella pelirroja de elegante maquillaje estaba tan hundida en el arroyo que haría falta una escalera de bombero para sacarla.

—Debo decir, Alessandra, que la falda que llevas es… muy interesante. Muy años sesenta. Claro que se ha puesto de moda otra vez… en algunos círculos. Personalmente creo que fue una época de dejadez.

—Casi no me acuerdo de la época —dijo Alessandra dulcemente —. Sólo era una niña, pero mi madre me ha hablado de ella —continuó viendo cómo Bart contenía una carcajada—. De hecho compré esta falda en Israel hace dos años.

—¿Has viajado mucho, Alessandra? —preguntó Doug. Al menos

él era agradable, y Alessandra se lo agradeció con una sonrisa.

—Me dio la vena a los diecinueve, y no he pasado más que un par de años en Australia desde entonces.

—¿Nunca has ido a la universidad? —preguntó Rachel con horror.

—Estudié en la Universidad de Sydney durante un año —replicó Alessandra encogiéndose de hombros—. Opté por viajar antes que estudiar y por la libertad antes que el dinero.

—¿No tienes intención de asentarte y dejar atrás la vida de nómada que llevas? —inquirió Rachel en un ostensible tono de desaprobación.

—Por el momento, no tengo motivos para asentarme. ¿Me disculpáis un momento, por favor?

Bart y Doug se levantaron simultáneamente en el momento en que Alessandra abandonó la mesa.

¡Qué mujer! Era el ejemplo perfecto de lo que el dinero y los trajes de diseño no podían hacer. Empezaba a disfrutar de la soledad del servicio de señoras cuando percibió el penetrante aroma de la colonia Opium de Yves Saint Laurent. ¡Cualquiera que tuviese verdadera clase no se pondría Opium durante el día!

—¿Estás un poco alegre, Alexandra?

—No, Rachel, sólo un poco acalorada.

La pelirroja encendió un cigarrillo y dio una calada lenta, naciendo una evaluación ostensible de la joven rubia. Alessandra vio reflejado en su rostro el desagrado que le producían su blusa blanca de escote redondo y su falda amarilla brillante.

—¿De modo que eres la nueva de Bart?

—La nueva contable, se refiere, imagino.

—¡Por supuesto! ¿A qué pensabas que me refería?

—Pensé que se refería a su amante.

—¡No tendrás esa suerte! —dijo Rachel soltando una carcajada desagradable. Por un instante, Alessandra se preguntó si hablaba por experiencia. No, Bart tenía vacas más atractivas que aquella Rachel Shaffer.

—Sólo espero que el haberte conocido hoy no sea una indicación de que mi suerte está volviéndose mala —dijo Alessandra, y se dirigió hacia la puerta del servicio—. Por cierto —añadió dulcemente—, me encanta tu pelo. Debe de ser terriblemente difícil teñir las raíces de negro.

Sintiéndose mejor dejó que la puerta se cerrara ante la expresión

boquiabierta y ultrajada de la mujer.

Durante la mayor parte del trayecto de vuelta la conversación había sido variada, pero el sentimiento de culpa reconcomía a Alessandra.

—¿Estás desesperado por venderle Black George a Doug?

—Bueno, no se trata de estar desesperado. Es cuestión de hacer un buen negocio. ¿Por qué?

—Porque creo que has perdido el negocio por mi culpa.

—Si fuese así, estoy seguro de que Doug no nos habría invitado a la fiesta que celebra el sábado por la noche —dijo Bart con mirada perpleja, tras lo cual Alessandra dio un respingo y profirió una palabrota—. Un lenguaje encantador.

—¡No me digas que has aceptado! Por favor, ¡dime que no has aceptado!

Bart detuvo el coche a un lado de la carretera y apagó el motor.

—Claro que sí, ¿Por qué no iba a hacerlo? —inquirió pasándose una mano de exasperación por el rostro—. Alessandra, estabas en el servicio cuando nos invitó. Pensé que como no habías conocido a mucha gente de por aquí, te gustaría tener la oportunidad de hacerlo.

—No si son como Rachel cara de bruja.

—Ah, es eso —dijo con una sonrisa.

—¿Te resulta gracioso? Pues en el servicio insinuó que yo era tu nueva amante —le espetó, y Bart dejó de sonreír.

—¿Y tú qué dijiste?

—Le dije que era tu contable. Aunque no es probable que la verdad le impida divulgar rumores.

—¿Tanto te molestaría?

El tono de su voz le hizo mirarlo a los ojos y de pronto sintió que se estaba hundiendo en aquel azul claro y sereno. Supo que no estaba hablando del rumor.

—Yo no fui la que cambió de idea en el arroyo.

—Te deseo, Alessandra. Los dos lo sabemos. Lo que no entiendo es por qué te deseo.

—Hombre, gracias —le dijo.

—Estoy tratando de ser sincero contigo, Alessandra.

—¡Mentira! Has intentado convencerte de que no quieres nada conmigo diciéndote que no eres mi tipo, pero no ha funcionado. Así que ahora esperas que te lo ponga fácil confirmándote que no lo eres y diciéndote que lo mejor es que ignoremos esta… atracción

física que sentimos cada vez que estamos a centímetros el uno del otro. Está bien. No estamos hechos el uno para el otro.

—Veo que te lo tomas muy a pecho —dijo Bart sosteniendo su mirada al tiempo que deslizaba un dedo lentamente por los labios de Alessandra.

—Sí —dijo suspirando—. Y si no te das prisa y me besas… te juro que me volveré loca.

Bart se inclinó para desabrocharle el cinturón sin apartar los ojos de su rostro. No hubo rastro de vacilación en la manera en que Bart unió sus labios a los suyos. Después, cuando su lengua se deslizó en su boca entreabierta, Alessandra dejó de razonar. Todavía le quedaba el sabor a café y aquella amargura la invitó a profundizar más el beso. El gemido de placer de Bart le envió olas de ardor erótico por todo su cuerpo.

Una vez más, Bart estaba sorprendido de la falta de timidez de Alessandra, pero se sintió incapaz de cuestionarla. Sus manos ascendían por la espalda y parecían chamuscar el tejido de su camisa con cada movimiento. Movió la cabeza hacia la curva de su cuello y fue recompensado por la suavidad que encontró y por el aroma a magnolia que estaba unido a todas las imágenes que tenía de Alessandra.

—Oh, Bart. Me encanta.

Aquella voz jadeante lo incitó a explorar la franja de hombro del escote redondo.

Alessandra dejó caer hacia atrás la cabeza mientras Bart proseguía acariciándola hacia abajo. Al final llegó hasta la cinta elástica superior de la blusa y esperó conteniendo la respiración a que su lengua renovara la exploración. Pero no llegó.

—¿Bart?

—No te muevas —le ordenó con suavidad, encendiendo el motor con mano vacilante—. Si no saco este camión de la carretera principal, vamos a atraer a una gran audiencia —dijo con voz temblorosa.

En menos de un minuto Bart detuvo el vehículo tras las ruinas de lo que debía de haber sido una vez un almacén de alguna clase. Bart le levantó la barbilla y la besó suavemente.

Alessandra se maravilló de que alguna vez hubiera pensado que no era atractivo. Su rostro era, sin lugar a dudas, el más hermoso que había visto nunca. Tenía pequeñas arrugas junto a los ojos. Arrugas de fuerza, integridad y buen humor.

—No has cambiado de idea, ¿verdad? —inquirió. Y Alessandra sacudió la cabeza con una sonrisa—. Bien. Ahora espera un minuto —le indicó Bart. Abrió la puerta y se dirigió a grandes pasos hasta el viejo edificio.

Pese a la energía que la consumía, Alessandra permaneció sentada y observó cómo daba la vuelta alrededor de las ruinas. Abrió el maletero del 4x4 y extendió una vieja manta sobre el suelo. Luego abrió la puerta de Alessandra y le tendió la mano.

Ella la aceptó, sintiéndose como la princesa de un cuento. En el momento en que iba a dar un paso hacia la manta, Bart la levantó en sus brazos como si no pesara nada. Nunca nadie la había tratado con tanta galantería, y habiendo sido una feminista incondicional, se sorprendió de estar disfrutando plenamente.

—¿Haces esto con todas las chicas?

—No acostumbro a hacer esto, Alessandra —dijo colocándola suavemente sobre la manta y apoyándose sobre los codos por encima de ella.

—No, ya lo sé. Si no, no habrías tratado de impedirlo con todas tus fuerzas.

Bart jugó con los dedos por el escote de su blusa, apenas rozándole la piel y sin embargo bajando el tejido lentamente pero con firmeza.

—Pero tú, tú nunca has tratado de impedirlo, ¿verdad? —inquirió Bart justo cuando el elástico estaba bajo su pecho izquierdo, y su respuesta se perdió en un jadeo.

—Nunca lucho contra lo inevitable.

Bart rodeó con sus labios el pezón erecto de su seno y Alessandra dobló las rodillas como un acto reflejo a la sensación que había producido en su interior. Nunca había experimentado una oleada de sensualidad como la que sintió cuando la levantó levemente para quitarle la blusa y el mínimo roce con su piel inflamaba todo su cuerpo. Apenas pudo respirar mientras Bart admiraba por unos momentos la suavidad perfecta que yacía desnuda sólo ante él, Dios y el sol australiano.

Alessandra movió rápidamente los dedos por los botones de su camisa y los desabrochó uno a uno. Deslizó un dedo desde la base del cuello hasta la firmeza muscular de su vientre. Con un movimiento fluido, Bart se liberó de su camisa.

Acarició sus senos con tanta gentileza que se maravilló de que sus manos fueran las mismas que llevaban la prueba del trabajo en

el rancho. Cuando las introdujo por debajo de la banda elástica de la falda y por la suavidad de su vientre, se sintió incapaz de controlar los estremecimientos de placer que la recorrían. Sintió que Bart se apartaba y oyó el ruido de los vaqueros al abrirse.

Su mirada absorbió cada detalle de su parte inferior mientras se bajaba los pantalones lentamente y de rodillas. Una franja de vello se estrechaba como una punta de flecha hacia la prominencia de sus calzoncillos, y aquella silenciosa analogía fálica sólo sirvió para humedecer aún mas la entrada de su femineidad. Su cuerpo le pidió tocarlo y Alessandra obedeció, poniéndose de rodillas frente a él.

Bart se quedó fascinado e inmóvil cuando Alessandra lo besó levemente y le dijo con voz ronca que no se moviese. Luego, lentamente, besó cada centímetro de su piel desde las rodillas hasta los hombros. Ya no pudo soportar más aquella deliciosa tortura sin correr el riesgo de negarle placer demasiado pronto. La abrazó y volvió a colocarla sobre el suelo.

—Dios mío, Alessandra, eres medio bruja… Nunca he tenido que hacer tantos esfuerzos por controlarme…

—No te resistas… déjate llevar…

—Lo haré tan pronto como me ponga esto…

Abrió los ojos y tardó unos momentos en ver con qué estaba maniobrando Bart. Era un pequeño paquete de papel de plata que contenía un… condón. Tendió una mano hacia él, con la palma hacia arriba, pero vio la duda en su mirada.

—Déjame a mí.

Estaba demasiado perplejo como para decir nada mientras observaba cómo Alessandra rasgaba el paquete e inspeccionaba su contenido asegurándose de que lo sostenía de la forma correcta.

—Aunque, tomo la pildora, y tengo mi carnet de donante de sangre en mi cartera, si quieres mirar… —dijo deteniéndose para mirarlo a la cara.

—Ponlo —replicó sacudiendo la cabeza.

Alessandra trató de no hacer evidente lo molesta que estaba por su insistencia. Por supuesto, sólo era razonable por lo que a él se refería, ya que apenas la conocía, pero a la vez Alessandra sólo tenía su palabra de que no se acostaba con muchas mujeres. Le tembló la mano cuando la acercó para quitarle los calzoncillos. Cuando lo hizo, su predisposición le hizo jadear ostensiblemente.

—Por lo que más quieras, Alessandra, date prisa o… no habrás hecho más que perder el tiempo.

—Ya está —le dijo con una tímida sonrisa. Era la primera vez que hacía una cosa así, pero hacérselo a Bart había parecido lo más natural del mundo. La estrechó con urgencia y apresó sus labios con tanto ardor que notó cómo sus ingles se deshacían. Aparte de sus braguitas estaba completamente desnuda, y Bart no tardó más de un segundo en quitárselas. Luego pasó a recorrer todo su cuerpo con sus labios.

—Bart, por favor… Ya… ¡No puedo esperar!

—Un segundo, cariño.

Apenas fue consciente de que Bart se colocaba sobre ella y, casi simultáneamente, entraba en su interior.

—Aahh…

—Despacio, ve despacio… —dijo Bart sin estar seguro de a quién de los dos se lo decía, ya que nunca había sentido una pasión tan intensa. Por primera vez en su vida era esclavo de sus instintos más básicos.

—Sí… oh, Bart… sí… sí —susurró Alessandra.

Estaba segura de que aquello era lo más próximo al cielo que iba a llegar. Diminutas explosiones se producían en el centro de su sensualidad y poco a poco crecían en intensidad… fundiéndose en una sola y moviéndose, no ya por su cuerpo sino hasta su cabeza. Luchó por un segundo, un poco incómoda con aquella extraña y mágica sensación, pero la voz de Bart llegó a sus oídos…

—Déjate llevar, cariño… disfruta y déjate llevar… despacio, cariño… despacio.

Querido Bart… ¿podía también sentirlo él? ¿Podía ver las estrellas y los arco iris que parecían tan próximos que casi podría tocarlos?

Bart la estrechó mientras el último estremecimiento del climax recorría su cuerpo y sólo entonces llenó su húmedo calor con una urgencia que contrarrestaba con la paciencia que había mostrado hasta entonces.

Ninguna mujer le había hecho sentir tanta urgencia. Alessandra MacKellar era especial. Apartó con suavidad los húmedos mechones de pelo de su frente y se vio recompensado con la sonrisa más hermosa que había visto nunca…

Capítulo 5

Por primera vez en su vida Alessandra comprendió cómo alguien podía quedarse sin habla: la intensidad de la experiencia la había despojado de todo control sobre su cerebro y cuerdas vocales. El roce de la mano de Bart contra su frente húmeda le hizo mirarlo a los ojos, y en ellos vio los efectos de su pasión. ¿Estaba sorprendido por el ímpetu de lo que había pasado entre ellos? Alessandra estaba confundida por más razones que el simple hecho de que hubiese provocado en ella una respuesta tan desenfrenada. En aquellos momentos, parecía incómodo a su lado.

Bart se apartó y se incorporó, pasando los brazos por debajo de las rodillas y con los ojos fijos en el horizonte.

—¿Por qué te ofreciste a ponerme el condón?

—Quería… tocarte —dijo Alessandra con sinceridad, sintiendo que se sonrojaba.

—¿Te molestó?

—¡Claro que no! ¿Y a ti?

—No. Más bien me sorprendió.

—¿Por qué?

—Supongo —dijo Bart encogiéndose de hombros— que no es algo propio de una señorita.

Alessandra supo que acababa de cometer uno de los mayores errores de su vida. Bart se quedó en silencio durante unos segundos antes de estirar la mano hacia sus ropas.

—Vamos, será mejor que regresemos.

El trayecto de vuelta transcurrió en absoluto silencio.

Cuando Lisa le dijo que lo más probable era que Bart no estuviera en casa para la cena, a Alessandra se le cayó el corazón a los pies. No lo había vuelto a ver desde que la dejara a la entrada. Aquella ausencia inexplicable y su reserva durante el trayecto al rancho, después de su abierta pasión, la estaba llenando de dudas que no quería tener. Al ver el plato de fiambre y ensalada que estaba ante ella, sintió que su estómago se revolvía. Cerró los ojos deseando que las náuseas desaparecieran.

«Señor, por favor, no dejes que Bart lamente lo que ha pasado hoy. No podría soportarlo si se comportase como si nada hubiera pasado, o…»

—Lo siento, llego tarde. Ha habido un problema con una de las yeguas.

Alessandra levantó la cabeza de golpe hacia donde estaba Bart, absorbiendo su presencia con tanta avidez como el desierto absorbía agua. Al principio la miró con una expresión en los ojos que no reconoció. Luego sonrió tímidamente y Alessandra sintió una ráfaga de calor por todo su cuerpo. En aquel instante decidió que quería pasar el resto de su vida esperando a que aquel hombre volviera a cenar a casa cada día.

—Alessandra, ¿te sientes bien? Estás muy rara desde que nos sentamos a la mesa —dijo Lisa, y rompió el hechizo entre ellos.

—¿Ah, sí? Tiene gracia. Nunca me he sentido mejor. De hecho… —añadió lanzando a Bart una mirada descarada —me siento verdaderamente…

—Estás imaginando las cosas —interpuso Bart deliberadamente —. Alessandra tiene buen aspecto.

Lisa se encogió de hombros y volvió a prestar atención a la comida. Bart vaciló a medio camino entre la puerta y la mesa, con la certeza de que lo más inteligente era sentarse y empezar a comer, pero estaba más hambriento del sabor de la hermosa rubia de ojos azules que se sentaba frente a él. Sin embargo, ante la presencia de su hija, no tenía elección. Echó la silla hacia atrás y se sentó.

—¿Ya has separado los sueldos?

—Sí —respondió Alessandra con una picara sonrisa—. Aunque he tardado siglos. No sé por qué, pero no podía concentrarme en lo que estaba haciendo.

Lisa miró a su padre y Bart trató de contener una sonrisa.

—Hablando de siglos, estuvisteis mucho tiempo en la ciudad. ¿Qué os entretuvo?

—Mmm…

—La reunión de tu padre se prolongó y al final almorzamos con los Shaffer —se apresuró a decir Alessandra cuando pareció que Bart se iba a atragantar con la pregunta de Lisa.

—Me refiero a después del almuerzo. Doug Shaffer llamó esperando encontraros en casa —dijo Lisa sin percatarse del cruce de miradas entre ellos—. Si hubiera sabido que ibais a hacer algo más que hacer efectivo el cheque de la nómina y reuniros con Doug Shaffer, os habría acompañado para ir al cine.

—¿Qué quería Doug? —preguntó Bart haciendo un intento desesperado por cambiar de tema.

—Sólo quería que supierais que la fiesta empieza a las ocho y que está deseando enseñarle a Alessandra una muestra de la hospitalidad australiana.

—¿Y cómo lo va a hacer? ¿Encerrando a Rachel en su habitación? —murmuró Alessandra.

—¿Cómo? —inquirió Lisa, con expresión de estar perdiéndose algo.

—Alessandra y Rachel no hicieron buenas migas, precisamente —explicó Bart con ironía.

—Lo único que querría hacer migas es esa sonrisa maliciosa. Y en cuanto a sus acusaciones infundadas…

Alessandra se detuvo. Las acusaciones de Rachel ya no eran infundadas. Miró a Bart.

—¿Qué acusaciones? —inquirió Lisa.

—Dijo que…

—Ya conoces a Rachel, Lisa. Es un poco chismosa —interpuso Bart.

—¿Un poco chismosa? —inquirió Lisa riéndose y apartándose de la mesa—. Papá, chismorrear es su profesión.

Bart regresó a los establos inmediatamente después de la cena y Lisa retó a Alessandra a una partida de Trivial, pero Alessandra estaba a años luz de distancia. Después de contestar a la pregunta de «¿Qué animal es más inteligente que el oso corriente?» con «Koala», y de reconocer a Lyndon Johnston como el primer presidente de los Estados Unidos, Lisa sugirió que dejasen el juego y se fuesen a acostar.

—Papá se pasará toda la noche en el establo —le advirtió desde el pie de la escalera.

No eran las noticias que deseaba escuchar. Necesitaba hablar con Bart. Necesitaba saber si sus esperanzas con respecto a su relación eran las mismas que las suyas. Señor, nunca se había sentido tan insegura de sí misma. Una vez, cuando su madre le preguntó si no quería sentar la cabeza, casarse y tener hijos, Alessandra se había encogido de hombros.

—Si pasa, pasará, pero estoy a gusto con la vida que llevo ahora mismo —le respondió.

No había mentido. Hacía diez años que había huido de Sydney con intención de analizar la muerte de Jenni, las exigencias de su familia y sus creencias desde lejos. Le había costado un año reconciliarse con lo que había pasado cuando tenía dieciocho, pero

finalmente se dio cuenta de que si tenía que agradar a alguien, debía ser a sí misma. Lo que había aprendido de vivir en otras culturas había sido más valioso que su título universitario. La única certeza que necesitaba era saber qué era beneficioso para Alessandra Elizabeth MacKellar.

Hasta aquel día. Hasta que un hombre llamado Bart Cameron le había demostrado que necesitaba algo más que su libertad y que creer en sí misma.

—¿Por qué no estás acostada?

Estaba de pie, apoyado en el marco de la puerta. Tenía un aspecto magnífico con aquellos vaqueros sucios, una camisa manchada de sudor y mugre y el pelo revuelto en todas direcciones.

—Te estaba esperando.

Bart se movió a donde estaba sentada en el sofá y le levantó la barbilla. Era hermosa. Durante semanas aquellos grandes ojos azules y sus pestañas azules lo habían perseguido veinticuatro horas al día, y desde entonces lo perseguiría el recuerdo de su piel desnuda bajo la suya y su aroma a magnolia.

—Necesito ducharme.

—Yo te necesito a ti.

Sus labios sabían a pasión y a deseo y se entregó al beso. Alessandra movió su lengua al azar por la boca de Bart y lo atormentó con su dulzura. El pequeño gemido que profirió mientras Bart la acomodaba sobre la suavidad del sofá le encendió la sangre. Pequeños murmullos de placer acogieron sus caricias por debajo del elástico de la falda, avivando su pasión.

Alessandra sintió que sus músculos se contraían de excitación mientras los dedos de Bart se aproximaban con sensualidad al borde de encaje de sus braguitas. Le rodeó el cuello con los brazos y arqueó el cuerpo cuando su mano tomó posesión de la zona entre los muslos y su humedad reveló la necesidad que sentía Alessandra. Sus caricias lentas y tiernas repercutieron en todas las células de su cuerpo, y no podía hacer nada para apaciguar su deseo desesperado de hacerlo más suyo.

Se apartó tan rápidamente que Alessandra pensó por un instante que alguien había entrado en la habitación, pero estaban solos.

—¿Bart?

—Lo siento, Alessandra.

—¿Lo sientes?

La expresión lastimosa de Bart le hizo comprender que la magia

había desaparecido. Se incorporó y se estiró la ropa mientras esperaba una explicación. Su corazón se estremeció al ver la expresión de desagrado en el rostro de Bart, a la que siguió otra de enfado contenido. ¿Era por causa suya?

—No me mires así —le dijo Bart.

—¿Cómo?

—Como si no supieras cuál es el problema.

—No sabía que había un problema.

—Los dos sabemos que lo que pasó esta tarde era inevitable, y te mentiría si dijera que no me atraes.

—Pero… —interpuso Alessandra, a pesar de que el nudo que sentía en su estómago le decía que no quería oír nada más.

—No soy un hipócrita. No puedo sermonearle a Lisa sobre lo superficiales que son las relaciones puramente físicas mientras yo mantengo una delante de sus narices.

Alessandra tuvo deseos de salir corriendo de la habitación, pero las piernas le fallaron. Trató de controlar la respiración para bloquear su voz, pero la cortaba como un cuchillo.

—Yo no estoy acostumbrado, como tú, a tener relaciones ocasionales. Sé que acepté a que te quedaras hasta que la señora Wilcox regresara, pero dadas las circunstancias tal vez sea mejor que te vayas. Por supuesto que estaré encantado de darte referencias, y con tu preparación no tendrás problema en encontrar otro trabajo.

Estaba sintiendo la furia crecer tan deprisa en su interior que pensó que explotaría. Superficial… Puramente físico… Relaciones ocasionales. Las palabras clave martillearon su cerebro. Le había faltado poco para llamarla zorra y ramera, pensó Alessandra. ¡Oooh! Ojalá pudiera matar a aquel cerdo mojigato, hacerlo pedazos y dárselo de comida al ganado. En cambio, se puso de pie y forzó una carcajada que casi pareció auténtica.

—Escucha, amigo, me prometiste un trabajo de tres meses. Si ahora quieres echarme, dilo, pero no esperes que deje un buen trabajo sólo porque estás sentimentalmente atrofiado. Si lo que pasó entre nosotros fue tan superficial, no sé porque estás armando tanto jaleo…

—Alessan…

—Soy perfectamente capaz de controlar mi libido, señor Cameron, pero si tú no puedes, entonces tendrás que despedirme.

—Alessandra, ¿me oyes?

La voz de Lisa la devolvió a la realidad de la sala de espera de la consulta del médico.

—¿Qué? Lo siento, no me di cuenta de que habías terminado. ¿Fue todo bien? —preguntó Alessandra.

—Supongo. Tengo una prescripción.

—Vamos, pues. ¿Tienes que comprar algo más?

—Sólo lo de la farmacia —dijo Lisa tímidamente.

—De acuerdo, haremos eso. Luego tomaremos un café antes de volver al rancho.

El café con leche le recordó a Alessandra la cafetería a la que solía ir con su madre en Sydney. En varias ocasiones durante el último par de días se había sorprendido pensando en Sydney, y comprendió que era porque necesitaba saber que tenía un hogar y que Rough Rivers y Bart Cameron pronto no serían más que recuerdos de un viaje. Confiaba en ello a toda costa.

—Qué pena que no pudieras ir a la fiesta de los Shaffer la otra noche. Oí que fue todo un éxito —comentó Lisa.

—¿De verdad? ¿Eso dijo tu padre?

—Tal vez, pero quién sabe, de la forma tan extraña que se comporta últimamente. El sábado por la noche nos sorprendió a Todd y a mí besándonos en el porche y no dijo ni media palabra. Ni siquiera cuando entré.

—Seguramente se ha dado cuenta de que ya eres lo bastante mayor y sensata como para tomar decisiones correctas. De verdad, creo que debes decirle que vas a usar un anticonceptivo.

—¡De ninguna manera! Si le digo que tomo la píldora será como decirle que me acuesto con Todd —dijo Lisa con fervor.

—Bueno, hablaremos de ello en el camino de vuelta. Termínate el café y salgamos echando leches.

—¿Echando leches?

—A toda mecha, deprisa. A veces creo que los yanquis no tenéis imaginación. Vamos y te enseñaré alguna que otra expresión para que se la cuentes a tus amigos y confundas a tu padre.

—No creo que lo haga tan bien como tú —rió Lisa—. Confundir a mi padre, me refiero.

La lluvia siguió cayendo a raudales y Alessandra se inclinó un poco más sobre el cuello de Ceniza. Jim había dicho que si el tiempo empeoraba debía dirigirse a la choza abandonada y esperar a que pasase lo peor, pero desgraciadamente, Alessandra sospechaba que lo peor habría pasado cuando llegase y optó por

regresar. Estaba empapada, a partes iguales por el sudor que por la lluvia, porque aunque el guardapolvo impermeable la protegía de pies a cabeza de la lluvia, el calor del mes de enero no le hacía sentirse mejor. Tampoco las docenas de cortes que tenía en las manos, resultado de haber estado reparando una alambrada del norte con la ayuda de Dunc, uno de los vaqueros más jóvenes. Ya casi habían terminado cuando Dunc se hizo una herida con uno de los alambres oxidados. Si Alessandra hubiese sido lista, habría regresado con él y no le habría atrapado la tormenta. Pero sentía como si Bart Cameron estuviese esperando a que ella bajase el ritmo de su trabajo para despedirla. Aún así, había sido una estupidez quedarse para intentar terminar la alambrada sola cuando Jim había predicho que caería una tormenta. Bart Cameron se enfadaría más con ella si regresaba con neumonía que si hubiese dejado la valla a medio hacer. ¡Incluso más! Podía verle la cara… ¡La estaba viendo! ¡Bart! Detuvo el caballo y esperó a que llegase a su lado.

—¿No te dijo Jim que esperaras en la choza? Vamos —murmuró con suavidad poniéndose a la cabeza.

—Nadie te ha pedido que vengas —replicó a sus espaldas mientras Ceniza lo seguía.

—¡Ja! Eso es lo que tú te piensas —le gritó por encima del hombro—. Jim estaba dispuesto a mandar un equipo de rescate más numeroso que los que hubo durante el terremoto de San Francisco, y Marilyn y Lisa me habrían linchado si te hubiera dejado aquí sola.

—¿Marilyn? —inquirió Alessandra avivando el paso de Ceniza y poniéndose a su altura.

—Sí. Mi hermana mayor ha venido a hacernos una visita sorpresa desde California.

—¡Caramba! —exclamó—. Lo pasé muy bien con ella en Los Angeles. Es toda una gran mujer, tu hermana.

Bart observó la cara radiante bajo el sombrero aplastado y el agua que caía en chorro desde el ala. La sonrisa hacía tanto contraste con su semblante embarrado que no pudo evitar sonreír también él.

—Últimamente estoy rodeado de ellas.

Alessandra sintió que le daba un vuelco el corazón. Aquellas palabras significaban que pensaba que ella también lo era, pero en seguida vio cómo sus labios se volvían una delgada línea, como si lamentase el comentario.

Bart se puso manos a la obra cuando llegaron a la choza, y sólo

gracias a sus buenos reflejos Alessandra pudo atrapar la bolsa de plástico que le tiró Bart.

—Una muda para ti. Lisa la empaquetó.

—Gracias.

—Hay algo de café en el termo, obsequio de Marilyn.

Sirve un poco mientras veo si puedo encender este fuego.

La única estancia contaba con una vieja litera, una mesa a la que le faltaba una pata, y tres sillas gastadas como los puntos principales de interés, ya que sólo tenían que competir con una chimenea ennegrecida por un siglo de hollín y un armario desprovisto de puerta en el que había un par de tazas viejas y un cazo. Una capa de polvo lo cubría todo y, como no tenía más sitio donde posarse, el resto flotaba en el ambiente.

—No parece que haya ninguna cerilla, así que olvídate de encender el fuego —dijo Alessandra, pero apenas hubo terminado de hablar cuando oyó el ruido de una cerilla al encenderse—. ¿Es que has sido boy scout, o algo así? —bromeó tendiéndole una taza de café humeante mientras Bart en cuclillas frente a la chimenea, trataba de avivar la pequeña llama que había prendido.

—No traer cerillas hubiera sido poco sensato. Gracias —contestó asiendo la taza—. ¡Dios mío, Alessandra, tus manos!

Alessandra bajó la vista y vio los arañazos y la sangre seca en ambos lados. Tenían mal aspecto, pero al menos ya no la escocían… bueno, apenas.

—Maldita sea, Alessandra, ¿por qué no llevabas guantes? —preguntó cuando Alessandra retrocedió preguntándose si los guantes habrían amortiguado la descarga eléctrica que le había producido el roce de su piel.

—Los perdí el otro día. Iba a comprar otros en la ciudad la próxima semana. No es nada, sólo unos cuantos arañazos.

—Deberías haber pedido unos prestados. Hay de sobra en el rancho.

—Prefiero trabajar con las manos que ponerme unos guantes que me sobran por todas partes. Si no cuidas el fuego se te apagará —le advirtió.

Alessandra se mantuvo de pie a sus espaldas gozando de la visión. Tenía un físico magnífico y deseaba suavizar sus manos recorriendo cada centímetro de su cuerpo. No era justo que se sintiese tan atraída por un hombre que tenía una opinión tan pobre de ella. Antes, si no caía bien a alguien, pensaba que no era

problema suyo, pero de pronto, la aprobación de Bart Cameron era lo que más ansiaba en el mundo, aparte del propio Bart Cameron.

—Sécate y cambíate. Esperaré en el porche —dijo Bart, despertándola de su ensoñación.

—¿Y tú?

—Estoy bien. Cuando hayas acabado me secaré delante del fuego. Con un poco de suerte, después de comer habrá escampado lo suficiente como para volver al rancho.

—¿Y si no tenemos suerte? —preguntó lanzando una mirada furtiva a la única litera de la choza.

—Me he traído el saco de dormir y una manta.

—Ah.

—Alessandra, no busques problemas. Date prisa y sécate —le ordenó, y salió dando un portazo.

Capítulo 6

Bart estaba sentado con el pie derecho apoyado en el muslo, y su mirada iba de la taza de café al fuego y viceversa. Aparte de ofrecerse a lavarle las manos, no había abierto la boca desde que volvió a entrar hacía ya quince minutos. Alessandra había tenido bastante.

—¿Es el silencio tu forma de castigarme porque tuviste que venir en mi búsqueda, o qué?

Posó la vista sobre ella y apenas pudo reprimir una sonrisa.

—En realidad sentía curiosidad por saber cuánto tiempo puedes estar sin ejercitar tus cuerdas vocales —dijo haciendo como que comprobaba el tiempo mirando el reloj—. Trece minutos, veinte segundos. ¿Es un récord?

—¡Muy gracioso! Para tu conocimiento, puedo estar horas sin hablar… cuando estoy durmiendo.

—¿En serio?

—Completamente en serio.

Bart se percató de la mirada distante que le había hecho sonreír y quiso saber por qué.

—¿Qué te divierte tanto? —preguntó, pero Alessandra rió y sacudió la cabeza—. Cuéntamelo…

—Mis hermanos mayores solían hablar en sueños. No te imaginas las cosas que llegaban a decir.

—Viviendo contigo, lo más probable es que no tuviesen oportunidad de pronunciar palabra durante el día.

Alessandra le sacó la lengua.

—Eso es lo que decían siempre.

—Bueno, yo me lo creería —bromeó Bart—. Háblame de tu familia. ¿Te llevas bien con ellos?

—Claro —replicó Alessandra, sorprendida—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es sólo que no me imagino que nadie abandone a su familia y viaje solo por el mundo voluntariamente —dijo Bart. Pero vio que el dolor transfiguraba su precioso rostro de duendecilla por un momento y sintió tanta angustia en el estómago que no quiso volverla a ver así—. Oye, cambiemos de tema.

—No, no es un tema tabú. Adoro a mi familia y soy lo bastante

creída como para pensar que ellos también me quieren. Es sólo que no soy lo que ellos esperaban.

—Una rebelde —comentó Bart, haciéndole reír.

—Siempre he sido un poco indomable, pero al crecer con cinco hermanos mayores me convertí en una niña mimada y masculina al mismo tiempo. Supongo que la única diferencia entre mis hermanos y yo es que ellos llevan vidas conformistas, mientras que yo he acabado siendo lo que mi padre llama una gitana terminal.

—¿Por qué? —inquirió Bart, pero se dio cuenta de que Alessandra buscaba desesperadamente una respuesta.

—¿Por qué no? —replicó encogiéndose de hombros. Bart se percató de que estaba tratando de no contarle sus razones, pero antes de poder insistir, siguió con la conversación.

—A pesar de lo mucho que he viajado, somos una familia muy unida —dijo sonriendo—. Y aunque nunca se lo confesaría, hay veces que echo de menos los consejos de mis hermanos.

—¿Por qué tengo la sensación de que ignorarías casi todo lo que te dijesen? —bromeó Bart.

—No sé —respondió Alessandra con teatral inocencia.

—¿Qué hermano está casado con la amiga de Marilyn?

—Greg. Lacey y él están entregados el uno al otro. Greg es un antiguo jugador de rugby profesional. Es como el fútbol americano —empezó a explicarle a Bart.

—Lo sé. Es un gran juego.

—Faltaría más —dijo Alessandra con orgullo, y luego sonrió.

No era una sonrisa falsa ni premeditada. Era una sonrisa que aparecía cuando Bart menos se lo esperaba y le hacía contener la urgencia de abrazarla y hacerle el amor hasta morir de agotamiento. En cambio, la animó a que continuase hablando, y no tardó mucho en relatarle todo lo referente a sus otros hermanos. Y antes de que pudiera darse cuenta, Alessandra le estaba haciendo preguntas que no quería responder. Aunque no sabía por qué.

—Háblame de la madre de Lisa. ¿Cómo era?

Bart se levantó y se dirigió hacia el fuego, como si sintiera la necesidad de alejarse de ella. Aquello hirió a Alessandra más de lo que quería reconocer. Era evidente que todavía sentía un gran dolor al recordar a su esposa. La había amado mucho, y Alessandra se sintió disgustada consigo misma al notar que empezaba a sentir celos de la mujer fallecida. Su voz era tensa y controlada cuando habló finalmente.

—Kathleen era incluso más hermosa que Lisa. Tenía esa piel blanca casi translúcida y unos enormes ojos rasgados que brillaban de la mañana a la noche. Ni siquiera cuando estaba triste o enferma, perdían viveza sus ojos —dijo Bart. Luego esbozó una sonrisa—. Kath tenía quince años cuando la conocí en la boda de un primo. Llevaba un vestido largo del tejido más suave que había visto nunca… No me acuerdo de cómo se llamaba, pero había capas y capas de aquel tejido del color rosa más pálido que pueda imaginarse… ¿Qué? —se interrumpió al darse cuenta de que Alessandra había murmurado algo.

—Gasa. Por lo que cuentas era de gasa.

—No me acuerdo —dijo encogiéndose de hombros. Sólo sé que hasta aquel día no había imaginado que una chica pudiese ser tan hermosa. Ni tan elegante y femenina.

Alessandra pedía al cielo que Bart se callara. Lo último que deseaba era oírle hablar de otra mujer con la voz henchida de amor. La estaba desgarrando por dentro.

—Mi tío murió, dejándome el rancho, justo dos semanas antes de la boda, así que no tuve tiempo para ir de luna de miel. Los padres de Kath nos habían regalado un viaje de dos semanas a Hawaii, pero resultó imposible —prosiguió Bart. Hizo una pausa y Alessandra estuvo a punto de llorar al ver el dolor que cruzaba su rostro. Nunca lo había visto tan desolado—. Kathleen siempre había soñado con ir a Hawaii, y ésa fue la única razón de que aceptase un regalo tan extravagante. Pero cuando mi tío murió sentí que tenía muchas cosas que hacer como para perder el tiempo tomando el sol en Hawaii, así que le prometí que la llevaría al año siguiente. Tú has estado en Hawaii, ¿cómo es aquello?

—¿No… llegasteis a ir?

—Kathleen murió antes de que tuviera oportunidad de cumplir mi promesa.

—Dios mío —gimió Alessandra—. Lo siento.

—Sí. Yo también.

De repente, Alessandra sintió que se iba a desmayar por falta de aire y al mismo tiempo, trataba de contener las lágrimas. No estaba segura de por quién lloraba, si por Bart, por ella o por la muerte de una joven esposa, pero sin ánimo de analizar la cuestión, se puso en pie de un respingo.

—Necesito tomar el aire.

Aquella noche las estrellas estaban ocultas tras las espesas

nubes, que continuaban derramando lluvia. Estaba tentada de regresar al calor del fuego, pero se sentó en el suelo de madera gastada del porche con las manos alrededor de las rodillas y recordó las palabras de Bart.

¿Cómo había afectado a Bart la muerte de Kathleen? ¿Acaso era importante? Aquello no disminuía la atracción que sentía por él. Ni aquello ni ninguna otra cosa. Había perdido la cabeza por aquel hombre. Antes, solía pensar mal de las mujeres que estaban tan obsesionadas por un hombre que habrían sido capaces de vender su alma a cambio de conseguirlos, pero en aquellos momentos temía estar llegando hasta ese punto. Siempre que pensaba en aquella vez en que habían hecho el amor, le consumía un gozo sensual que se tornaba en furia cuando se acordaba de los escuetos comentarios que había hecho horas antes.

Estiró las piernas y apoyó la espalda en la pared. Incluso si conseguía que cambiase la opinión que tenía de ella, ¿cómo podría luchar contra un fantasma deliciosamente bello? No solía acobardarse, pero después de ver el amor tan profundo que Bart sentía por Kathleen, consideró que tenía más oportunidades de poner fin por sí sola a los conflictos en Oriente Medio.

—Si ya has tomado bastante el aire, he hecho más café. ¿Te interesa? —dijo Bart desde el umbral. Alessandra se sorprendió, pero se recuperó rápidamente y maniobró hasta ponerse en pie.

—Me interesa.

—No me sorprende, hace fresco aquí fuera —dijo mirando al cielo en todas direcciones—. No tiene pinta de escampar.

—Todavía no —corroboró Alessandra, de pie junto a él—. Bart… Gracias por venir a buscarme. Sé que no tenías por qué hacerlo.

—¿No? —preguntó, escrutando su mirada.

Entró antes de que comprendiese la implicación de sus palabras. La deseaba, y no la deseaba. Sólo porque pensase que no estaban hechos el uno para el otro no quería decir que fuese cierto. Después de todo, también creía que su pasado estaba manchado de amantes despreciados, y eso distaba de ser verdad. Alessandra estaba acostumbrada a que la gente pensase de aquella manera a causa de su estilo de vida libre, y nunca la había molestado, pero que Bart pensase lo peor era otra cuestión. De alguna forma, tendría que dejar las cosas claras.

Estaba sentado junto a la mesa cuando entró en la estancia.

—Ah, calor —suspiró acercándose al fuego—. A veces resulta difícil recordar que estamos en verano.

—No te quejes hasta que no hayas pasado un invierno en el oeste de Texas —dijo Bart—. Por cierto, ¿a dónde te dirigirás cuando te vayas de aquí?

—No lo he pensado mucho —dijo volviéndose hacia él—. Tal vez a Nueva Zelanda. Me gustaría mucho trabajar en una caballeriza de purasangres —añadió metiendo las manos en los bolsillos del pantalón vaquero—. Pero no me resultará fácil irme de aquí.

—Te entiendo. Esta parte del mundo tiene algo que se te mete en la sangre y permanece allí.

—Tal vez sea la gente —sugirió Alessandra mientras Bart cruzaba su mirada con la suya.

Dios mío, tenía los ojos más atractivos que había visto nunca. Pero sabía que sus sentimientos hacia Bart no eran meramente debidos al físico. En qué momento, no podía decirlo, pero habían cambiado, y no estaba dispuesta a renunciar a ellos sin luchar.

—Termínate el café. Nos vamos.

Aquellas palabras cortantes explotaron en su cabeza y cuando volvió a la realidad Bart ya estaba recogiendo las cosas que había llevado.

—Pero si sigue lloviendo.

—Está amainando —dijo Bart.

—¿Amainando? ¡Está lloviendo a cántaros!

—Alessandra… No tengo humor para discutir—le advirtió.

—Lo siento, porque yo sí. No voy a volver a ir bajo la lluvia. De ninguna manera.

—Vas a ir.

—¡Y un cuerno! —exclamó, pero Bart empezó a apagar el fuego —. ¡Deja eso como está! —le exigió dándole un golpetazo en el hombro. Bart se levantó de un salto y la sujetó por los antebrazos.

—Despierta, Alessandra. No podemos quedarnos aquí.

—¿Por qué no? Hay una cama…

—Exacto, hay una cama —la interrumpió bruscamente—. Y por esa razón estaríamos poniéndoselo en bandeja a las chismosas.

—O sea, que debo arriesgarme a atrapar una neumonía para salvar tu reputación —dijo poniendo las palmas de las manos contra su pecho tratando de separarse de él.

—No es mi reputación lo que me preocupa.

—¿Es que te preocupas por mí?

—No te sorprendas tanto. Últimamente paso la mayor parte del tiempo preocupándome por ti —dijo Bart mirándola fijamente a los ojos.

—A mí me parece que pasas la mayor parte del tiempo huyendo de mí.

—También.

Algo los acercó más aún y Alessandra se vio obligada a echar la cabeza un poco hacia atrás para mantener el contacto visual.

—¿Por qué? —preguntó trazando una senda de fuego en su espalda con las manos. Instintivamente, Alessandra se arqueó contra él, sintiendo la firmeza de su cuerpo incluso a través de la tela vaquera—. No entiendo por qué luchas contra esto con tanta intensidad —continuó con la voz amortiguada por su cuerpo, pero, su desesperación era evidente.

—En estos momentos yo tampoco.

—Tú…

Devoró sus palabras con un beso y la estrechó tanto como lo permitió la ropa. Recorrió su pelo febrilmente, como si tratase con desesperación de acariciar cada uno de sus mechones antes de que le fallaran las rodillas. Cuando sus manos curtidas se deslizaron por debajo de la camisa y empezaron a acariciarla alrededor del pecho, sintió que se moría de deseos de que la tocase los pezones, ya erectos. Emitió un gemido de placer cuando lo hizo y, una vez más, Bart buscó con su lengua la humedad de su boca. Alessandra acogió ansiosamente la invasión, alternando la sumisión con la respuesta agresiva. Nunca, nunca se cansaría del sabor de aquel hombre.

Todavía anhelaba más. Su cuerpo se hacía eco de la necesidad interior de sentirlo de forma más íntima, así que se puso de puntillas y se estrujó contra su prominencia.

—Despacio, cariño… vamos a ir más despac…

—¡Vamos demasiado despacio! —replicó, afanándose con la hebilla de su pantalón.

Bart no estaba en condiciones de discutir y en seguida asumió la tarea de quitarse la ropa sin apartar los ojos de Alessandra, que había empezado a desnudarse con la misma rapidez. La perfección de su cuerpo, levemente trabajado, volvió a impresionarlo al recordar al vaquero duro y competente que era, pero en aquellos momentos que la veía de pie frente a él, era incapaz de imaginarla de ninguna otra manera.

Besó con reverencia sus pezones rosados antes de trazar un torrente de besos entre ellos y su vientre. Cuando se arrodilló para continuar su tarea, Alessandra lo detuvo con mano temblorosa.

—Te juro que si haces eso me desplomaré —susurró con una voz cargada de deseo—. Apenas puedo mantenerme en pie.

Bart respondió levantándola en brazos y estrechándola con fuerza mientras la llevaba hasta la cama. Lentamente la colocó en el suelo y sus ojos se oscurecieron cuando ella se rozó contra su erección. Mientras la tenía ceñida por la cintura, alcanzó con la mano la manta que había llevado consigo y la extendió rápidamente sobre el viejo colchón. A continuación, dejó caer a Alessandra de espaldas al colchón y se colocó encima de ella.

—Alessandra —suspiró—. Contigo pierdo el control.

—Bien —dijo acercando su rostro—. Porque a mí me pasa lo mismo contigo.

Hubo una urgencia en su pasión que Alessandra no había esperado y que encontró excitante. Las caricias de Bart denotaban una posesividad tal que le hacía bullir la sangre, y cuando apartó la mano de entre sus muslos para reemplazarla con sus besos, fue incapaz de contener los gritos de excitación carnal. Las oleadas de éxtasis que le estaba provocando la recorrían con tanta intensidad que estaba convencida de que su cabeza explotaría.

—Bart… No puedo… ¡Barrrt!

Y explotó… en una mezcla mágica de música y estrellas que salió de su cuerpo espasmódicamente.

Finalmente abrió los ojos y en seguida encontró los suyos.

—Ha sido increíble —murmuró Alessandra. Bart tomó su mano y se la llevó a los labios, pero cuando pasó la lengua por sus heridas, puso mala cara.

—Olvidé que te había puesto una crema antiséptica. Sabe horrible.

—Bésame y te prometo que sabrá bien.

Bart emitió un gemido de deseo que le infundió confianza a Alessandra y, deslizando su mano derecha entre ellos, lo acarició al ritmo de sus lenguas entrelazadas. Justo cuando estaba a punto de pedirle que entrara sintió su firmeza en lo más íntimo de su cuerpo, y aquellas palabras no pronunciadas se tradujeron en un gemido de puro placer.

Bart entonaba su nombre mientras se liberaban el uno en el otro.

Alessandra se despertó y lo sorprendió sonriendo, e

inmediatamente supo que lo único que quería era despertarse a su lado el resto de su vida.

—Es cierto —dijo Bart dejando caer un beso en su nariz.

—¿Qué es cierto?

—No hablas en sueños.

—¿Me has estado mirando todo el tiempo para ver si hablo en sueños?

—No. Es que no podía apartar los ojos de ti —dijo besándola suave y cálidamente, pero rápidamente se separó—. Ha dejado de llover hace media hora. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—¡No lo dirás en serio! Sólo son las diez y cuarto —dijo mirando su reloj.

—Llegaremos a medianoche. A las doce y media como muy tarde.

—No sé —bromeó acurrucándose contra su pecho velludo—. Creo que debemos proponernos irnos después del desayuno… como muy pronto.

—No, Alessandra. Tenemos que irnos —replicó, aunque su cuerpo decía lo contrario.

—¿Por qué? Lisa no está sola, está con Marilyn.

—Exactamente. Y no tengo ganas de ver las miradas especulativas de Marilyn y sus esfuerzos por emparejarme.

—No seas tonto. Marilyn no es de las que emparejan. Está demasiado liberada.

—No en lo que a mí respeta —declaró Bart saliendo de la cama y disponiéndose a recoger sus ropas.

—Estás paranoico.

—Tal vez, pero eso no significa que no estén al acecho. No hay nada que a mi hermana le gustase más que verme otra vez casado. Que Dios ayude a mis sobrinos cuando empiece a pensar en posibles esposas para ellos.

Cuando Alessandra salió de la choza, Bart ya había ensillado los caballos. Al verlo ajusfar las alforjas se preguntó qué rumbo tomaría su relación después de aquel interludio. Al igual que negaba tener interés en mantener una relación con ella, acababa de revelar que se oponía también al matrimonio. Entonces, ¿qué sería de ellos? Bart ya había subido a lomos de su caballo, pero cuando Alessandra se dispuso a montar a Ceniza, la frenó con el brazo.

—Monta delante de mí.

El ala del sombrero le cubría los ojos, de modo que Alessandra

cuestionó la suavidad de su voz.

—¿Acaso Marilyn no levantará las cejas inquisitivamente si nos ve montados en el mismo caballo? —bromeó a pesar de sentir un hormigueo en el estómago.

—Parece que Ceniza cojea un poco, ¿no crees?

—Resulta difícil saberlo, pero mejor será no arriesgarse —dijo sonriente mirando al caballo, que estaba en perfecto estado de salud.

Acababan de dar las doce de la noche cuando entraron en la explanada que rodeaba la casa. Sólo estaban encendidas las luces exteriores de los establos, y Bart detuvo al caballo a unos cincuenta metros del porche. No habían pronunciado palabra durante todo el trayecto, pero habían viajado muy pegados el uno al otro. Alessandra volvió la cabeza. Su aroma viril estuvo a punto de embriagarla, pero inspiró profundamente, disfrutando de la sensualidad que despertaba en ella.

—Yo me ocuparé de los caballos. Tú corre y date una ducha caliente.

—El viaje ha terminado, ¿no?

Su pregunta quedó suspendida en el aire, cargada de esperanza y pena. Alessandra ladeó la cabeza y lo miró a los ojos antes de aceptar su beso. Fue suave y vacilante, pero lleno de deseo, y Alessandra se perdió en su sabor. Cuando Bart interrumpió el contacto entre los dos, suspiró levemente, y aquello fue música para el corazón de Alessandra.

—Buenas noches, Alessandra.

—Podría mejorarse —sugirió deslizando un dedo por su mejilla y a través de sus labios.

Por fuerte que fuera la tentación de llevarla al establo y pasar el resto de la noche haciendo el amor con ella entre el heno, Bart todavía estaba sorprendido de las sensaciones que aquella mujer despertaba en él. Era incapaz de recordar un momento de su vida adulta en que no hubiese mantenido el control de sus emociones. En aquellos instantes, una australiana de cabello plateado se había infiltrado en el corazón de su vida estructurada. No podía comprender por qué Alessandra lo afectaba de aquella manera, porque su apariencia era basta y nada femenina, pero cuanto más la conocía, más atracción sentía por ella. Cerró los ojos para no ver sus labios entreabiertos y aquellos ojos llenos de deseo para poder reunir sus defensas.

—Desmonta, Alessandra. Te veré mañana.
Suspirando ostensiblemente, hizo lo que le había dicho.

Capítulo 7

—¡Arriba, arriba!

Una voz vagamente familiar y el aromático olor del té perturbó los últimos momentos del sopor de Alessandra. Después de parpadear repetidas veces, sus ojos se adaptaron a la brillante luz de la mañana y luego se centraron en la esbelta figura de una morena que transportaba una bandeja de desayuno.

—¡Marilyn! —exclamó Alessandra incorporándose en la cama.

—Bueno, debo decir que tienes bastante buen aspecto —dijo Marilyn sometiendo a la joven a un examen completo antes de dejar la bandeja encima de la mesita de noche.

—Como me traes el desayuno, supongo que esperabas encontrarme en el umbral de la muerte.

—Cualquiera lo bastante estúpido como para montar a caballo de noche y bajo la lluvia durante dos horas merece estar ahí —la reprendió Marilyn pasándole una taza de té humeante y sirviéndose una taza ella también.

—Sólo estaba lloviznando cuando dejamos la choza.

—Deberíais haber pasado la noche allí.

—Bart quería regresar —dijo Alessandra encogiéndose de hombros—. Él es el jefe.

—Mmm. Bueno, cuéntame. ¿Qué tal el trabajo de contable?

—No está mal. No había mucho que hacer, así que convencí a Bart para que me dejara trabajar también como vaquero, que es lo que me gusta.

—¿Qué te parece mi hermano?

—Bien —dijo Alessandra tratando de vaciar cualquier expresión de su rostro—. Es un buen jefe —añadió tratando de no sonreír. La expresión de Marilyn reflejaba su frustración ante su respuesta poco reveladora.

—¿Estoy siendo demasiado sutil o tú demasiado poco perspicaz? —preguntó Marilyn con sospecha.

—Tal vez estés siendo demasiado curiosa. Bueno, gracias por el té pero tengo que ir a trabajar.

—No, tu «jefe» ha dicho que podías tomarte el día libre —dijo Marilyn con aire satisfecho.

—Maldito sea. Los chicos pensarán que estoy recibiendo un trato

especial porque soy una mujer.

—¿Quieres decir que no da a todos sus empleados el día libre sólo porque se han acostado un pelín tarde? —inquirió Marilyn con exagerada voz de asombro.

Alessandra le lanzó una mirada borrascosa. Para no querer despertar la imaginación de su hermana, estaba claro que Bart había hecho un buen trabajo. Personalmente, a Alessandra no le importaba quién supiera lo suyo con Bart, de hecho le hubiera gustado tener a una confidente para comentar las dudas y los sentimientos que tenía. Si el hombre en cuestión no fuese Bart Cameron, habría abierto a Marilyn su corazón.

—¿Quieres que hablemos? —preguntó Marilyn.

—¿Que hablemos de qué?

—De lo que te hace fruncir el ceño de esa manera.

—¿Quién frunce el ceño? —dijo Alessandra sonriendo automáticamente.

Bart la observó atravesar el patio dando zancadas hacia donde él estaba. Se apoyó en la entrada del almacén de máquinas y sintió un enorme placer viendo el movimiento fluido de sus piernas enfundadas en vaqueros, aunque la vista era mejor desde atrás. Sabía que estaba enfadada, pero cayó en la cuenta de que aquella era la primera vez que iban a estar a solas desde la noche en la choza, hacía cinco días, y no quiso arruinar el momento con una discusión.

—Tenemos que hablar —anunció cuando estaba a unos metros de distancia.

—¿Ah, sí? Tengo la impresión de que lo que quieres es pelear… en concreto, conmigo.

—No me tientes. ¿A qué viene eso de asignarme «tareas ligeras», eh?

—¿Repite eso? —dijo Bart lanzándole una mirada perpleja.

—Desde el lunes pasado Jim me ha estado encargando que haga tareas domésticas insignificantes.

—Nada es insignificante en un rancho de estas dimensiones, Alessandra.

—¿En serio? Supongo que comprobar el estado de los radiadores y de los neumáticos de todos los vehículos es de tan vital importancia que es preciso que uno de tus mejores vaqueros se pase todo un día haciéndolo.

—¿Quieres decir que Jim ha estado echando un vistazo a los

camiones? —dijo haciéndose el sorprendido.

—Jim, no, ¡yo! Como tú bien sabes —replicó mientras Bart le tomaba las manos y las miraba por ambos lados—. Están bien —añadió en tono defensivo tratando de ignorar el calor que su tacto le infundía. Luego Bart empezó a acariciar lentamente sus muñecas, lo que le aceleró el pulso, y luego la acercó a él—. Estás eludiendo mi pregunta —susurró Alessandra.

—Cierto.

Su boca tenía un sabor dulce y erótico tras días de abstinencia y noches pasadas recordando la sensación de su piel contra la suya. Apoyada sobre la firmeza de su cuerpo, Alessandra se entregó al placer que le hacía sentir. Estar tan cerca de él era lo mejor y lo peor que podía imaginar. Lo mejor porque durante días se había preguntado cuánto tiempo tardaría en volver a tocarlo, y lo peor porque sabía que los esperaban para la cena y no podían ir más allá.

Bart gimió y colocó las manos a ambos lados de su cara para separar sus labios de los suyos.

—Me moría de ganas de hacer esto —confesó.

—¿En serio? A mí no se me había pasado por la cabeza.

—Mentirosa —dijo rodeándole los hombros con el brazo y conduciéndola hasta el exterior del almacén.

—Entonces, ¿vas a explicarme por qué recibo de repente un trato especial? —insistió.

—Mira, pensé que te podría apetecer tener más tiempo libre ahora que está aquí Marilyn. Tú y ella parecéis buenas amigas.

—¿Es ésa la única razón?

—Eso y que quería darle tiempo a tus manos para que cicatrizasen como es debido. No digas nada. Hablaré con Jim y le diré que te asigne las tareas de siempre, ¿de acuerdo?

Alessandra asintió y a Bart le dio un vuelco el corazón al ver la deslumbrante sonrisa de agradecimiento con la que lo obsequió. Dios mío, aquella mujer era dinamita para su libido.

—Pero recuerda, lleva siempre puestos los guantes y deja de intentar demostrar que eres tan dura de pelar como los hombres.

Alessandra levantó la vista, riendo, pero la mirada de Bart le hizo quedarse sin respiración. Durante algunos momentos se mantuvieron separados a pocos centímetros con una emoción indefinible.

—Si no supiera que seguramente Marilyn estará mirando por la ventana de la cocina, te llevaría al almacén y te haría el amor hasta

que ninguno de los dos pudiese pensar derecho.

—Si no fueras tan paranoico acerca de tu hermana, Bart Cameron, podrías ser muy divertido.

Alessandra cambió a unas cómodas brazadas de espaldas mientras mantenía los ojos fijos en el interminable cielo azul. Ya debería haber regresado a la casa para ayudar a Marilyn y a Lisa con los preparativos para la fiesta que iban a dar. Sin embargo, no se fiaba de no dar pie a una discusión con Marilyn. Estaba segura de que la actitud reservada de Bart de los últimos días se debía a una serie de supuestas insinuaciones inofensivas que había recibido de Marilyn en lo concerniente a su relación con Alessandra. No hacía falta ser un genio para deducir que a Bart no le agradaba que su hermana se hubiera percatado de la atracción física que había entre ellos.

De hecho, Alessandra estaba más furiosa porque Bart aparentaba estar avergonzado de sentirse atraído por ella. Aquél era el fondo de la cuestión.

Claro, Alessandra era perfecta para un rápido revolcón en el heno, siempre que nadie se enterase. Estaba tan furiosa que casi podía escupir. Cambió al estilo libre y nadó hasta la orilla.

Todavía estaba furiosa cuando volvió a la casa.

—Bart Cameron es un idiota rematado. Te debo unas disculpas, Marilyn —dijo Alessandra cuando entró echando chispas en la cocina y sacó una cerveza de la nevera.

—No te disculpes ante mí. Yo lo he llamado cosas peores… creo.

—No me disculpo por llamarlo idiota, sino por culparte por su comportamiento de idiota.

—Bueno, me alegro de que haya quedado puntualizada la cuestión —dijo en tono vago.

—¿Qué ha hecho papá esta vez? —preguntó Lisa.

—¿Que qué ha hecho? —inquirió Alessandra sopesando si era sensato o no hablar de su… relación, a falta de otra palabra mejor, con Bart en presencia de su hija.

—No soy tonta, Alessandra —dijo Lisa—. Sé que papá te hace tilín.

—¿Tilín? Querida mía —dijo Alessandra con dramatismo—. Estoy locamente enamorada de tu padre. Que se vaya al infierno.

—¿Enamorada? ¿De papá? ¡Pero si está ya viejo!

—¡De eso nada! —explotó Alessandra—. Pero es un idiota —añadió al percatarse de que Marilyn estaba riéndose mientras

cortaba apio en trocitos.

—Lisa, termina las ensaladas. Creo que Alessandra necesita un consejo de hermana —dijo Marilyn conduciendo a Alessandra al piso de arriba.

—No eres mi hermana, eres la hermana de Bart —le recordó Alessandra.

—Sí, pero yo no soy de las que pierden el tiempo hablando a la pared y a otros objetos inanimados.

Una vez en su habitación, Alessandra se dejó caer sobre la cama y Marilyn se sentó en la silla del tocador. Durante varios minutos ninguna de las dos mujeres habló. Alessandra fingía estar muy interesada en el diseño de la lata de cerveza que tenía en la mano, y Marilyn en la punta de su cigarrillo.

—¿Estás más tranquila? —preguntó Marilyn.

—Tan tranquila como puede estar alguien con mi temperamento.

—Eso es la mitad del problema. Estás tan encendida emocionalmente todo el tiempo, que Bart no sabe si sube o baja.

—¿El juego de palabras ha sido intencionado? —inquirió Alessandra con una sonrisa.

—Estáis teniendo una relación física, entonces —respondió Marilyn sacudiendo la cabeza al tiempo que le devolvía la sonrisa.

—¡Ja! Hemos hecho el amor en dos ocasiones, para ser exactos; si llamas a eso una relación, supongo que tenemos una. Bart se ha propuesto ver esta… lo que sea esta atracción mutua, como algo totalmente sórdido que corromperá a Lisa y a cualquiera que lo sepa.

—De modo que la inocente pequeña Lisa también es un obstáculo para esta aventura.

—Sólo a ojos de Bart. Lisa ya no es una niña ingenua.

—Lo sé, llevo años diciéndoselo a Bart, pero está decidido a protegerla del malvado mundo exterior —dijo Marilyn—. También se cree en la obligación de darle todo lo que su madre tuvo de pequeña, tanto si lo quiere como si no.

Alessandra suspiró al oír hablar de la madre de Lisa y a Marilyn no se le pasó por alto.

—¿No me digas que ves a Kathleen como una amenaza?

—¡Pues claro! Aunque no tanto como para ser el problema principal. Soy lo bastante creída como para pensar que podría competir con una mujer de carne y hueso por el amor de Bart, pero

¿cómo diablos voy a competir con un fantasma?

—¿Estás segura de que tienes que hacerlo?

Alessandra se puso en pie de un salto y se acercó a la ventana. Se le ocurrió pensar que aquella era la primera vez en diez años que no se había sentido dueña de la situación, la primera vez desde la muerte de Jenni que algo le había hecho tambalearse.

—Estoy enamorada de tu hermano.

Aunque su afirmación fue acogida en silencio, Alessandra tuvo una extraña sensación de júbilo, como si al pronunciar aquellas palabras en voz alta ante otro ser humano, hubiera terminado finalmente de mentirse a sí misma. Sabía que estaba sonriendo como una estúpida y se volvió para mirar a Marilyn, que también exhibía una sonrisa igualmente estúpida.

—¿Sonríes porque te alegras o porque te parece divertido? —preguntó Alessandra.

—¡Porque estoy encantada! Pero también porque creo que estás loca si crees que el recuerdo de Kathleen va a sabotear lo que hay entre Bart y tú.

—Oye, he oído cómo habla de ella. Su voz se vuelve suave y parece absorto en sus recuerdos.

—Mira, no soy quién para hablarte de la relación de Bart con Kathleen, pero créeme, estás exagerando —dijo Marilyn amablemente.

Alessandra quería creerlo, pero tenía serias dudas.

—Es más que eso. Bart no puede aceptar que yo sea como soy. Que sea propensa a decir tacos, o que me guste beber cerveza de la lata. Le mortifica que piense que Lisa debería decidir por sí sola a qué universidad desea ir… y cree que estos últimos nueve años he pasado la mayor parte del tiempo en posición horizontal. ¡Si hubiera tenido tantas aventuras como se piensa, sería incapaz de andar!

Marilyn estaba riendo con tantas ganas que se le saltaban las lágrimas.

—Gracias por tomártelo tan en serio, Marilyn. Has sido de gran ayuda.

—Lo… lo siento, la verdad es que eres la antítesis de cualquier mujer que Bart haya conocido.

—¿Debo animarme por eso?

—No, pero tal vez lo desconciertes un poco si abandonas la imagen que tiene de ti y adoptas otra que no tiene.

—Me he perdido —dijo Alessandra mirando a Marilyn fijamente —. No sé de qué me hablas ni si quiero saberlo. Marilyn, ¿por qué estás hurgando en mi armario?

—¿No tienes ningún vestidito de fiesta? —preguntó con sorpresa.

—Marilyn, viajo con poco equipaje. No me caben los vestidos de fiesta en la maleta. Y no entiendo por qué necesito uno ahora.

—Confía en mí, ¡lo necesitas! Vamos, tenemos que hacer un viaje relámpago a la ciudad.

Agarró a Alessandra de la muñeca y tiró de ella. En serio, aquella mujer estaba loca, apenas tenían tiempo para ir y volver de la ciudad antes de que los invitados empezaran a llegar. Pero por muy buenas que fueran las intenciones de Marilyn, Alessandra no quería que la arrollaran. Cuando llegaron a la entrada, se aferró al marco de la puerta.

—¡Espera! —gritó, y luego continuó en voz baja—. Marilyn, lo siento, pero no estoy dispuesta a que me arrastres a la ciudad a comprar un vestido que no me volveré a poner y que aborreceré de cualquier forma. No me gustan los vestiditos de fiesta al igual que no me gustan los vestiditos de encaje. Sé lo que me gusta y con qué me siento cómoda. Te prometo que si quieres que me vista de fiesta esta noche, lo haré, pero no voy a gastar una fortuna por eso, ¿de acuerdo?

—No tenía intención de herir tus…

—Por el amor de Dios, Marilyn, no has herido mis sentimientos… Si quieres que me ponga sexy, lo haré sin necesidad de darnos el paseo a la ciudad.

—Entonces, ¿tienes un vestido que ponerte?

—Bueno, no es exactamente un vestido…

Bart deslizó el dedo por el interior del cuello de la camisa tratando de aliviar la incomodidad que sentía, y se percató de que al menos media docena de hombres de la estancia estaban haciendo lo mismo. Al parecer, no era el único que habría preferido algo menos formal. Oyó que alguien lo llamaba y al volverse, vio a Doug y a Rachel Shaffer que se dirigían hacia donde estaba. Rachel llevaba un vestido más adecuado para la ópera y Doug, un traje tan elegante como él.

—Bart, esto es mucho más divertido que una barbacoa —dijo Rachel efusivamente mientras Bart estrechaba la mano a su marido —. Las mesas tienen un aspecto magnífico. ¿Quiénes han sido tus

proveedores?

—Mi hermana, Marilyn, con la ayuda de Lisa y Alessandra —dijo apreciando su mirada de sorpresa—. Se alegrarán de saber que tienen tu sello de aprobación, Rachel…

—¡Dios mío! ¡No lleva zapatos!

Tanto Bart como Doug Shaffer volvieron la cabeza hacia donde Rachel miraba con asombro.

—Esos pies desnudos merecen ser vistos —dijo Doug.

Bart fue incapaz de replicar. Se le había helado la voz y la sangre estaba a punto de hervirle. Al otro lado de la habitación, Alessandra estaba de pie, hablando con Lisa, completamente inconsciente de que había atraído las miradas de todos.

Llevaba un pareo azul oscuro como la medianoche, salpicado con un dibujo dorado. Lo llevaba sujeto al cuello, dejando a la vista unos tentadores hombros de color miel, y le caía hasta los tobillos, en los que llevaba finas cadenas de oro. Como Rachel había hecho notar, llevaba los pies desnudos. Bart volvió a prestar atención a su cara y sintió un arrebato de celos al ver cómo se animaba cuando Lisa le presentaba a su novio. Bart había aceptado con desgana que el chico asistiera a la fiesta, imaginando que si dejaba de oponerse con tanta fuerza a la relación, Lisa podría pensar que salir con Todd no era un reto tan grande. Sin embargo, eso no significaba que Todd pudiese monopolizar a Alessandra. Se excusó ante los Shaffer y se dirigió hacia ella.

Alessandra trató de concentrarse en lo que Lisa y Todd le estaban contando, pero la imagen de Bart había entrado en su visión periférica y estaba ocupada contando los segundos que faltaban para que llegara a su lado.

Cuatro… tres… dos…

—Hola, Alessandra… Todd.

Alessandra sonrió mientras que Todd, nervioso, balbució un saludo educado y pomposo antes de dejar que Lisa lo arrastrase con la excusa de ir a por bebidas.

—Estás distinta sin vaqueros —dijo Bart, examinándola con mirada cálida.

—Me has visto sin vaqueros más de una vez.

—Sí, pero no en compañía de otras personas.

—¿Y tú qué prefieres? ¿Con o sin compañía? —inquirió con un brillo en los ojos que denotaba que estaba siendo peligrosamente provocativa.

—Baila conmigo mientras lo pienso.

—De ninguna manera —dijo sacudiendo la cabeza con una sonrisa—. Las únicas personas que podrían querer bailar con música country son maníacos depresivos.

—¡Cierra la boca!

—Prefiero abrir la tuya —replicó Alessandra. Y sonrió.

Bart hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta. Era lo único que se le ocurrió hacer para impedir que se deslizaran por la delicada curva de sus hombros. De nuevo recorrió todo su cuerpo con los ojos e, inconscientemente, emitió un sonoro gemido, llamando la atención de varias personas a su alrededor.

—¡Bart! —exclamó Alessandra, avergonzada—. Todo el mundo te está mirando.

—¿A mí? Podría atravesar la habitación andando con las manos y ni un solo hombre apartaría los ojos de ti. ¿Llevas algo debajo de ese atuendo? —dijo en voz baja.

—Eso lo tendrás que averiguar… más tarde —contestó dando media vuelta en dirección a la cocina.

Tres horas más tarde Alessandra volvía a entrar en la cocina, en aquella ocasión cargada con varios platos con los restos del postre, y se cruzó con Marilyn que sacaba una bandeja de quesos variados. Las dos habían trabajado duro durante casi toda la velada. Lisa, que había prometido ayudarlas, brillaba por su ausencia.

—Si ves a Lisa por alguna parte, no olvides agradecerle su ayuda —dijo Alessandra jocosamente.

—Lo haré. Al menos esto es lo último. Quédate donde estás. Volveré con algunos refrescos.

Marilyn regresó a la cocina con una sonrisa de satisfacción y una botella de champán.

—Brindemos por el éxito de esta noche. Hemos logrado nuestro objetivo.

—¿Ah, sí? —inquirió Alessandra levantando una ceja y aceptando la copa—. ¿Y se puede saber cuál era?

—Bart te ha visto haciendo un papel totalmente distinto esta noche.

Alessandra se dio cuenta de que al estar tan atareada se había olvidado de que quería que Bart la viese con una imagen distinta a la de mujer hombruna y poco femenina. Sin embargo, sólo habían pasado unas pocas horas desde que se había envuelto en la seda pintada a mano, se había puesto más maquillaje del que se ponía

normalmente y se había secado el pelo con secador. Al ver sus uñas pintadas de rosa pálido esbozó una triste sonrisa. Incluso pintadas, eran demasiado cortas como para ser femeninas. Y desde luego, todas las mujeres que habían adornado los brazos de Bart en la pista de baile durante las últimas dos horas habían sido femeninas con mayúsculas. Marilyn interrumpió sus pensamientos.

—Todavía tenemos que ver los fuegos artificiales. Bart ha encargado a algunos de los chicos que lo organicen.

Como si hubiera oído su nombre, Bart apareció en la entrada de la cocina. Se había despojado de la corbata y la chaqueta y se había desabrochado un botón de la camisa. Incluso antes de que las obsequiase con una de sus lentas sonrisas, Alessandra sintió un hormigueo en el estómago.

—Ya sabía yo que estaríais aquí trabajando —dijo avistando la botella en medio de la mesa de platos sucios.

—Bart, ¿no tienes nada en tu colección de discos que no sea música country? —preguntó Alessandra mientras se metía un cubito de queso en la boca.

—¿No te gusta?

—¿Cómo le podría gustar a nadie algo tan… tan deprimente? —le contestó Alessandra, pero vio que su comentario le estaba desgarrando por dentro por el amor que sentía por la música en cuestión—. Bueno, en realidad todas las canciones hablan del amor perdido, del abandono de una mujer, y de cualquier otra desgracia que uno pueda imaginar, ¿no es así, Marilyn?

—Paso —dijo poniendo las manos en alto a pesar de su alegre sonrisa—. Me niego a contestar porque tomar partido por uno de los dos podría ser perjudicial para mi salud.

Bart se apoyó contra la nevera y cruzó los brazos delante del pecho con mirada traviesa.

—Eres una cobarde, Marilyn. Finges tener miedo a tu hermano pequeño —la regañó Alessandra.

—¿Pequeño? Acércate y míralo bien —le dijo Marilyn mientras empezaba a quitar los platos de la mesa.

Alessandra se levantó para ayudarla, pero Bart se movió y se colocó entre ella y la encimera. Aunque estaba a más de treinta centímetros de distancia, Alessandra pudo sentir el calor de su cuerpo. Como su hermana estaba de espaldas, su mirada seductora sólo fue evidente para Alessandra.

—¿Así estoy lo bastante cerca? —dijo con voz suave.

No lo estaba y lo sabía, pero la expresión de su rostro también le advertía que tuviese cuidado de lo que decía en presencia de Marilyn. Por un momento estuvo tentada a ponerlo en evidencia, pero sabía que no estaba preparado para hacer pública su relación. Se sintió como si fuera «la otra», una aventura amorosa ilícita, y se puso furiosa. No le costó apartarlo a un lado, ya que no se lo esperaba.

—El tamaño raras veces es señal de inteligencia —dijo disfrutando de su momentánea expresión de perplejidad.

—Hacedme un favor —dijo Marilyn volviéndose hacia ellos —y seguid fuera con el debate. Con todos estos postres por aquí, esto podría degenerar en una lucha de tartas.

—Estoy tentada a hacerlo —le dijo Alessandra a Bart echando una ojeada furtiva a un plato de merengue de limón—. Así que sal para que pueda ayudar a Marilyn a recoger.

—No hace falta, Alessandra —dijo Marilyn—. Rachel Shaffer viene a ayudarnos.

—En ese caso me voy —dijo Alessandra con un gemido.

Agradeció sentir el aire de la noche en sus hombros desnudos y las baldosas de pizarra del patio todavía mantenían una pizca del calor del día. A su alrededor conversaban varios grupos. Todo el mundo se estaba divirtiendo y aguardaba el gran final de la noche, los fuegos artificiales, que preparaban los hombres de Bart a cincuenta metros de distancia. Bart condujo a Alessandra en esa dirección antes de mirar intencionadamente a sus pies. Su cara se suavizó con una sonrisa.

—Es una lástima que alguien con unos pies tan bonitos se empeñe en meter tanto la pata.

Alessandra le lanzó una mirada cansina y permaneció en silencio, lo que hizo más efectiva la patada que le dio en el trasero. Se alejó de su lado mientras todavía se reflejaba la sorpresa en su cara.

—Y es una lástima que alguien con un culo tan bonito necesite que se lo azoten con tanta regularidad —dijo Alessandra esperando las represalias. Pero la expresión de Bart le indicaba que estaba dividido entre seguir adelante con aquella broma y levantar las sospechas de que su relación iba más allá de la de jefe y empleada. Alessandra rezó para que se dejase llevar por sus sentimientos y mandase al infierno las consecuencias. No lo hizo.

—Tienes suerte de que haya tanta gente, si no…

—Bueno, me alegro de tener mala suerte —le interrumpió, sintiendo la amenaza de las lágrimas—. Porque otra no tengo.

Se volvió y caminó rápidamente hacia los invitados que parloteaban animadamente, mandándolos al infierno junto con Bart Cameron.

Una fuente de oro y plata brotó en el cielo y alguien le pasó una cerveza. Sentada junto a las esposas y novias de algunos de los vaqueros, sintió una inquietud que apenas comprendía. Su corazón le decía que aceptase lo que Bart quisiese darle en las condiciones que él fijase, pero su orgullo le decía que debía respetarse más a sí misma. Dirigiendo la mirada hacia donde Bart estaba sentado, junto a Doug Shaffer y algunos otros, se preguntó qué le haría menos daño a la larga: traicionar a su corazón o a su orgullo.

El reloj de la cocina estaba a punto de dar las dos de la madrugada y los últimos invitados se habían ido. Marilyn y Alessandra estaban sentadas con dos tazas de té humeante en las manos. Alessandra no recordaba haberse sentido tan cansada y Marilyn confesaba sentirse igual.

—Bueno, por hoy ya he tenido bastante —dijo apartando la silla de la mesa—. Te veré mañana por la mañana.

—Hoy ya es mañana —la corrigió Alessandra.

—Como sea. Dios mío, qué gusto poder meterse en la cama.

—Tienes razón —corroboró Alessandra—. Creo que podría dormir durante…

La mirada que tenía Bart al entrar en la cocina hizo que Alessandra se quedase sin voz.

—¿Alguna de vosotras sabe dónde está Lisa?

Capítulo 8

—Apuesto a que está acostada —dijo Marilyn con un bostezo.

—No, no lo está. ¿Alessandra? —inquirió con un tono de voz que hizo que Alessandra se estremeciera. Sacudió la cabeza al tiempo que le vino una imagen de Todd.

—Estaba con To…

—Sé perfectamente con quién estaba. ¡Eso es lo que me preocupa!

—Los vi cuando empezaron los fuegos —dijo Marilyn con voz débil.

—¿Los habéis vuelto a ver desde entonces? —inquirió Bart, pero sólo recibió una respuesta negativa—. Voy a mirar afuera.

Ya estaba de camino a la puerta cuando lo dijo. Alessandra intercambió una mirada de preocupación con Marilyn y se apresuró a salir detrás de él.

—¡Espera! Voy contigo —le dijo preguntándose cómo podría impedir que Bart estrangulase a Todd si lo encontraba en una postura comprometedora con su hija.

Casi estaba corriendo para ponerse a la altura de Bart, que se dirigía a los establos, y cada pocos pasos, pequeños guijarros se le incrustaban en los pies. La única iluminación era el foco del patio y dos luces pequeñas en el exterior del almacén de máquinas y en el garaje.

—Tranquilízate, Bart. Estás pensando lo peor…

—¿Y tú no?

—Podría haber muchas explicaciones…

—Sí, una libido hiperactiva, para empezar.

Entraron en el garaje y Bart le dio al interruptor para alumbrar el interior. Sólo su respiración tensa y furiosa irrumpía en el silencio. No había señales de que hubiera nadie. Maldiciendo, abrió las puertas del Range Rover y lo encontró vacío. También lo estaban los dos camiones y el coche de Marilyn.

—Vamos, todavía quedan los establos y los almacenes de máquinas y mantenimiento.

Lisa no estaba en ninguno de aquellos lugares, así que Bart decidió buscarla en coche. Alessandra posó una mano sobre su brazo y lo detuvo a medio camino del garaje.

—Bart, no seas tonto. Podrían estar en cualquier sitio. Podrías conducir hasta el amanecer y aún así, no encontrarlos —dijo Alessandra. Su rostro se retorcía en una mezcla de furia, frustración y amor paternal.

—¿Entonces, qué demonios debo hacer, eh?

—Esperar. Volverá a casa.

—¿Cuándo? Ya son más de las dos…

—¡Bart! ¡Alessandra! —gritó Marilyn desde la casa—. Está aquí.

Alessandra deseó que Marilyn hubiese sido un poco más sutil al dar la noticia, porque Bart salió despedido hacia la casa. Sólo Dios sabía lo que iba a hacer. Se arremangó el pareo y corrió detrás de él lo más rápidamente que pudo. Incluso antes de llegar podía ya oír a Bart gritando.

—¿Dónde demonios has estado? ¡Contesta, maldita sea! ¿Dónde has estado?

Lisa estaba de pie delante de la nevera con aspecto cansado, asustada y un poco alegre, pensó Alessandra.

—Te he hecho una pregunta, Lisa, ¡contéstame! Marilyn rondaba por el fregadero con aspecto de querer intervenir, pero con miedo a hacerlo.

—Bart, cálmate —dijo Alessandra. La furia que vio en su rostro cuando se volvió hacia ella le hizo tragar saliva—. Vamos a calmarnos todos…

—Quédate al margen, Alessandra —le advirtió—. Es mi hija…

—Entonces, deja de gritarle y dale la oportunidad de que abra la boca.

—¿Por qué no hago café…?

—Olvídate del café, Marilyn. Quiero respuestas, no café. Lisa, ¿dónde diablos has estado y qué has estado haciendo?

Alessandra encontró la mirada de la joven y le imploró en silencio que contestara a su padre, pero Lisa bajó la vista y empezó a juguetear con su sortija.

—¿Y bien? —sugirió Bart con una voz más suave que resultaba más amenazadora que sus rugidos.

—Estaba con Todd.

—¿Dónde?

—Fuimos a dar una vuelta en coche.

—¿A dónde?

—Por ahí…

—O sea, que estabais enrollándoos —dijo Bart, y de nuevo su

pregunta cayó en el silencio y Lisa se negó a mirar a ninguno de los que se encontraban en la cocina.

—Mírame cuando te hablo, jovencita.

Lisa obedeció, pero la mirada era insolente y llena de desafío.

—¡No es asunto tuyo lo que yo haga!

Alessandra vio cómo la mano derecha de Bart se alzaba lentamente en respuesta a la frase.

—¡Bart, no! —suplicó cuando pensó que iba a abofetearla; pero Bart murmuró una palabrota ininteligible y se dio la vuelta.

—No te preocupes, papá. No te avergonzaré quedándome embarazada.

—¡Lisa! —exclamó Marilyn mirándola con cara de asesina, pero Bart no dijo nada, sino que empujó a Alessandra a un lado para salir lo antes posible de la estancia. Alessandra no recordaba haber visto a nadie con el corazón tan roto, pero Lisa aprovechó su debilidad.

—Aunque sería una buena manera de no ir a la universidad —le gritó.

—Cállate, Lisa —le exigió su tía.

Había visto tanto dolor y desesperación en el rostro de Bart, que Alessandra no sabía si correr tras él y detenerlo o dar una paliza a la adolescente por haber sido tan cruel.

—Puedes llegar a ser toda una bruja, Lisa, ¿lo sabías? Habla tú con ella, Marilyn, no estoy segura de poder sujetarme.

Golpeó suavemente la puerta del despacho.

—Bart, soy yo.

—Acuéstate, Alessandra.

Ignoró la orden y entró cerrando la puerta tras de sí. Estaba sentado detrás de la mesa con los pies apoyados en el archivador.

—Otra que no puede hacer lo que se le dice —dijo Bart—. ¿Quieres entrar a rematarme y terminar el trabajo?

—Bart, es una niña. Los niños dicen cosas sin pensar cuando están asustados.

—Hace no mucho me decías que ya no era una niña. ¿Vas a decidirte o piensas protegerla haga lo que haga?

—Eso no es…

—¿No es qué, Alessandra? ¿Justo? ¿Cierto? Déjame que te conteste. ¡No es asunto tuyo! Tu estilo de vida no te da derecho a decirme cómo debo educar a mi hija. Y te agradecería que sacaras las narices de mi vida privada y te guardaras tus opiniones.

«Está dolido», se dijo Alessandra. Como Lisa, no sentía lo que

estaba diciendo.

—Bar…

—¿Me has entendido? ¡Fuera!

Por segunda vez aquella noche sintió la amenaza de las lágrimas, pero no por la dureza de sus palabras, sino por la confusión y desolación de su mirada. ¡Estar enamorada era horrible! Hacía que una mujer quisiera abrazar a un hombre a pesar de que estaba haciendo lo posible por hacer añicos su corazón.

—Alessandra, vete de una vez.

—Claro. Pero para que lo sepas, no he venido para conseguir nada, sólo quería ayudar —le dijo encogiéndose de hombros. Se dirigió hacia la puerta—. Tal vez necesites escuchar a Lisa, y no a un fantasma —añadió cuando estaba a punto de salir. Cerró la puerta e ignoró la pregunta de Bart.

—¿Y qué demonios quiere decir eso?

Era sábado y le tocaba trabajar, pero al parecer era una tradición que en Rough Rivers nadie trabajaba después de una gran fiesta. Gracias a Dios por la tradición, pensó Alessandra mientras corría una vez más hacia el baño. ¿Cómo podía tener resaca? Sólo había bebido un par de copas de champán… y una cerveza. «Nunca más mezclaré las bebidas», murmuró cuando su estómago se asentó lo bastante como para empezar a vestirse.

Era mediodía cuando bajó a la cocina, pero ni siquiera el maquillaje que se había puesto lograba disimular su estado delicado.

—¿Qué te parecerían unos huevos con beicon? —preguntó Marilyn mirándola por encima de su taza.

—Algo muy obsceno.

—El café está caliente.

—Creo que un té es lo que me hace falta esta mañana. ¿Alguien más se ha levantado?

—Bart ha salido y Lisa está arriba haciendo las maletas.

—¿Las maletas? No me digas que la ha echado de casa.

—Tranquila. Le sugerí que sería bueno para los dos distanciarse durante algún tiempo—dijo Marilyn—. Lisa va a venir conmigo de vacaciones a la Gran Barrera del Coral.

Alessandra sopesó la noticia.

—¿Cómo conseguiste que Bart aceptara?

—No fue fácil, pero a veces el sentido común de mi hermano triunfa sobre su necesidad de tener todo bajo control —dijo Marilyn

dejando a un lado la taza y entrelazando las manos sobre la mesa—. De hecho, ésta es la primera vez que veo a mi hermano totalmente indeciso sobre algo.

—Yo ponía a mis padres a menudo en ese estado… —admitió Alessandra.

—Entonces, tal vez Bart deba hablar con tus padres. Y no sobre cómo criar a una adolescente…

—Yo soy lo último que le preocupa ahora mismo, Marilyn — replicó—. Y si estás a punto de sugerirme que me transforme en una ama de casa modélica mientras Lisa no está, olvídalo. Sé que sólo querías ayudarme con la idea de demostrar a Bart que no soy tan basta y poco femenina, pero lo cierto es, Marilyn… que lo soy. Y no voy a fingir ser otra cosa.

Alessandra lo vio aproximarse desde la ventana de la cocina y, como siempre, su corazón latió más rápidamente. Había estado fuera todo el día, ni siquiera había vuelto para despedirse de Lisa y de Marilyn. Alessandra había querido convencerlo de ello, pero Marilyn la había disuadido.

—Deja que haga las cosas a su manera —le había dicho—. Te resultará más grato darle consejos cuando te los pida.

—¿Bart Cameron ha pedido consejo alguna vez en su vida? — inquirió Alessandra.

—No. Pero te garantizo que serás la primera a la que se lo pida —dijo Marilyn con convicción.

Cuando oyó sus pasos en la entrada, Alessandra puso los filetes en una sartén al fuego y volvió a revolver la ensalada.

—¿Cuánto falta para la cena?

Se giró y lo vio sacar un par de cervezas de la nevera.

—Los filetes se están haciendo.

—¿Tengo tiempo para darme una ducha?

—Tienes tiempo para una cerveza o para una ducha, pero no para las dos cosas. A no ser que te la bebas mientras te duchas — respondió moviéndose para dar la vuelta a los filetes. Se volvió para mirarlo y se rió al verlo indeciso. Luego bajó el fuego.

—Bueno, date prisa. Y si tu fílete se quema, ni se te ocurra quejarte.

—Eres un ángel —dijo Bart sonriendo mientras iba a lavarse.

La cena no fue tan tensa como Alessandra esperaba, pero resultó extraña. El estrés de la noche anterior todavía era tangible, pero ocupaba el segundo lugar tras una tensión sexual tan fuerte que

podía ahogarlos. Aunque Bart le había dicho que se mantuviese alejada de su vida privada, los dos sabían que, dada la ausencia de una tercera persona, iba a resultar imposible y completamente frustrante.

Como sólo estaban los dos había puesto la mesa en la cocina en vez de en el comedor, como era la norma. Bart parecía estar disfrutando de la comida, así que Alessandra supuso que su paladar todavía se resentía de los efectos secundarios de la noche anterior.

—¿No tienes hambre?

Sonrió con picardía y apartó el plato pensando que aquel hombre tenía el cuello más increíble que había visto nunca. ¿Cuello? ¿Desde cuándo los cuellos la habían excitado? ¡Desde que sostenían la cabeza del hombre cuya sonrisa podía fundir el acero!

—Creo que estoy pagando los excesos de anoche. ¿Quieres algo de postre? —inquirió. Bart negó con la cabeza—. Está bien, entonces haré el café —añadió levantándose de la mesa.

—Quédate donde estás, yo lo haré —dijo Bart.

Mientras Bart llevaba a cabo la tarea mundana de hacer café, Alessandra lo observó en silencio, maravillándose de cada uno de sus movimientos. La forma en que sus vaqueros se ceñían a su cuerpo mientras descansaba el peso en una pierna más que en la otra, la forma en que los, músculos de su espalda hicieron un miniballet cuando bajó la jarra de café de la balda de arriba o sirvió el café en las tazas, y especialmente, la forma en que sus ojos se iluminaron cuando se volvió repentinamente y la sorprendió mirándolo.

—Dejando a un lado la pequeña escena doméstica de esta madrugada, tengo la impresión de que lo pasaste bien anoche —dijo Bart removiendo el azúcar en la taza.

—Sí, si no cuentas las horas que pasé entrando y saliendo de la cocina para dar de comer a la manada.

—Desde luego causaste impresión —dijo con una amplia sonrisa, la más brillante de toda la velada, y automáticamente Alessandra le correspondió con otra igual.

—Qué tacto has tenido al no especificar si la impresión fue mala o buena.

—Eso depende del punto de vista que se considere —dijo recostándose en la silla—. Rachel cree que ir por ahí con los pies desnudos es lo mismo que estar desnuda.

Hizo una pausa intencionada y Alessandra se acordó de que Bart

le había preguntado si llevaba algo debajo del pareo.

—¿Y cuál es tu punto de vista? —inquirió, y observó cómo trataba de dar forma a una respuesta—. Dime que la vida que llevo no tiene nada de malo. Vamos, lo llevas escrito en la cara.

Echó la silla hacia atrás, furiosa al ver que tenía la audacia de permanecer sentado juzgándola.

—No es eso…

—¿Que no es qué, Bart? Venga, suéltalo.

—Está bien —le espetó—. ¡Lo haré! No soy capaz de entender por qué alguien tan inteligente y hábil como tú se empeña en no hacer nada con su vida que merezca la pena. ¿Por qué insistes en tratar la vida como si fuera una broma y unas vacaciones perpetuas? He visto postes con más ambición de la que tú tienes.

Alessandra decidió poner los puntos sobre las íes.

—Porque se trata de mi vida. Y porque aprendí de la peor manera posible que puedes acabar con tu vida tratando de agradar a otras personas.

—No dramatices…

—No lo hago —dijo Alessandra con voz calmada—. Mi mejor amiga murió por sobredosis cuando estábamos en el primer año de carrera porque no podía vivir felizmente tratando de satisfacer las expectativas de los demás.

Bart se quedó en silencio por la impresión y esperó a que Alessandra inspirase varias veces antes de empezar a hablar. Aún así, lo hizo en voz suave y temblorosa.

—Todo lo que Jenni quería era ser cantante. Todo lo que querían sus padres era un médico en la familia, y como Jen era hija única, fue la elegida. Durante mucho tiempo trató de estudiar y de hacer sus pinitos como cantante, pero al final fue demasiado para ella. Dijo que estaba cansada de tratar de hacer felices a sus padres y a sí misma. Ocho semanas más tarde estaba muerta —explicó Alessandra. Bart se percató del brillo de lágrimas en sus ojos. Su dolor le desgarró el corazón y se convirtió en su propio dolor—. Fue entonces cuando decidí que iba a vivir la vida para mí y no para los demás. No es que no sea ambiciosa, Bart, sólo soy diferente de la mayoría de las personas.

Bart maldijo con suavidad y la abrazó, sin otro deseo que eliminar el dolor de su pasado, aún sabiendo que no podía. La levantó y la llevó a la sala de estar. Se sentó en el sofá con ella en los brazos y durante varios minutos ninguno de los dos habló.

—Lo siento. Te obligué a contármelo.

—Bart, deja de apuntarte tantos que no has ganado —bromeó Alessandra—. Nadie ha sido nunca capaz de obligarme a hacer algo que no quisiera hacer.

—Aún así —le dijo con una media sonrisa—. Todavía me siento como un villano.

—Para mí, no —le dijo rodeándole con los brazos y besándole en la base del cuello—. Para mí eres el hombre más increíblemente sexy que he conocido.

—¿Sí? —inquirió sonriendo.

—Mmm… bueno, si me acordara de cómo se llamaba…

—¡Creída!

Alessandra se acurrucó todavía más.

—Bart, en serio, creo que al hablar de ello después de nueve años, por fin he dejado atrás la muerte de Jenni.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—¿Ahora?

—¿Sí, qué planes tienes? —dijo Bart mientras empezaba a abrirle la camisa.

—Tal vez… ¿hacerte el amor? —susurró con voz ronca, poniendo a Bart en ebullición.

—No me refería a ahora mismo —dijo Bart posando sus labios en los senos de Alessandra cuando el último botón se rindió ante él.

«Yo tampoco», pensó Alessandra, pero sabía que tal vez Bart no quería oír aquellas palabras.

—Quiero ser feliz —suspiró, y Bart selló sus labios con los suyos. Le levantó la cabeza y sostuvo su mirada mientras le desataba los pantalones.

—Creo que puedo llevarte mucho más allá —le dijo.

Alessandra sabía que podía.

Capítulo 9

—Buenos días.

Alessandra abrió los ojos y se encontró cara a cara con Bart. Era la forma más celestial que podía haber imaginado de despertarse, igual que la noche pasada había sido la forma más celestial de quedarse dormida: envuelta en sus brazos, agotada y satisfecha de lo maravillosamente que le había hecho el amor.

—Buenas —contestó con una sonrisa, e instintivamente se acurrucó más cerca de él. Bart emitió un gemido.

—Pese a lo mucho que me gustaría continuar lo que dejamos ayer, tengo que llevar a Rojo a casa de los Shaffer.

Alessandra recordó que se había organizado un pequeño rodeo entre los ranchos de los alrededores y que Bart había ofrecido a Rojo para la prueba de montar a pelo.

—Entonces será mejor que te pongas en marcha —le dijo deslizando el dedo desde la clavícula hasta el centro del pecho de Bart—. Se tarda al menos cuarenta y cinco minutos en llegar.

—Arriesguémonos a llegar en treinta y cinco —murmuró Bart.

Alessandra se volvió para besarlo. Su respuesta fue tan voraz como la suya, y ella se arqueó contra su cuerpo. Cuando Bart entró en su interior, el sonido sensual del éxtasis hizo temblar las paredes, y Bart se liberó casi inmediatamente.

—Lo siento —dijo Bart unos minutos después—. Ha sido el más rápido entre los rápidos.

—Es la calidad y no la cantidad lo que cuenta —le respondió Alessandra al sentir su descorazonamiento, y le dio un beso en la mejilla—. Soy de las que piensan que lo bueno y breve, ¡dos veces bueno!

A media mañana ya había unas cien personas. Algunas se aglomeraban en torno a los perímetros de aquel ruedo provisional para ver la lucha entre hombre y caballo, mientras que otros se apiñaban en la enorme tienda para refugiarse del sol abrasador y disfrutar de los sandwiches y las bebidas. Bart había sido arrastrado por unos vecinos rancheros para ver un caballo recién comprado, y Alessandra había buscado un puesto de primera línea en la valla y disfrutaba del espectáculo.

—He oído que la hermana de Bart se ha llevado a Lisa de

vacaciones —dijo una voz modulada a sus espaldas. Alessandra no pudo ahogar un gemido al ver a Rachel Shaffer, pero se propuso mantener un tono cívico.

—Sí, es cierto.

—Entonces, Bart y tú tenéis la casa para vosotros. Eso debe de ser… interesante.

—No creo que salga en las noticias nacionales, Rachel —le dijo a la pelirroja, que estaba mirando con desaprobación los vaqueros desgastados de Alessandra y su camiseta—. ¿Paso la inspección, Rachel?

—Al menos, hoy llevas zapatos. ¿Estabas tratando de hacer el ridículo la otra noche o es la falta de gusto la única razón por la que te vestiste como una especie de zorra pagana?

—En realidad, el look de zorra pagana está muy de moda —le replicó Alessandra dulcemente—, aunque ya veo que prefieres el de bruja de firma. Pero, claro, te va tan bien…

La mujer entornó los ojos y por un instante Alessandra temió verse bajo los cascos de un alazán que se encabritaba a unos metros de distancia. La repentina interrupción de una rubia elegantemente vestida atrajo la atención de Rachel, y el hombre que llevaba del brazo, la de Alessandra.

—Madre, mira a quién he encontrado. A Bart Cameron.

Alessandra se preguntó si a Bart no le habían dicho de pequeño que en caso de perderse, debía ir en busca de un policía, no de una rubia que parecía haber salido de una portada del Vogue. Que era la hija de Rachel saltaba a la vista por la clase. Aparte de eso, parecía humana. Era obvio que había salido al padre.

—Hola, Bart. Precisamente estaba hablando con… —se interrumpió Rachel haciendo un ademán que implicaba que se había olvidado del nombre de Alessandra.

—Alessandra —le recordó Bart, tratando de controlar una expresión cómica—. Alessandra, quiero presentarte a Tiffany Shaffer.

¡Tiffany! Típico nombre, pensó Alessandra, sinónimo de etiquetas de un millón de dólares. Consiguió saludarla amablemente, pese a que quería romper todos los dedos de la mano que reposaba en el brazo de Bart.

—Tiffany está de vacaciones; es diseñadora de interiores —dijo Rachel en un tono que sugería que su profesión conduciría a la paz mundial—. Alessandra trabaja como vaquero en el rancho de Bart

—le dijo a su hija.

—¿En serio? Reconozco que no te envidio por estar expuesta al sol día sí, día no —dijo Tiffany con una agradable sonrisa.

—En realidad, me han contratado de contable, pero convencí a Bart para que me dejase trabajar con el ganado. La contabilidad es demasiado aburrida, prefiero estar donde hay acción.

—Se nota —dijo Rachel de forma que sólo Alessandra pudo oírla, y luego maniobró de forma que la apartó del resto del grupo —. Tiffany, Bart, venid. Hay alguien a quien quiero presentaros.

Cuando se vio sola, Alessandra se compró una Coca-cola y un perrito caliente y se dirigió al lugar donde los participantes se preparaban para montar a pelo. Divisó a Jim y a algunos otros chicos de Rough Rivers.

—¿Alguno de vosotros monta a Rojo?

—No, no está permitido montar un caballo de tu rancho para evitar que haya tongo.

—Pues quienquiera que lo haga, saldrá victorioso si consigue mantenerse encima hasta que acabe el tiempo —dijo moviéndose hasta sentarse en una bala de heno—. Sabe dar buenas sacudidas.

—Sí, Rojo y Buena Noche, del rancho de Lañe, son los más duros de pelar. Bart ha escogido a Buena Noche.

—¿Bart va a montar?

—Sí, ¿por qué no iba a hacerlo?

Alessandra se encogió de hombros y se concentró en el perrito caliente. Bart no le había dicho nada, pero claro, no lo había visto desde que Rachel y la bella Tiffany lo hicieran desaparecer. ¡Estaba rabiosamente celosa! No hacía falta ser un genio para saber que el desagrado que Rachel sentía por ella se debía a que había escogido a Bart como futuro marido de su hija.

—Me preguntaba dónde te habrías metido.

Al oír la voz grave de Bart levantó la cabeza. Ver su rostro sonriente fue suficiente para que su corazón se desbocara. De pie frente a ella, con el sombrero calado cubriéndole los ojos y los pulgares en la cintura, Bart parecía más irresistible que cualquier otro hombre.

—Si sigues mirándome así, olvidaré dónde estoy y te llevaré al pajar —la amenazó.

«Ojalá lo hicieras, y te olvidaras del decoro por una vez», pensó Alessandra.

—¡Bart, te toca salir!—lo llamó una voz desde la rampa donde

los jinetes montaban a los animales antes de que los soltasen en el ruedo.

—Estaré contigo después —le dijo calándose aún más el sombrero. Bart se levantó y Alessandra permaneció sentada—. ¿No vas a mirar? —inquirió decepcionado.

—Sólo si prometes no caerte.

—¿Yo? No voy a caerme.

—«No voy a caerme» —repitió Alessandra mientras Bart se desplomaba suavemente sobre la cama.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad? —la acusó.

—Claro, ¿tú no? —rió Alessandra.

Cuando Bart se había separado de su montura ya había hecho lo bastante como para ganar la prueba de montar a pelo, pero los encargados de volver a sujetar al animal no habían sido lo bastante rápidos y el infame Buena Noche le había hecho morder el polvo. Aunque le hacía gracia al recordarlo, durante los segundos en que Bart había permanecido inmóvil en el suelo, había rezado más intensamente que en toda su vida. Pestañeó para borrar la imagen de su cabeza.

—No hay un hueso en todo mi cuerpo que no me duela —protestó Bart—. Al menos podrías mostrarte más amable.

—Ya has tenido amabilidad de sobra en un solo día —farfulló Alessandra recordando cómo Tiffany se había deshecho en atenciones con él después del incidente.

Bart se limitó a emitir un gruñido. No estaba de humor porque Alessandra se había negado a bañarlo, a pesar de que estaba demasiado dolorido como para hacerlo él solo. Pero Alessandra sabía que le habría resultado imposible tocar su piel desnuda y no reaccionar sexualmente, y aquella noche el sexo era lo último que le apetecía, física o mentalmente.

—Dado el estado en que estás, tal vez sería mejor que durmiera en mi habitación esta noche —dijo en tono razonable, pero recibió una mirada furiosa como respuesta—. Has dicho que te dolía todo el cueipo…

—¡Y me duele! Pero dormir juntos no quiere decir que nos echemos encima uno del otro —dijo Bart—. ¿Es que no puedes compartir una cama sin tener sexo, Alessandra? Te recuerdo que las camas también están hechas para dormir.

Al principio su reacción la había dejado perpleja, pero luego se puso hecha una furia.

—¡Sé perfectamente lo multifuncional que puede ser una cama, Bart! Al contrario de lo que pensáis Rachel Shaffer y tú, no soy una zorra. ¡Espero que sigas dolorido toda la noche!

Alessandra dio un portazo y, pese a que Bart la llamara, la puerta permaneció inalterable en sus goznes. El golpe de la cadera era el que a Bart más le dolía, pero no era comparable con el dolor que sentía por lo que acababa de decirle a Alessandra.

Los rayos del atardecer estaban desapareciendo del cielo cuando Alessandra regresó a la casa. Había ido a trabajar antes de que Bart se despertara. Estaba sudorosa y acalorada, y la visión de un coche desconocido a la entrada no fue bien recibida. Se detuvo al pie de las escaleras del porche y suspiró antes de subirlas. Quería una ducha caliente, una cena ligera y tres días de sueño profundo, no visitas. Y en concreto, no aquella visita.

—Hola. Pareces exhausta —la saludó Tiffany con su voz suave y elegante y una sonrisa.

«No como tú», pensó Alessandra antes de devolverle la sonrisa a Tiffany, que estaba bellísima.

—Sí, lo estoy.

—Tiffany nos ha traído la cena —dijo Bart señalando el microondas—. Estábamos esperándote.

—No teníais por qué. Tendré que ducharme y cambiarme antes de pensar en comer nada —dijo Alessandra. Era admirable que pareciese estar tan tranquila cuando era un manojo de celos. No importaba lo mucho que tardase en ducharse, la cuestión era que no tenía nada en su magro ropero que compitiese con el mono de seda que llevaba puesto Tiffany. Lanzó una mirada a Bart, que estaba rellenando la copa de vino de la invitada. Nadie vería a Tiffany Shaffer sorber una lata de cerveza.

—¿Ocurre algo, Alessandra? La cena no puede esperar para siempre.

Alessandra quiso decirle que no la esperasen, pero se disgustó consigo misma al oírse murmurar que se daría prisa.

Como había imaginado, la cena fue un suplicio. Tiffany y Bart mantuvieron una conversación animada y ella se limitó a sonreír cuando lo creyó conveniente y a negar con la cabeza cuando era lo que se esperaba que hiciera. Tan pronto como le fue posible, alegó que estaba cansada y se retiró.

Lo primero que le vino a la cabeza era que se había quedado dormida con la ropa puesta. Instintivamente, sus ojos buscaron el

pequeño reloj de viaje que estaba junto a la cama. Las diez y cuarto, había dormido casi dos horas.

—Alessandra.

Aunque Bart habló con voz suave, Alessandra se sobresaltó y se volvió hacia la puerta. Le sorprendió encontrarlo al lado de la cama.

—¿Ocurre algo? —inquirió al tiempo que se sentaba sobre el colchón.

—Estabas tan callada durante la cena que quería saber si estabas bien —dijo acercando la mano a su rostro.

—Estoy bien. ¿Tiffany está aquí todavía?

—Se fue hace una hora —dijo Bart.

—Fue muy amable de su parte traer la cena.

—Ha sido idea de su madre. Rachel tiene un lado agradable, pero lo reserva para unos pocos.

—Entonces, tú debes de entrar en esa categoría si te envía a la hermosa Tiffany cargada con comidas caseras…

—¡Estás celosa! —exclamó Bart—. Estás celosa porque pasé la tarde con Tiff…

—¡No, no lo estoy! ¿Pasaste la tarde con ella? —inquirió Alessandra. La sonrisa de Bart le hizo darse cuenta de que se había delatado, y se vio inmovilizada en la cama por la férrea musculatura de Bart.

—Admítelo. Estabas celosa de Tiffany.

—Eres un presumido hijo…

Pero sus palabras se vieron interrumpidas por un beso que acabó tan rápidamente como había empezado.

—Dime la verdad. Te sentó fatal volver a casa y vernos a los dos…

—No es ver…

Volvió a interrumpir su negativa con un beso, pero Alessandra, en vez de resistirse, recibió su lengua con el calor de la suya.

—Me moría de celos —reconoció Alessandra cuando Bart la miró a los ojos.

—No tienes motivos. Tiffany no me interesa lo más mínimo.

—¿Por qué no? Habría creído que era tu tipo. Elegante, educada, no dice tacos y es super atractiva. Toda una dama, como tu mujer, y como la mujer que quieres que Lisa llegue a ser.

Sabía que sus palabras habían perturbado a Bart, porque se pasó la mano por el cabello y rodó hasta ponerse de espaldas sobre la cama y mirar al techo.

—Tienes razón con eso de que Kathleen era una dama —dijo Bart en tono claro y preciso—. No había conocido a ninguna mujer con tanta clase como ella. Me hizo subir al cielo y tardé tiempo en volver a poner los pies en la tierra. Pero lo hice. Reconozco que quise a Kathleen, pero no era un amor adulto ni profundo. Ahora que tengo treinta y ocho años me doy cuenta de que nunca pasamos de la fase de enamoramiento.

Sus palabras la dejaron perpleja. Eran todo lo contrario de lo que Alessandra había imaginado.

—Incluso antes de la boda tenía dudas.

—No… no comprendo. ¿Por qué te casaste si… si no estabas seguro?

—Kath estaba embarazada —respondió Bart—. Y pocas semanas antes de la boda mi tío murió y me dejó su rancho de Texas. Kathleen detestaba aquel lugar: el calor, el polvo, el aislamiento… poco a poco nuestra convivencia se redujo a un «Buenos días, que tengas una buena mañana», y un «Buenas noches, que duermas bien». Lisa sólo tenía semanas cuando Kathleen murió de un ataque severo de asma. Yo estaba a kilómetros de distancia comprobando el estado de las vallas.

Alessandra permaneció en silencio, asimilando lo que Bart le estaba relatando.

—Y luego tuve que luchar como una fiera para obtener la custodia de Lisa. A veces incluso me pregunto si hice bien —confesó Bart—. Sólo tenía veinte años, casi no tenía dinero…

—Pero la amabas y eras su padre —le interrumpió Alessandra—. Claro que hiciste bien.

—Lo sé, pero nunca seré capaz de darle a Lisa ni la décima parte de lo que Kathleen soñó que le daría. Dime, Alessandra, ¿estoy equivocado por querer proporcionarle a Lisa lo mejor? Quiero que vaya a la universidad y que conozca a gente que sepa conversar sobre más cosas que la mejor época para la siembra y el precio de la carne.

—No, Bart —susurró Alessandra moviéndose para tomar su mano y colocarse junto a él—. No estás equivocado. Es comprensible.

—Entonces, ¿por qué apoyas tanto a Lisa en su negativa a ir a la universidad? —inquirió con la mirada fija en el techo.

—Porque ser padre no significa ser infalible. Y, al final, quien tiene derecho a decidir lo que hace es uno mismo. Puedes

aconsejarla, pero no puedes imponerle tus ideas.

—¿Cómo es que de repente te has vuelto tan inteligente? —inquirió Bart con voz suave—. Ven aquí —susurró, abrazándola—. Te debo una disculpa. Ayer no pretendía decir que fueses una ninfómana. Estaba enfadado porque no querías dormir conmigo. Y no me importa cuántos amantes has tenido…

—Dos. Sólo he tenido dos —dijo Alessandra sosteniendo su cabeza entre sus manos.

—Pues desde luego, no das la imagen de inexperta.

—Bart, crecí grabando las conversaciones de cinco hermanos. Sería capaz de escribir un libro sobre las actitudes del hombre hacia el sexo y parecer una experta. El numerito del condón lo leí en un artículo de una revista.

—¿Y qué me dices de tu «Ha sido igual que un orgasmo»?

Alessandra gruñó y bajó la mirada.

—Tampoco he llegado al climax hasta no estar contigo —confesó—. Todo lo que sabía de orgasmos era lo que había leído. Por eso hablaba tanto de ello. No he vuelto a decirlo desde la primera vez que hicimos el amor.

Bart estaba sonriendo como un gato que hubiese heredado una lechería.

—Bueno, no me importaría oírtelo decir esta noche —le dijo—. Siempre, claro está, que aceptes compartir mi cama multifuncional…

—Y ¿qué es lo que quieres, abrazos o pasión? —preguntó Alessandra.

—Todo. De ti, Alessandra, lo quiero todo.

Las dos semanas siguientes fueron como una fantasía para Alessandra. Cada mañana la sacaban de su sueño las suaves caricias de Bart, que la despertaba haciéndole sensualmente el amor. Después de tomar juntos el desayuno, salían a hacer las tareas de cada día y acordaban reunirse para el almuerzo.

Al oír la puerta que se abría, apartó la vista de las cuentas que tenía entre manos y vio a Bart que entraba en el pequeño despacho con dos tazas en la mano.

—Es la hora del café —le dijo con una sonrisa relajada, y se sentó al otro lado de la mesa.

—Si todos los jefes fueran tan generosos como tú, los sindicatos estarían en vías de extinción —le dijo gratamente sorprendida de verlo aparecer a media mañana. Por el brillo de sus ojos supo que

estaba recordando el elogio que le había hecho horas antes al decirle que era el amante más generoso que cualquier persona podía desear, y los dos sabían que no se estaba refiriendo a regalos materiales.

—Lisa llamó mientras estabas en la ducha. Llega hoy en avión…

Alessandra dio un sorbo al café, esperando oír algo que indicase que el regreso de su hija no iba a poner fin a aquella aventura. ¿Aventura? No era la palabra para designar la relación de pasión y cariño que había tomado forma en ausencia de Lisa, pero a juzgar por la expresión de Bart, era así como la veía.

—Dijo que traía noticias increíbles. Buenas noticias —dijo sonriendo levemente a Alessandra—. ¿Quieres venir conmigo a recogerla? Podemos…

—No. Tengo que ir al banco y hacer efectivo el cheque de la nómina.

—¡Vaya! Se me había olvidado por completo —dijo frunciendo el ceño. Luego se puso en pie como si estuviese sorprendido de la idea genial que acababa de tener—. Jim puede cobrar el cheque y tú podrías asignar las pagas cuando hayamos vuelto del aeropuerto.

Alessandra negó con la cabeza y empezó a apilar los papeles de la mesa.

—¿Por qué no?

—Bart, ¿vas a decirle a Lisa que somos amantes?

—¿Tiene que saberlo? —dijo Bart, evadiendo el tema y devolviéndole la pregunta a Alessandra.

—No, siempre podríamos asegurarnos de que nos ve salir de la misma habitación mañana por la mañana. Estoy segura de que podría deducir lo que eso significa por sí sola —dijo Alessandra sin poder borrar el sarcasmo de su voz.

—No podría hacer eso —dijo Bart irritado.

—¡Ah, perfecto! La pobre Lisa puede corromperse si se entera de que su padre tiene vida sexual. Cielos, puede empezar a pensar que eres humano, después de todo —relicó Alessandra. Se puso en pie de un salto y empezó a meter las pilas de papeles en el archivador. Su decepción se manifestó en forma de enfado—. No me avergüenzo de nada de lo que ha pasado entre nosotros, aunque tú sí lo hagas.

—Yo no me avergüenzo, pero no quiero que continúe…

—¡Estupendo! Eso es todo lo que quería saber. Empujó la última carpeta dentro del archivador y cerró el cajón. Arréglalo como

quieras con Lisa y con tu conciencia, pero no pidas disculpas por mí.

—Alessandra…

—Ahorra saliva, Bart —le dijo dando zancadas hacia la puerta —. Después de todo, ¿no fue un compatriota tuyo quien dijo que uno debía saber cuándo irse y cuándo correr?

En la casa reinaba la oscuridad cuando Bart detuvo en seco el 4x4 y saltó al suelo casi en el mismo momento. Detrás de él iba Lisa corriendo tratando de alcanzarlo.

—Papá, no le eches la culpa a Alessandra, no tuvo nada que ver. No ha hecho nada malo.

—Eso es lo que tú dices, pero yo no estoy de acuerdo —replicó. Él mismo se sorprendió de que su voz sonase tan controlada cuando estaba consumido por la ira.

—No hay ninguna luz encendida, debe de estar dormida. Espera hasta mañana para hablar con ella.

—Lisa, no me digas lo que tengo que hacer por lo que respecta a Alessandra —le advirtió mientras encendía la luz de la cocina y se volvía para mirar a su hija—. Saca tu bolsa del coche y vete a la cama.

—Pero papá, sólo quiero decirte…

—Ya me has dicho bastante por hoy.

—¿Os importaría rugir un poco más bajo? Intento dormir.

La voz de Alessandra atrajo la atención de Bart. Se volvió y la vio en el piso de arriba, apoyada sobre la barandilla. Llevaba puesta una camiseta holgada que, al levantar el brazo para rascarse la cabeza con somnolencia, descubrió la parte superior de su muslo. Bart suspiró por ver más de lo que sabía era el cuerpo más sensual que había en la tierra y se distrajo momentáneamente de su enfado, pero las palabras atropelladas de Lisa le hicieron recuperar la nitidez de la situación.

—Alessandra, lo siento. He tratado de explicárselo, pero…

—Alessandra, quiero hablar contigo en el despacho —le dijo, y sin esperar una respuesta se dirigió directamente hacia la entrada—. ¡Ahora!

Todavía medio dormida, Alessandra no podía imaginar qué había pasado. Lentamente bajó las escaleras.

—¿Lisa? ¿Qué ocurre? —inquirió Alessandra, pero la joven se mordió el labio—. Escucha, Lisa, cualquier pista sería de gran ayuda en estos momentos.

—Alessandra, ¡estoy esperando! —rugió Bart con impaciencia.

Con la certeza de que no podría seguir durmiendo hasta que no le hubiese gritado por lo que se imaginaba que había hecho, Alessandra se volvió en dirección al despacho. Acababa de dar un paso cuando oyó el susurro de pánico de Lisa.

—Sabe que estoy tomando la pildora y que tú fuiste conmigo al médico.

A Alessandra sólo le vino a la cabeza una palabra: ¡Estupendo!

Capítulo 10

Alessandra podía imaginar perfectamente cómo se sentían los hombres de camino al patíbulo. Inspiró profundamente y entró en el despacho.

—Eres increíble, ¿lo sabías? ¡Nada es sagrado para ti! Metes las narices y haces lo que Alessandra MacKellar cree que está bien, y al diablo las consecuencias! ¿Has pensado alguna vez que no lo sabes todo? ¿Que tal vez, sólo tal vez, haya cosas que no son de tu incumbencia?

Disparó las preguntas con voz controlada pero marcada por la exasperación mientras caminaba arriba y abajo junto a la ventana. Cuando dejó de hablar Alessandra supo que esperaba una respuesta. No sabía por dónde empezar y cuando estaba buscando las palabras adecuadas, pronunció las que no lo eran.

—Estoy embarazada.

Si no hubiera estado tan horrorizada por lo que acababa de decir, la expresión boquiabierta de Bart le habría resultado cómica. Trató de hablar en dos ocasiones y no lo consiguió.

—Tu reacción es casi la misma que la mía cuando me lo dijo el médico esta mañana —dijo Alessandra mientras observaba cómo se sentaba en silencio en la silla de detrás de la mesa.

—¿Estás… estás segura? Quiero decir, dijiste que estabas tomando la pildora…

—Y estaba tomando la pildora —replicó Alessandra en tono furioso—. Ya te he dicho que no soy una mentirosa.

—No quería decir que lo fueses… —dijo con suavidad. Sus ojos estaban nublados por la confusión y algo más.

—Todavía no he decidido lo que voy a hacer…

—¿Qué demonio quieres decir con eso? —gritó poniéndose de pie de un salto y haciendo que Alessandra retrocediera dos pasos—. Puedes olvidarte de tener un abor…

—¡Yo nunca abortaría! ¡Nunca! ¿Cómo puedes siquiera pensar que yo…?

—Lo siento —la interrumpió. Bordeó la mesa y se dirigió hacia ella con los brazos abiertos—. Lo siento, Alessandra, lo he dicho sin pensar. Yo sí sé lo que hacer. Para empezar, nos casaremos.

Alessandra eludió su abrazo, aunque había soñado muchas veces

con oírle decir esas palabras. Pero después de la noticia, ni siquiera un «te quiero» sería suficiente. Nunca sabría si de verdad sentía lo que decía.

—No —dijo Alessandra.

—¿No? ¿No te casarás conmigo?

Sonrió ante su incredulidad. El pobre estaba tratando de hacer lo correcto una vez más, y no podía aceptar que Alessandra no se adecuase a sus planes.

—Esto no tiene gracia, Alessandra. Estoy hablando completamente en serio.

—Lo sé —dijo con suavidad—. Mira, nunca tuve intención de decírtelo de esta manera. Quería organizar las ideas en mi cabeza antes de hacerlo… Y ahora —añadió mordiéndose el labio—, Lisa va a enterarse de nuestra «aventura» a pesar de tus mejores intenciones. Lo siento, Bart —concluyó abalanzándose hacia la puerta.

—Alessandra…

—Bart, por favor, déjalo hasta mañana… —insistió Alessandra. Salió corriendo hacia las escaleras y pudo oír a Bart que corría tras ella. Lisa, desde la cocina, le dijo que esperara, pero Alessandra no hizo caso.

—¡Papá! ¡Déjala en paz! ¡Está llorando! ¿Qué le has hecho?

La voz de Lisa se oyó en el piso de arriba, y también la respuesta de Bart cuando Lisa le interceptó el paso.

—¡La he dejado embarazada y la muy tonta se niega a casarse conmigo!

El sol brillaba y algún sádico estaba tratando de derribar la puerta con las manos.

—Alessandra, soy yo, Lisa. ¿Estás despierta?

—Tendría que estar muerta para dormir con el jaleo que estás armando. Espera a que abra la puerta —dijo Alessandra.

—¿Es cierto? —preguntó sonriente cerrando la puerta tras de sí —, ¿Es verdad que voy a tener un hermanito o hermanita?

Alessandra asintió y se tumbó en la cama.

—¡Eso es estupendo! —exclamó, pero luego su rostro se tomó más grave—. Pero tú nos dijiste a tía Marilyn y a mí que estabas loca por mi padre. Entonces, ¿cómo es que dice que no te vas a casar con él? Precisamente ahora.

—Porque tu padre sólo me pidió que me casara con él después de decirle lo del bebé. Para que hubiese significado algo, tendría

que haberlo hecho antes de saberlo. ¿Entiendes?

—No —dijo la joven echando hacia atrás su trenza morena y haciendo lo posible por mirarla con superioridad—. A mí me parece que estás siendo demasiado puntillosa. Quiero decir, si el hombre que amase me pidiera que me casara con él, estaría encantada, independientemente de cuándo me lo hubiera pedido —la regañó Lisa.

Alessandra quiso explicarle a Lisa que no iba a permitir que Bart se sacrificase otra vez como lo había hecho cuando había descubierto que Kathleen estaba embarazada. Pero no pudo. No sabía cuánto sabía Lisa al respecto. Fue ella quien rompió el silencio.

—He decidido ir a la universidad.

—Ah, ¿sí? Tu padre estará contento.

—Sí… Al principio. Le dije que iría a la Universidad de Los Ángeles y se puso hecho una furia. Empezó a desvariar sobre todos los tipos raros de California y todos los peligros a los que se exponía una joven viviendo lejos de casa. Fue entonces cuando le dije que tendría mucho cuidado, y que ya estaba tomando precauciones —le dijo pidiéndole perdón con la mirada.

—Siendo la pildora esas precauciones, ¿verdad?

—Me lo sonsacó. Le dije que tú trataste de convencerme para que se lo dijera, y que sabía que no era seguro al cien por cien.

—¡Y que lo digas!

—Pero no me escuchó. Creo que estaba más furioso porque tú lo sabías que porque la estuviese tomando. En fin, si te hace sentirte mejor, te diré que todavía no he tenido motivos para alegrarme de tomarla. He decidido que Todd no era el tipo ideal.

Alessandra tiró de Lisa y le dio un abrazo.

—Te prometo que el chico ideal llegará cuando menos te lo esperes.

—¿Como te ha pasado a ti con papá?

—Sí, justo así —dijo Alessandra suspirando, y se apartó para ponerse de pie.

—Pero no lo quieres lo bastante como para casarte con él.

—Lisa, no lo entiendes. ¡Es porque lo quiero demasiado por lo que no puedo casarme con él!

Pestañeó al salir a la brillante luz del sol y se dirigió al establo. Se sorprendió al ver que Jim estaba allí cuando entró para ensillar a Ceniza.

—Siento el retraso, Jim. ¿Qué hago hoy?

—No sé, pero desde luego, no montar ninguno de estos caballos.

—¿Cómo? —inquirió Alessandra perpleja. Justo el día anterior le había dicho que se preparase para una larga jornada a caballo.

—Ya lo has oído, no voy a arriesgarme a perder mi trabajo desobedeciendo las órdenes del jefe.

—¿Qué órdenes?

—No puedes montar.

—¿Y por qué diablos no puedo? —inquirió, obligándolo a mirarla arrancándole el sombrero.

—Maldita sea, chica —le dijo recuperando el sombrero—. Montar a caballo no es bueno para una mujer embarazada.

Alessandra sintió como si le hubiesen arrojado un balde de agua helada.

—¿Bart te ha dicho que estoy embarazada?

—Sí —contestó Jim sonriente—. Y bien contento que estaba. Ya sabía yo que no iba a dejar escapar a una chica tan bonita como tú.

—No puedo creerlo —murmuró Alessandra—. ¿Tienes alguna idea de dónde puedo encontrar al bocazas del señor Cameron?

—Claro —rió Jim—. Dijo que iba a casa de los Shaffer.

Supongo que querría darles a ellos también la buena noticia.

Los pies de Alessandra apenas tocaban el suelo cuando volvió a la casa y subió las escaleras de un salto.

—¿Es bueno que hagas eso en tu estado? —inquirió Lisa con el ceño fruncido.

—Sólo estoy embarazada de siete semanas, no de siete meses. ¿Cuál es el teléfono de los Shaffer? —le preguntó pasándole la agenda de teléfonos—. Encuéntralo.

Lisa le dictó el número al tiempo que Alessandra lo marcaba.

—¿Doug, eres tú? Soy Alessandra. ¿Está Bart contigo?

—Buenas, jovencita —la saludó Doug—. Bart acaba de llegar. Te lo paso.

—¿Qué ocurre Alessandra? ¿Estás enferma?

—¿Enferma? Estoy mejor que tú cuando te ponga las manos encima. ¿Qué demonios te crees que haces diciéndole a Jim que estoy embarazada y que no puedo montar? El médico dice que en esta fase puedo hacer vida normal y…

—Bueno, ésas son buenas noticias, querida…

¿Querida? Nunca le había llamado así en privado, y menos a tiro de piedra de Doug Shaffer y, cielo santo, seguramente Rachel. Pero

en seguida se dio cuenta de que Bart había empezado a hablar con quienquiera que estuviese en la habitación. Oyó sus palabras por el auricular…

—Alessandra está embarazada y le dije a Jim que no la dejara montar. Ha llamado para decirme que el médico dice que no pasa nada…

—¡Bart! ¡Bart! —gritó Alessandra por el teléfono.

—¿Sí, cariño?

—¿Cariño? Ya te voy a dar yo cariño —le espetó—. ¿Qué demonios intentas hacer?

—Nada, ¿ocurre algo, querida?

—Te mataré. Juro a Dios que te romperé hasta el último hueso de tu miserable cuerpo…

—Te veré cuando vuelva a casa, cariño. Adiós —se despidió Bart, y colgó.

Alessandra colgó el auricular con tanta fuerza que saltó la barra de desconexión. Los ojos de Lisa se abrieron como platos antes de romper en risitas.

—¡Cállate, Lisa! No tiene gracia. Tu padre va por ahí diciendo por todo el distrito que estoy embarazada.

—¿Y qué vas a hacer? No puedes negarlo.

—Voy a llamar a mi hermano para que arregle un par de cosas y voy a irme en el primer avión que salga de aquí.

Alessandra echó el saco de dormir en la parte de atrás de la camioneta y luego comprobó que no se dejaba nada. Dos mantas, un aislante, una caja de latas de conserva, su mochila con una muda, artículos de tocador y algo de lectura.

—Estás loca —dijo Lisa por décima vez en una hora.

—Me han dicho eso mejores jueces que tú, chica —dijo Alessandra sonriendo. Abrió la puerta de la camioneta y se colocó detrás del volante—. Estaré de vuelta pasado mañana. Drew dijo que mandaría el dinero hoy, así que dará tiempo para que lo ingresen en mi cuenta del banco.

—A papá le dará un ataque cuando regrese y vea que te has ido.

—Bien, no te diré a dónde voy y así no tendrás que mentirle —replicó Alessandra. Puso el motor en marcha y por un momento se sintió culpable por provocar la mirada de preocupación de la joven —. Tranquila, he estado viajando por el mundo yo sola durante nueve años y no me ha pasado nada.

—Sí, pero no estabas embarazada de mi padre. Lo que estás

haciendo es una estupidez descomunal.

Alessandra bajó de la cabina de la camioneta y se secó el sudor de la frente. Aquél era el lugar donde habían hecho el amor por primera vez. Los recuerdos se agolparon en su memoria y pasaron varios minutos antes de que pudiera quitárselos de la cabeza.

A su izquierda estaba el viejo almacén; más allá, semioculta por la maleza, estaba la carretera. Al norte, justo encima de una elevación rocosa a quinientos metros de distancia, estaba el arroyo. Aunque estuvo tentada a darse un baño antes de trasladar todas las cosas, Alessandra se resistió hasta pasados cuarenta y cinco minutos, cuando había desempaquetado todo lo que necesitaba y lo había colocado a la sombra de un árbol. Luego, después de quitarse toda la ropa rápidamente, se sumergió en el agua refrescante.

El sol ya había dejado de estar en lo más alto y Alessandra cambió a una relajante brazada de espalda. Estaba embarazada. Ella, Alessandra Elizabeth MacKellar estaba embarazada. Su risa irrumpió en el aire abrasador con alegre ligereza.

Alessandra acababa de terminar de vestirse y estaba pasando los dedos por su pelo húmedo para darle cierto aspecto ordenado cuando la sorprendió el ruido de un caballo. Se volvió y vio a Bart que la miraba a unos metros de distancia.

Al verlo su pulso se aceleró. Estaba sentado a horcajadas y las manos descansaban en la perilla de la silla. Era el hombre más sexy que había conocido.

—¿Cómo me encontraste tan deprisa? —preguntó. Esperaba que fuera en su busca, pero contaba con que tardaría hasta el día siguiente en encontrarla.

—Vi tu camión cerca del viejo almacén cuando regresaba de casa de Doug. Estuve a punto de parar, pero pensé que querías estar sola. Cuando llegué al rancho Lisa me contó lo que estabas haciendo.

Alessandra observó cómo desmontaba, y se preguntó cómo podía convertir una acción tan simple en algo tan complejo sensualmente.

—¿Ya has terminado de anunciar mi estado a todo lo que respira? —preguntó, y le irritó su sonrisa y respuesta burlonas.

—Nunca dijiste que no querías que lo supiera nadie. Supuse que era mejor adelantarse a los rumores antes de que se distorsionasen. No pensé que te molestaría.

—No me molestará. Me iré a Sydney tan pronto como me ponga

en contacto con mi hermano. Creo que no me resultará difícil decirle a mi padre que estoy embarazada —dijo Alessandra. Cerró los ojos y vio la imagen de su querido padre—. Sé que me apoyará y querrá a este nieto lo mismo que a los demás, pero… va a sentirse tan decepcionado. Soy su única hija y ha estado ahorrando para mi boda desde que empecé a salir con chicos.

—No tienes que privarle de la alegría de una boda, Alessandra —le recordó Bart.

—No me casaré contigo, Bart —dijo en voz baja, dándose la vuelta—. Tengo mis razones. No puedo casarme contigo…

—¿Por qué no? —insistió Bart.

—Porque… porque no creo que nadie deba casarse sólo porque alguien espera un hijo suyo —gritó volviéndose para hacerle frente.

—Entonces, ¿no es porque estés en contra del matrimonio?

Bart mostraba un rostro inexpresivo y el tono casual de su pregunta sacó a Alessandra de sus casillas.

—¡Claro que no! ¿He dicho alguna vez que estaba en contra del matrimonio? Entonces, ¿por qué supones que lo estoy?

—Bueno, imaginé que era por eso por lo que rechazabas mi proposición.

—¿Proposición? «Sé lo que hacer. Nos casaremos» no es lo que yo llamaría una proposición —dijo dándose con la mano en el pecho—. Una proposición es: «Te quiero. Por favor, dime que te casarás conmigo…»

—Alessandra, te quiero. Por favor, dime que te casarás conmigo —repitió sin omitir una letra.

Durante una fracción de segundo, la necesidad de creer la mirada de súplica que veía en sus ojos fue tan intensa que estuvo a punto de decir que sí, pero en el último momento cambió de idea.

—Bart, hablemos en serio.

—Hablo en serio —replicó. Cerró los párpados sólo por un instante y luego unos ojos de color azul claro volvieron a buscar los suyos y no pudo negar el deseo que vio en ellos—. Tal vez pueda explicarme mejor así…

Sus labios eran cálidos y suaves y muy, muy persuasivos. Aunque su cabeza le decía que sólo estaba diciendo y haciendo lo que pensaba que la convencería para casarse con él, su cuerpo no le hizo caso y sus brazos treparon por la sólida fortaleza de sus hombros. Una tras otra, la invadieron oleadas de amor mientras él la abrazaba con manos fuertes como si no fuera a dejarla ir nunca

más.

Tenía tantos deseos de creerlo, pero la incertidumbre se cernió sobre ella.

—Pero ayer mismo dijiste que querías… poner fin a nuestra relación —tartamudeó Alessandra, y Bart lo negó con la cabeza.

—Te quiero, Alessandra —insistió, y tomó su rostro entre sus manos—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que me creas? ¡Demonio! ¿Es que el hecho de que he estado pregonando a los cuatro vientos que ibas a tener un bebé mío no te demuestra que no estoy avergonzado de nada de lo que ha pasado entre nosotros?

Aunque Alessandra dudaba de sus palabras, sus ojos le dijeron que lo creyera, porque el rostro de Bart estaba irradiando tanto amor que sólo un idiota tendría dudas. Empezó a esbozar una sonrisa y se secó las lágrimas de la cara para hacer sitio y dejar que creciera.

—Dije que no quería que las cosas continuaran… —prosiguió Bart—, y tú supusiste erróneamente que estaba huyendo. Pero lo que quise decir es que quería que la relación fuese permanente. Anoche iba a intentar proponerte que nos casáramos…

Alessandra alzó la cabeza.

—Anoche lo único que querías era cortarme el cuello.

—Estaba destrozado porque Lisa había dicho que iba a ir a Los Angeles y todo lo demás. Acababa de hacerme a la idea de que iba a dejar de hacer de guardián suyo y dejar que asumiera la responsabilidad de vivir su propia vida, cuando descubro que ya ha empezado a hacerlo sin mi permiso.

—Lisa es una buena chica, la has criado maravillosamente bien. Te quiere mucho y sabe que todo lo que has hecho ha estado motivado por ese mismo sentimiento. Estará bien.

—Eso es lo que me dijo hace un rato después de leerme la cartilla —dijo Bart, pero Alessandra lo miró sin comprender—. Me dijo que era un idiota y que me tenía bien merecido que te hubieras marchado. Dijo que era un desastre y que las proposiciones de matrimonio no debían hacerse antes de las declaraciones de amor —le contó Bart con una mirada de intensidad apasionada que casi le hace caerse al suelo.

—Desde luego… dijo muchas cosas —dijo Alessandra.

—Ni que lo digas. Algunas fueron muy interesante, pero nunca me he fiado mucho de lo que se sabe de oídas.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo? —preguntó Alessandra

tímidamente.

—No lo repetiría a no ser que supiera que es absolutamente cierto —dijo eludiendo la respuesta, con ojos brillantes de esperanza. Fue aquella esperanza lo que le dio a Alessandra la fuerza para hablar.

—Bueno, si por casualidad te dijo que… te quiero —dijo con atrevimiento levantando la barbilla—, es cierto. Te quiero con todo mi corazón y toda mi alma…

Reclamó sus labios con un beso que era pura pasión y Alessandra se abrazó a él con toda la fuerza y sentimiento que poseía. Cuando se separaron, a Bart le costaba respirar, pero exhibía la sonrisa más grande que había visto nunca.

—Si tuvieras la mínima idea de lo mucho que he deseado oírte decir eso, me suplicarías que te perdonara por lo mucho que me has hecho esperar.

—Una chica tiene su orgullo, ya lo sabes. No creí que sintieras lo mismo que yo.

—¿Por qué la intuición de una mujer nunca funciona para ventaja del hombre? —preguntó arrojándola en sus brazos.

—¿Por qué los hombres guardan sus sentimientos en lo más hondo y hace falta una explosión emocional para sacarlos a la superficie? —le replicó.

—Si son como yo, es porque tienen miedo de que la mujer más hermosa e inteligente del mundo piense que están locos. Esperaba no estarlo, pero no podía hacer frente a la posibilidad de equivocarme.

La inseguridad que se reflejaba en sus palabras le dolió. ¡Había estado inseguro de ella! Levantó la mano y perfiló sus labios sin apartar la mirada de sus ojos.

—Lisa tiene razón. Eres un idiota —dijo sonriendo, y lo besó en la nariz—. Teniendo en cuenta la forma en que me arrojé a tus brazos, es un milagro que no esté escayolada de pies a cabeza. Para ser un hombre inteligente, a veces eres un poco duro de mollera.

—¿Es eso un hecho? —inquirió Bart, y Alessandra asintió.

—Mira a ver si puedes adivinar lo que sigue —dijo alegremente al tiempo que sus dedos desabrochaban el primer botón de su camisa.

El deseo brilló en los ojos de Bart y lentamente tendió a Alessandra en el suelo.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas —prometió.

Epílogo

Stephen Bart Cameron llegó con tres semanas de antelación y nueve horas de un parto agotador. Pero cuando Alessandra vio cómo Bart pasaba suavemente el niño a Lisa, su corazón se inflamó por él y el dolor fue un recuerdo difuso. Había estado con ella todo el tiempo, hablándole, animándola y queriéndola. En el último minuto le había preguntado a Alessandra si Lisa podía estar presente en el momento del nacimiento, y la petición había hecho saltar las lágrimas de Alessandra, ya que aquello revelaba su determinación de unirlos en una sola familia.

Lisa también había llorado, abrumada por la invitación, sabiendo que Alessandra no quería que sintiese que el bebé podría ser una amenaza para el amor de Bart por su primogénita. En aquellos instantes, al ver a Lisa meciendo a su hermanito, a Alessandra le invadió un amor nuevo y maternal por la joven.

Cuando Bart y Alessandra le dijeron que se iban a casar, Lisa decidió posponer la universidad en los Estados Unidos por un año. Justo el día antes había anunciado que había cambiado de idea acerca de ir a la Universidad de Los Angeles y que prefería estudiar en la Universidad de Nueva Inglaterra y quedarse en Australia.

—Perdone la interrupción, pero ¿cómo se siente, señora Cameron? —preguntó la comadrona entrando inesparadamente en la habitación. Bart estaba besando a Alessandra con intensidad.

—Estupendamente —dijo Alessandra enrojeciendo.

—Bien. El doctor no ve ningún inconveniente en que usted y el bebé se vayan a casa siempre que tenga cuidado de lavarse los puntos con agua salada para que cicatricen mejor.

—Quisiera disculparme por mi comportamiento durante el parto —dijo Alessandra—. Siento si maldije y dije palabrotas…

La comadrona se hecho a reír de corazón.

—Señora Cameron, llevo trayendo niños al mundo durante casi treinta y cinco años y, créame, he oído peores cosas de las que usted ha dicho. El parto natural pone a todas las mujeres al mismo nivel. No importa cuánto dinero tenga una mujer ni cuánta clase posea que, en un momento dado, todas dicen barbaridades.

—Gracias —dijo Alessandra. Luego, cuando la mujer estaba a punto de salir de la habitación la volvió a llamar—. Mmm… en

cuanto a los puntos… ¿cuánto habré de esperar antes de…?

—¿Tener sexo? De cuatro a seis semanas es lo aconsej…

—No —la interrumpió Alessandra mientras Lisa irrumpía en risitas y Bart se quedaba boquiabierto—. ¿Antes de subirme otra vez a un caballo?

La comadrona miró a Bart con perplejidad.

—Oiga —dijo encogiéndose de hombros—. Es mi mejor vaquero.

—Eso explica que una docena de ellos que estén esperando fuera para verla —dijo con ironía antes de volver a adoptar su tono brusco—. En cuanto a subirse al caballo, espere un par de semanas antes de montar —le dijo a Alessandra mientras caminaba hacia la puerta.

Luego se paró y se volvió para mirar a Bart—. Y a usted le digo lo mismo.

Alessandra rompió a reír al ver a Bart tan avergonzado.

—Te parece gracioso, ¿verdad? —preguntó Bart—. ¿Quieres apostar a que estarás subiéndote por las paredes de frustración antes que yo?

Fingió considerar la apuesta, pero ya se estaba deshaciendo por dentro al ver su sonrisa.

—Está bien, tú ganas —admitió. Extendió el brazo y lo agarró del cuello—. Ahora bésame antes de que me muera de deseo por ti.

—Querida, te quiero tanto —susurró mientras bajaba la cabeza.

—Lo sé —dijo Alessandra con una sonrisa radiante, pero cuando abrió la boca para recibir su beso, los dos prorrumpieron en risas al oír la voz de resignación de Lisa.

—Vete acostumbrándote, Stevie —le dijo a su hermanito—. ¡En casa están siempre así!

Fin